



SS

**SERVICIO
SECRETO**

ROGERS KIRBY
**ESTILETES
VENGADORES**

ROGER KIRBY

Estiletes vengadores

1.^a EDICIÓN
OCTUBRE — 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

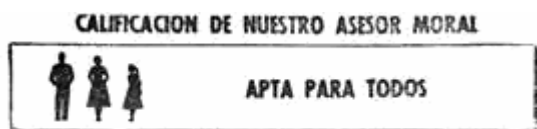
OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

232. — El valle de la muerte. 242. — El mago del «Colt». 247. — La venganza de Bill Tobey. 253. — La marca fatal. 256. — La mentira de Jarry Jensen. 271. — El terror de Oklahoma. 304. — La muerte busca a Vic Gordon. 368. — Colosos del Oregón. 384. — El diablo de Texas. 400. — El ocaso de una raza.

En Colección BÚFALO:

34. — La muerte deja instrucciones. 64. — Kit Gatillo.



Printed in Spain

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. — Proyecto, 2 — Barcelona



PRÓLOGO

A mediados del siglo IX, entre los años 862 y 879, Rurik el Normando, caudillo de los piratas escandinavos, se estableció entre los eslavos al sur del Golfo de Finlandia. Se apoderó de Novgorod, que erigió en capital, y dio al país el nombre de Rusia.

En el siglo XIII hubo una invasión de los mongoles, que conquistaron todo el territorio, excepción hecha de Moscú, conservándolo hasta el año 1482, en que Juan III el Grande los expulsó y quedó convertido en soberano de Rusia.

Extinguida la familia de Rurik en 1610, cayó el Estado en plena anarquía, por la lucha intestina de los pretendientes al trono, aunque influyó también la preponderancia que Polonia pretendía ejercer.

Fue entonces cuando empezó la dinastía de los Romanof.

Miguel Romanof, elegido zar, dominó a los enemigos internos, logrando la paz con los externos. Le sigue su hijo Alejo, que guerrea con los polacos hasta que la paz de Kardis, en 1661, le obliga a renunciar a toda idea de conquista.

Aparece después la figura de Pedro I el Grande, durante cuyo reinado, de 1689 a 1725, engrandece y consolida el imperio,

Los sucesores de Pedro el Grande, entre los que figuran varias mujeres, siguieron extendiendo los límites de Rusia, llegando, a raíz de la subida al trono en 1762 de Catalina II, al apogeo de su poderío.

Todos estos miembros de la familia de los Romanof[1] y los que le siguieron, como Pablo I, Alejandro I, Nicolás I, Alejo II, Alejandro II y Nicolás II, este último fusilado en 1918 después de ser destronado por la dictadura del proletariado, fueron reuniendo en sus tres siglos de reinado la más portentosa colección de joyas y piedras preciosas que jamás se ha conocido.

Entre los sirvientes de Nicolás II, último Romanof reinante, al igual que para sus antepasados, figuraban personas pertenecientes a la más rancia nobleza rusa. Uno de estos nobles, el conde Draganovich, era el encargado de la custodia del tesoro imperial. Cuando en marzo de 1917, después de la ocupación de toda la Polonia rusa y parte de la Rusia propia por el ejército austro-alemán, estalló la revolución, cuyos frutos inmediatos fueron la abdicación del zar Nicolás II y antes de que el gobierno revolucionario de Kerenski fuera derribado por el maximalista o bolchevique de Lenin y Trotski, el conde Draganovich huyó con su familia, llevándose consigo un cofrecito con una respetable cantidad de joyas, entre las que figuraban dos piedras famosas por su incalculable valor: los brillantes Orloff y Gran Mogol.

Estas piedras fueron la causa de su desgraciado fin.

Se había refugiado en Francia. Las penalidades pasadas durante la huida produjeron en su esposa una enfermedad que le costó la vida a poco de llegar. Pocos años después le tocó el turno a él. Quedó tan solo su hijo Iván, que gracias a la fortuna que pudo sacar de Rusia pudo llegar a la mayoría de edad sin preocupaciones.

Iván Draganovich era ya un hombre. Por varios escritos que le dejó su padre antes de morir, el joven se enteró de toda la odisea de su familia. Decidió, pues, que lo mejor sería poner la mayor distancia posible entre él y Rusia.

Pero antes de que saliera de Francia habrían de pasar algunos años más. Un día conoció a una señorita. Era refugiada polaca. Un caso similar al suyo. Se enamoraron y a partir de entonces empezaron sus tribulaciones.

El mismo día de la boda regaló a su esposa, algunas de las joyas

que su padre sacara de Rusia. Una semana después recibió una visita.

—Me llamo Boris Smolenko —empezó el desconocido—. Fui gran amigo de su padre. Uno de los que le ayudaron a escapar de Rusia. Y ahora vengo a por las joyas... Sí. No ponga esa cara de sorpresa. Me refiero a las joyas que sacó su padre de allí. Estoy encargado por el Gobierno de recuperarlas y llevarlas a Moscú. Sabemos que usted las tiene y queremos que las restituya.

Iván Draganovich no se sorprendió demasiado. Esperaba que un día u otro ocurriera algo parecido. Por eso respondió, con toda tranquilidad:

—¿De veras están ustedes seguros de que las tengo... todavía? ¿Y si le dijera que las he vendido hace tiempo?

—Sabemos que eso no es cierto. No hace muchos días su bella esposa lucía uno de los brillantes que solo a Rusia pertenece. Por su bien le ruego que no ponga obstáculos. Nos obligaría a tomar otras medidas.

—Lo siento, señor Smolenko —fue la contestación de Iván Draganovich—. He dicho que ya no tengo esas joyas.

Y levantándose de su asiento dio por terminada la visita. Boris Smolenko se despidió y prometió volver.

Sin embargo, Iván Draganovich no volvió a verle hasta muchos años después. Aquella misma noche le robaron el cofrecillo donde guardaba las joyas. Solo se salvaron las que había regalado a su esposa la noche de bodas. La mujer, más precavida y sabiendo el enorme valor que tenían, las había depositado en un banco.

Durante mucho tiempo, Iván Draganovich intentó dar con el paradero de las joyas, pero todos sus esfuerzos fueron vanos. Ellas y los ladrones habían desaparecido sin dejar el menor rastro.

Un nuevo incidente, este siquiera afortunado, le hizo olvidar todo lo referente a aquel robo. Le había nacido una hija y esto le llenó de felicidad. Aunque le duró bien poco. Unos meses más tarde fallecía su esposa a consecuencia de una caída de caballo.

Desesperado por tan continuos desastres, decidió poner en práctica lo que ya antes de casarse había pensado más de una vez: marcharse cuanto más lejos mejor. Dejó a su hija en un pensionado de París y se embarcó para América.

De tanto en tanto hacía algún viajecito a Europa para abrazar a

su hija, que se iba convirtiendo en una mujer. Y en uno de estos viajes, de regreso a Nueva York, conoció a un compatriota suyo. Se llamaba Gregor Boronof.

Hablaron de todo. Salió la conversación de las grandes fortunas sacadas de Rusia a raíz de la revolución y él explicó lo referente a su padre, aunque haciendo constar que se la habían robado casi toda.

Su compañero pareció interesarse. Desde aquel momento ya no se separó de él en todo el viaje. Una noche, la última antes de desembarcar, descubrió, con sorpresa por su parte, que le habían registrado su camarote. No dijo nada, pero empezó a sospechar de su reciente amigo y compatriota.

Así es que lo primero que hizo al llegar a Nueva York fue cambiar de domicilio.

Solicitó permiso para hacerse súbdito del país y adoptó el nombre de Thomas Bundy y, con él, se instaló en el «Hotel Mido».

CAPÍTULO I

UN taxi se paró a la puerta del Hotel Mido. De él descendió un hombre que con paso ligero entró en el lujoso vestíbulo. Un botones le salió al paso, pero el hombre no se detuvo. Sin decir palabra penetró en el ascensor. En el noveno piso se apeó.

Recorrió el largo pasillo y abriendo la puerta marcada con el número 1314 la atravesó. Dentro ya, despojóse del abrigo y sombrero para pasar a otra habitación. Allí se dejó caer en una silla.

Era un hombre alto, fuerte y de buena presencia. Su rostro, de rasgos acusados, reflejaba honda preocupación. Miró de un lado a otro como si temiera ver aparecer algo que le causaba horror, y por último, cogiéndose la cabeza entre las manos, dejó escapar un gemido.

—¡Me han engañado! —sollozó—. ¡Me han engañado!

Así permaneció durante unos instantes. De pronto, tomando una determinación, se levantó. Acercóse a una mesa que se veía al fondo y cogiendo papel de carta, con el membrete del hotel, se puso a escribir.

Cuando terminó repasó lo escrito. Dobló el pliego y lo introdujo en un sobre. Mientras lo cerraba pulsó un timbre.

En vez de esperar, impaciente, se dirigió hacia la puerta por la que había entrado. Minutos después al oír que alguien llamaba, abrió. Era un botones.

—Necesito que eches esta carta al buzón más cercano,

inmediatamente —pidió—. Toma.

El botones cogió la propina y el sobre y se marchó. El huésped de la habitación 1314 volvió a cerrar la puerta, esta vez con llave. Ahora parecía más tranquilo.

Sin embargo, de haber podido ver lo que ocurría en el pasillo donde se encontraba su habitación, habría cambiado de parecer. Sus temores habrían aumentado.

De un mueble-bar sacó una botella y se sirvió un trago. Y tan ensimismado estaba en sus pensamientos que no oyó cómo algo hurgaba en la cerradura de la puerta que acababa de cerrar. Por otra parte, el ruido que hizo al servirse sifón en el vaso amortiguó el de la puerta al abrirse y cerrarse rápidamente. Fue cuando hubo apurado lo que se había servido, cuando se dio cuenta de que no estaba solo en la habitación.

—¡Tú! —exclamó, sorprendido y temeroso a la vez, al ver al intruso—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

El intruso no se movió. Seguía derecho, de espaldas a la puerta por la que acababa de aparecer, una mano, la derecha, la escondía en el bolsillo del abrigo. Con la otra hizo un ademán que quiso ser amistoso, pero que no engañó al otro.

—He venido de muy lejos para verte, Iván—habló por fin—. Solo yo sé el trabajo que me ha costado encontrarte. Bajo el nombre de Thomas Bundy no era fácil que te reconociera. Pero sabes que soy constante en lo que me propongo... Supongo que sabrás a lo que vengo, ¿verdad? Esta vez no podrás escapar. Sé que lo que busco...

—Has perdido el tiempo —le atajó el otro—. Lo que buscas ya no lo tengo yo.

—Es inútil, Iván. Sé muy bien que lo que busco está en esta habitación. Conque dámelo y saldrás ganando. Si tengo que buscarlo yo mismo... ¡Quieto!

La pistola automática que ahora aparecía en la mano que antes guardaba en el bolsillo del abrigo hizo que el llamado Iván se quedara rígido, cuando ya casi había rozado el timbre que había intentado pulsar.

El desconocido dio unos pasos hacia él sin dejar de apuntarle, mientras con un ademán imperioso le obligaba a apartarse de la mesa.

—Vamos, Iván Draganovich. Esta es la última oportunidad que te concedo. ¿Dónde lo guardas? ¡Responde!

—No. Nunca te lo diré. ¡Son mías!

—De acuerdo. Pero ya sabes que solo te han acarreado disgustos. Dámelas y nadie te molestará más. ¡Te lo prometo!

La voz del desconocido era ahora suave, tranquilizadora, hasta dulce. Pero la respuesta que obtuvo no fue la que esperaba.

—No me fío de vuestras promesas. Además, ya no soy Iván Draganovich, sino Thomas Bundy, súbdito norteamericano. ¡Márchate! Nunca conseguirás lo que quieres.

—Está bien. Tú lo has querido.

Casi al mismo tiempo, a la altura del corazón de Iván Draganovich apareció un negro agujero. Con la mayor sangre fría el desconocido había disparado sobre él. El ruido que hizo el disparo no fue mucho mayor que el que acostumbra a hacer una botella de champaña al descorcharse. El silenciador de que iba provisto el arma casi lo anuló por completo.

Sin hacer caso del cuerpo caído, el asesino pasó a la otra habitación. Era el dormitorio. Giró la vista a su alrededor y su mirada se detuvo en una caja de caudales empotrada en la pared.

Durante más de diez minutos estuvo forcejeando en la cerradura. Gruesas gotas de sudor peinaban su frente. Pero no descansó hasta que la puerta chirrió. Un último esfuerzo y la caja quedó abierta.

La respiración del asesino se hizo entrecortada. Con ojos en los que brillaba la ansiedad escudriñó dentro. Un segundo después, una sarta de maldiciones brotaba de su garganta. Todos sus esfuerzos habían sido inútiles.

¡La caja estaba vacía!

CAPÍTULO II

EL millonario Javier Flanagan tomaba su desayuno. Era un joven alto, ancho de espaldas y rostro simpático. Tenía el pelo negro y rizado. Negros eran también sus ojos y de toda su persona emanaba energía y una enorme vitalidad.

Como de costumbre, mientras desayunaba, repasaba los periódicos de la mañana.

En todos ellos leyó la noticia de la muerte de Thomas Bundy. Todos estaban de acuerdo en que se había suicidado. El inspector del hotel donde se hospedaba había reconocido la habitación de la víctima. Dio su impresión inmediatamente. Era un caso clarísimo de suicidio. Se fundaba en que el cadáver sujetaba con una mano la pistola que le causó la muerte.

Javier Flanagan dejó el periódico sobre la mesa. Echó una mirada al correo que aparecía sobre una bandeja y, de pronto, cogió un sobre. Llevaba el membrete del Hotel Mido. Rápidamente lo abrió y leyó la carta. Decía así:

«Sr. Javier Flanagan.
Quinta Avenida, 853.

Querido amigo: en cierta ocasión le hablé de unas joyas pertenecientes a mi familia. También le conté que estaban destinadas a mi hija Olga, por expreso deseo de su madre. Según la tradición,

estas joyas atraen la desgracia al que las posee. No obstante, durante los últimos dieciocho años las he guardado sin que, hasta ahora, me produjeran ningún temor. Es más, casi ya no me acordaba de ellas. Ahora bien, desde un tiempo a esta parte he notado que alguien sigue todos mis pasos. No tengo ningún fundamento, pero me atrevería a jurar que quieren robármelas como hicieron hace tiempo con otras.

»He pensado mucho antes de tomar esta decisión. Pero ya no puedo resistir más. Tengo los nervios destrozados. Si algo me ocurriera, confío en usted para que haga de ellas el mejor uso que le parezca, siempre que el importe de lo que puedan valer vaya a parar a manos de mi hija.

»Si me dirijo a usted es por tener plena confianza en quien sé no querrá aprovecharse de la ocasión y sí de cumplir mis deseos. Le pido mil perdones por las molestias que le ocasione y le doy las más fervientes gracias.

»Su desesperado amigo,

Thomas Bundy, antes Iván Draganovich.»

Javier Flanagan se quedó pensativo. La sorpresa recibida con la carta que acababa de leer le dejó mudo de asombro. Recordó lo que decían los diarios. Pero la carta de Thomas Bundy, fechada el día anterior, echaba por tierra toda hipótesis de suicidio. Volvió a repasar los periódicos, pero le fue imposible encontrar la menor alusión a que se hubiera cometido un robo. ¿Sería posible que la policía se hubiera dejado engañar por las apariencias? ¿Sería cierto que se había cometido un crimen y nadie se había dado cuenta de ello?

De pronto se percató de algo muy importante. Thomas Bundy le encargaba de hacer llegar a manos de su hija unas joyas que, ¡cosa rara!, en la carta no decía dónde se encontraban. ¡Con las prisas, Thomas Bundy se había olvidado de hacerlo!

Y lo más grande del problema que se le planteaba al millonario era que también ignoraba el paradero de aquella hija que se le

mencionaba. Careciendo de toda referencia, lo único que podía hacer en principio era visitar el lugar donde se había hospedado la víctima.

Una hora después, Javier Flanagan se personó en el Hotel Mido, cruzándose al llegar con la ambulancia que se llevaba el cadáver de Thomas Bundy.

Le recibió un hombrecillo calvo y de ojos saltones.

—Usted dirá en qué puedo servirle, señor Flanagan. Huelga decir que estoy por completo a su disposición.

—Gracias, señor Dugan. Estoy aquí por el desgraciado asunto que traen los periódicos. Thomas Bundy era muy amigo mío. Nos conocimos en París hace algunos años y desde que vino a América nos vimos muy a menudo. Sin embargo, últimamente dejó de visitarme. Pero jamás me pasó por la imaginación que ya no iba a verle más. Dígame, ¿sabe si recibía visitas?

—No, señor. Ninguna. Se lo puedo asegurar. Precisamente presencié el interrogatorio del personal del hotel y todos han dicho lo mismo: el señor Bundy no recibía visitas.

—¿Guardaba algún objeto de valor en la caja fuerte del hotel?

—Nada, señor. Aunque debo añadir que en todas las habitaciones del mismo existe una caja de seguridad empotrada en la pared. Las colocamos para mayor comodidad de nuestros clientes.

—¿Y han abierto la del señor Bundy para saber si falta algo?

La pregunta del millonario hizo sonreír al gerente.

—Desde luego —respondió—. La policía registró toda la habitación. La caja estala perfectamente cerrada y, por cierto, vacía. Dedujeron de ello que las cosas de valor las debía guardar en algún banco. En la habitación solo había algunos objetos de uso personal y sus ropas.

—¿Y quién se hará cargo de todo eso? Me refiero a lo que encontraron en su habitación.

—De momento esperaremos a que alguien lo reclame. Si pasado algún tiempo no viene nadie, entonces se lo entregaremos a la policía.

—¿Lo han sacado ya de la habitación?

—No, Todavía no podemos tocar nada. Está todo en manos del juzgado. Ya nos avisarán.

El millonario se levantó de su asiento. Tendió la mano al gerente y se dispuso a salir.

—Ha sido usted muy amable, señor Dugan. Le quedo muy reconocido.

CAPÍTULO III

—FUISTE demasiado precipitado, Gregor. Antes de liquidar a Iván Draganovich podías haberte cerciorado bien de que no tenía las joyas en su poder. Has estropeado la mejor ocasión que tenías.

Quien hablaba era un anciano de pelo canoso y cuerpo encorvado que se sentaba en una silla de inválido y miraba fijamente al hombre que tenía delante. Los lentes que descansaban sobre su afilada nariz eran insuficientes para disimular el brillo que sus ojos despedían en aquel momento.

Aunque el tono de su voz era suave, el que recibía sus reproches sabía que cuando Boris Smolenko hablaba así, era cuando más había que temerle.

Por esta razón, Gregor Boronof intentó disculparse.

—Le digo, jefe, que tenían que estar allí. Lo que no me explico es dónde pudo haberlas escondido. Registré toda la habitación minuciosamente. Hasta la caja de seguridad. Lo demás ya ha visto cómo lo arreglé. Todos creen que se suicidó.

—Sí. Pero eso no resuelve nada. Estamos como al principio. Peor aún.

Boris Smolenko seguía hablando con suavidad. Hasta entonces lo había hecho en ruso, pero ahora lo hizo en inglés.

—Supongo que tendrás algún proyecto que me haga olvidar este tropiezo, ¿verdad, Gregor?

—Desde luego, señor —se apresuró a decir el otro. Se le

presentaba la ocasión de sincerarse con su jefe y quiso aprovecharla —. Iván Draganovich tiene una hija en un pensionado de Francia. Cuando se entere de la muerte de su padre vendrá enseguida. Por ella daremos con el paradero de las joyas.

El inválido permaneció en silencio. Dejó que el otro continuara.

—Tengo varios agentes que no la pierden de vista. Se cuidarán de avisarme en cuanto embarque.

—Todo eso está muy bien, Gregor. Pero ¿quién te ha dicho a ti que ella sabe dónde su padre guarda las joyas?

—Lo tengo todo previsto, jefe. Aunque no lo sepa, le entregarán todo lo que pertenecía a él. Luego... Todo es cuestión de esperar un poco más, jefe. Confíe en mí y ya verá los resultados.

—El que no los ve venir eres tú, Gregor —respondió el inválido, con voz en la que brillaba una amenaza—. Procura que salga todo como dices y... no me falles otra vez.

La conversación se había celebrado en la biblioteca del lujoso departamento que Boris Smolenko tenía en un alto edificio de la calle Cheny, cerca del río Este.

* * *

Era la noche siguiente a la del asesinato de Thomas Bundy. La policía y los periódicos habían dado por terminado el asunto. Sin embargo, de haber podido ver lo que ocurría en la habitación 1314 del Hotel Mido, precisamente en la que había aparecido el cadáver del hombre que según todos se había suicidado, lo más fácil es que hubieran caído en la cuenta de que algo se les había pasado por alto.

Aparentemente el pasillo del noveno piso del Hotel Mido estaba desierto. Dado lo avanzado de la hora hasta la servidumbre se había retirado a descansar. Solo un ujier en la planta baja dormitaba al lado de la centralilla del teléfono. Y junto a la puerta de la habitación 1314...

Una mano enguantada de negro hurgó en la cerradura. Chirrió esta y la puerta se abrió. La habitación estaba a oscuras. Pero el intruso no encendió la luz. Tan silenciosamente como se había abierto, la puerta volvió a cerrarse.

Un rayo de luz, no más grande que una moneda, procedente de una lámpara eléctrica, recorrió la estancia. Luego, con silencioso

paso, el misterioso desconocido pasó al dormitorio. Allí se detuvo ante la caja de seguridad. Durante unos segundos el rayo de luz permaneció inmóvil. El dueño de la lámpara parecía reflexionar.

Y por fin se movió. Esta vez el disco de luz alumbró la pared donde se apoyaba la cama. En la parte alta de la cabecera se veía un icono. Era propiedad particular del muerto. Sin titubear, el intruso lo descolgó de su sitio y se dispuso a examinarlo.

De pronto sonó un «clic», parecido al ruido que hace un broche al cerrarse y el icono se abrió por la mitad. Apareció un hueco y, dentro de él, un papel.

La mano enguantada de negro lo sacó de su sitio. Después, la misma mano volvió a cerrar el icono y lo colocó de nuevo en la pared.

Cuando la puerta de la habitación 1314 volvió a abrirse, la luz del pasillo dio de pleno sobre el desconocido. De su persona solo eran visibles los ojos. El resto del cuerpo lo llevaba cubierto con una malla negra. La capa, también negra, que ahora caía por detrás de los hombros, permitía ver un ancho cinturón metálico en su cintura. Y en los brazos...

Sujetos por unos raros brazaletes, también metálicos, podían contarse alrededor de cada antebrazo hasta seis afilados estiletes.

La alta figura de negro pareció esfumarse en el corredor. Una ligera corriente de aire dio a entender que se había abierto una ventana. Luego todo quedó en silencio.

CAPÍTULO IV

HANS LARMON hablaba por teléfono. Quince minutos después se encontraba en uno de los grandes *steamers* que Javier Flanagan tenía en el fondeadero de Lent.

El millonario llegó poco después. Amarado en el río, un enorme hidro dejaba oír sus potentes motores en marcha. Los mecánicos habían recibido la orden de que lo tuvieran preparado para emprender el vuelo. Los motores ya estaban calientes y el aparato a punto de salir.

Javier Flanagan se reunió con su amigo. Hans Larmon era un joven de cabellos color rubio platino, ojos azules y con un cutis blanquísimo. A pesar de que era más bien alto, visto al lado del millonario daba la impresión de un mequetrefe. Claro que la corpulencia y simetría de líneas de Javier Flanagan engañaba a primera vista.

Sin embargo, como su amigo, poseía una asombrosa vitalidad y sentía un placer intenso por las emociones.

—¿Qué ocurre, Javier? —indagó, apenas se reunieron los dos—. ¿Por qué me has llamado con tanta urgencia?

—Deja de hacer preguntas y sube al aparato. Disponemos de tan poco tiempo, que ojalá no lleguemos tarde.

—De acuerdo, hombre. Pero ¿se puede saber al menos a dónde vamos?

Hans Larmon tenía la costumbre de hablar haciendo preguntas.

El millonario, que ya le conocía, no le hizo caso. Se limitó a empujarle hacia la pasarela y una vez en el avión le indicó la cabina de los pilotos.

Javier Flanagan tomó los mandos, secretamente divertido de que el ruido de los motores le impidiera oír las protestas de su amigo. Y un minuto después, el enorme hidro despegaba. Dio una vuelta alrededor del estuario y finalmente se perdió de vista en la dirección de Europa.

Dos días más tarde, en París, Javier Flanagan decía a su amigo:

—Espérame aquí sin moverte. Ya te he explicado a qué hemos venido y, si todo sale bien, emprendremos el vuelo esta misma tarde.

Media, hora después, el millonario llamaba a la puerta de un enorme edificio de la calle St Honoré. Era un pensionado de señoritas regido por monjas, preguntó por la superiora y le hicieron pasar a una celda que hacía las veces de despacho.

—Usted dirá en qué puedo servirle, caballero —empezó a hablar, una monjita de rostro simpático y voz cascada por los años—. Me han dicho que se trataba de algo muy urgente.

—Y no la han engañado, reverenda madre. Se trata de una de las internas que tiene usted a su cuidado; se llama Olga Draganovich.

—¿Olga Draganovich? —la anciana demostró en sus ojos una grave preocupación—. Por favor, ¿qué le ha ocurrido a mi pequeña? Demasiado tarde me doy cuenta de que no debí dejarla marchar.

Ahora fue el millonario quien se sorprendió.

—No la entiendo, reverenda. ¿Es que no está aquí esa señorita?

—Hace escasamente una hora que unos caballeros vinieron a por ella. Dijeron que su padre había sufrido un accidente y deseaba verla. Me parecieron personas respetables y la dejé salir. Pero, ¡por Dios, caballero! Dígame qué le ha sucedido. ¿Por qué viene usted también a buscarla?

Javier Flanagan no supo qué decir. En lo único que podía pensar era en que había habido alguien más rápido que él. Calmó como pudo a la buena monjita y se despidió, prometiéndola enviar noticias de la joven en cuanto la encontrara.

En el hotel, y siguiendo su costumbre de siempre, Larmon le recibió asediándole a preguntas.

—¿Qué? ¿La has traído? ¿Te han puesto impedimentos?

Por toda respuesta, el millonario ordenó:

—Rápido, Larmon. Liquida nuestra cuenta. Salimos inmediatamente.

—Pero...

—Por favor, no pierdas tiempo. ¿No te das cuenta de que ya hemos perdido bastante?

De nuevo en Nueva York, lo primero que hizo el millonario fue ponerse al habla con una agencia informativa de su propiedad. Durante cerca de treinta minutos estuvo dando instrucciones por teléfono.

Y horas más tarde recibía un abultado sobre. Eran los informes que había pedido.

* * *

Aproximadamente a la misma hora en que Javier Flanagan se disponía a estudiar los datos que acababa de recibir, Boris Smolenko hacía girar su silla de ruedas para mirar a Gregor Boronof, que acababa de entrar.

—¿Qué ocurre, Gregor? ¿A qué vienen esas prisas? Si no es para algo importante, ya sabes que no puedo perder tiempo. Conque abrevia...

Gregor Boronof se permitió esbozar una sonrisa. Traía buenas noticias y estaba seguro de que su jefe se alegraría de elle

—¡Ya la tenemos, jefe! —empezó a hablar, excitadísimo—. Está abajo. Cuando quiera puede hablar con ella.

El inválido le interrumpió con un gesto.

—¿De quién me estás hablando, Gregor? —preguntó con una voz tan melosa que tuvo la virtud de acabar con la excitación del otro.

—Quiero decirle que Olga Draganovich está aquí. Mis muchachos acaban de traerla de París.

—¿Para qué?

La seca pregunta desconcertó al ruso.

—Pues... verás, jefe. En un principio había pensado esperar a que viniera por sí sola. Luego, pensándolo mejor, telegrafíé a los agentes que tenía en París y les ordené que la trajeran ellos. Lo han hecho muy bien. Nadie se ha enterado.

—¿Con qué fin la has traído aquí? Eso es lo que quiero saber.

—Pues... mi opinión es que, estando ella en nuestro poder, tendremos también muchas más probabilidades de que seamos los primeros en enterarnos de cuanto sepa referente a las joyas. He pensado que si usted la hablase haciéndose pasar por amigo de su padre, quizá pueda sonsacarle algo. No olvide que lo tenemos todo muy adelantado.

El inválido guardó unos segundos de silencio que al otro parecieron siglos.

—¿Sabe ya lo de su padre? —preguntó de pronto.

—No, jefe. Mis agentes solo le dijeron que iban enviados por él. Ella le cree enfermo. Está impaciente por verle.

—Está bien. Pero, dime primero: ¿has hablado ya con los compradores?

—Sí, jefe. Están deseando ver esas piedras. Darán por ellas cuanto se les pida. ¡Lástima que no las tengamos aún!

—Supongo que les habrás recomendado la mayor reserva, ¿verdad? No interesa que se lo comuniquen el uno al otro. Nos estropearían la jugada.

—No hay cuidado. Ninguno de ellos hablará.

—Me gustaría estar tan seguro como tú. En fin, haz subir a esa muchacha.

Olga Draganovich era una joven no muy alta, pero muy bonita. Tenía los ojos azules y el cabello muy rubio. A pesar de que ya había cumplido los veinte años las dos trenzas en que llevaba recogido el cabello y el vestido de colegiala del pensionado la hacían parecer realmente una niña. Cuando entró en la habitación donde se encontraba Smolenko, la impaciencia se retrataba en su bello semblante y sus ojos estaban enrojecidos a causa del llanto.

En cuanto vio al inválido que desde su silla le abría los brazos como invitándola a que se acercara, la muchacha se arrojó entre ellos y rompió a llorar de nuevo.

—Vamos, vamos, pequeña —la consoló el inválido con hipócrita, pero cariñosa voz, plenamente matizada de bien disimulada emoción—. Tienes que tener ánimos... Las niñas bonitas no deben llorar. Se les estropea la cara y luego parecen más viejas.

La hablaba como si fuera una niña. En realidad la creía más joven de lo que realmente era.

Con palabras y mimos que a él mismo sorprendieron consiguió

que ella se calmara.

—Quiero ver a mi papaíto, señor. Le ruego que me lleve a su lado. Los caballeros que me han traído me han dicho que estaba aquí —hizo un esfuerzo por retener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos y prosiguió—: Dígame, señor ¿qué es lo que tiene mi papaíto? ¿Por qué no ha podido ir él a buscarme?

—Cálmate, pequeña. No es nada de cuidado. Pronto le verás. Aunque antes tienes que tranquilizarte. Además, el viaje ha sido muy pesado y tienes que descansar. Él lo hace ahora.

La muchacha intentó protestar. Pero Smolenko no la dejó hablar.

—Tienes que tener paciencia, jovencita. Es el doctor quien lo ha dispuesto así. Tu papaíto necesita descanso, mucho descanso.

—Entonces es que está grave —sollozó la acongoja muchacha—. Si no fuera así ya me habrían dejado verle. Por favor, señor. ¡Tenga piedad de mí!

Boris Smolenko se dio cuenta de que se había excedido en sus palabras. Por otra parte, estaba ya cansado de representar aquel papel. Tuvo que hacer un poderoso esfuerzo de voluntad para poder continuar disimulando. Convencido de que si no la hacía hablar ahora ya no lo conseguiría nunca, decidió cambiar de táctica.

—Está bien, pequeña —no sabía llamarla de otra manera—. Ordenaré que te conduzcan a su lado. Pero antes te pondré al corriente de lo que tiene. Quizá tú puedas ayudarnos a curarle.

—¡Yo! —exclamó sorprendida la joven—. ¿Es que puedo yo hacer algo para que se cure?

El inválido respondió con cautela.

—Dios quiera que así sea. Nuestras esperanzas están puestas en ti. Según el doctor que le asiste, lo que padece es una fuerte depresión nerviosa. Parece ser que la causa de su enfermedad es que no puede recordar donde tiene guardados ciertos objetos que escondió. Delira continuamente. Y lo peor de todo es que solo existe un medio de poder curarle: encontrar esas joyas.

—¿Joyas? —la muchacha abrió los ojos, asombrada.

—Sí, pequeña. Todo lo que tiene es por culpa de unas joyas. Aunque, la verdad —añadió, dando a entender que desconfiaba del sano juicio del presunto enfermo—, nosotros creemos que esas joyas solo existen en su imaginación.

La muchacha le escuchaba con verdadera ansiedad. Y a medida

que Smolenko iba hablando, sus ojos iban adquiriendo un extraño brillo. Como si la esperanza fuera renaciendo en su corazón. Preguntó de pronto:

—¿Dice usted que mi padre está enfermo porque no encuentra unas joyas?

—Exactamente, pequeña. Pero lo más fácil es que no existan siquiera. No es un caso corriente, la verdad. Le hemos enseñado cuantas hemos podido adquirir, pero nada. Ni las mira. ¡Si al menos tuviéramos la certeza, de que existen realmente!

—¡Pues claro que existen!

La contestación de la muchacha casi hizo levantar a Smolenko de su asiento. Las aletas de su puntiaguda nariz se dilataron. Bajo los cristales de los lentes, sus ojos adquirieron un brillo de gozosa alegría. Aunque se dominó rápidamente. Con cierta ansiedad que no pudo disimular y que engañó a la joven, preguntó—: ¿Luego es verdad? ¿Dónde, dónde están? —y ya más calmado, prosiguió—: Con la alegría de saber que no eran imaginaciones de él, casi ya le veía curado. Pero, desgraciadamente, mucho me temo que continuemos igual. Casi peor aún. Ahora sabemos que es cierto que existen. Mas ¿cómo encontrarlas? Todos nuestros esfuerzos han sido hasta ahora inútiles.

La pregunta, aunque de una forma indirecta, iba dirigida a la joven. Y como esperaba Smolenko, esta no tardó en contestar:

—Si no las ha cambiado de sitio, yo sé dónde las escondió.

—¿De veras? ¡Por Dios, pequeña! Mira que es más serio de lo que crees. No me hagas alimentar falsas esperanzas. ¡Ansío tanto ver a mi querido amigo Iván completamente curado!

Y el hipócrita, hasta se permitió el lujo de derramar unas lágrimas. Y eran lágrimas de verdadera alegría. ¡Por fin estaba a punto de saber lo que tanto deseaba!

—Precisamente la última vez que fue a verme —empezó la muchacha—, mi papaíto me habló de que guardaba para mí una fortuna en joyas que me entregaría cuando saliera del pensionado. Al principio no quiso decirme nada más. Pero ante mi curiosidad me explicó que se trataba de dos piedras famosas que él había regalado a mi madre cuando se casaron. Me advirtió también que debía tener mucho cuidado con ellas, pues ya una vez trataron de robárselas, como hicieron con otras que no ha vuelto a ver más.

Entonces le pregunté yo si él las guardaba bien, y me contestó que donde las tenía estaban bien seguras.

—Sigue, sigue. ¿Dónde las guardaba?

—En casa de un amigo suyo. Un señor llamado Horacio Halper. Aunque lo curioso del caso es que este señor ni siquiera lo sabe.

—¿Que no sabe que él guarda esas joyas? —se extrañó Smolenko.

—No, él no sabe nada. Ocurrió que un día mi papaíto le hizo una visita. Iba a proponerle que se las guardase, pero el señor Halper no estaba en su casa. Entonces dijo que le esperaría. Le dejaron solo en el despacho y entonces se le ocurrió una idea: esconderlas allí sin que nadie supiera nada. Así es que sin pensarlo dos veces las escondió en...

—¿Dónde?

La mano del inválido la había cogido por un brazo, sin darse cuenta de que le hacía daño hasta que ella soltó un pequeño grito.

—Perdón, pequeña —se disculpó rápidamente—. Estoy tan nervioso que no sé lo que me hago. Continúa. ¿Dónde las escondió?

—El sitio exacto no quiso decírmelo. Lo único que sé es que, si no las ha sacado después, están en algún lugar de la biblioteca de ese señor Halper.

Boris Smolenko dejó escapar un suspiro. No era lo que esperaba, pero se sentía satisfecho. Una de sus manos se apoyó en el brazo de su silla. Al momento se abrió la puerta y Gregor Boronof apareció en el dintel.

—Acompaña a la señorita, Gregor. Ocúpate de que, cuanto antes, pueda reunirse con su padre.

Y con la mano hizo una seña imperceptible que Boronof comprendió perfectamente.

CAPÍTULO V

LA mansión de Horacio Halper era un moderno edificio de la calle Allomey, levantado sobre el solar de una de las muchas casas destruidas por el pavoroso incendio que conmovió a todo Nueva York el 18 de diciembre de 1835[2].

Horacio Halper era profesor de Ciencias de varios institutos. Acostumbraba a preparar sus lecciones todas las noches después de cenar, en la biblioteca. Era la sala más espaciosa y, por tener en ella todos sus libros de consulta, la había convertido en su despacho. La habitación tenía dos grandes ventanales que daban al jardín que había detrás de la casa. El resto de las paredes estaba cubierto por grandes estanterías repletas de libros. Frente a la puerta, al fondo, se veía una artística mesa de madera tallada. El sillón donde él se sentaba era una verdadera obra de arte y los cómodos butacones que había delante de la mesa eran una maravilla.

Un reloj cercano dejó oír sus monótonas campanadas, Eran las diez de la noche.

Como de costumbre, Horacio Halper entró en la biblioteca para preparar sus ejercicios. Pronto se concentró en su trabajo, hasta el punto de que no se dio cuenta de que una de las ventanas que daban al jardín empezaba a abrirse silenciosamente.

Gregor Boronof apareció por el hueco. Vio al profesor inclinado sobre la mesa y una mueca perversa se reflejó en su feroz semblante.

Al otro día, todos los periódicos de la ciudad anunciaban con grandes titulares:

¡MISTERIOSO ASESINATO DEL DOCTOR HALPER! EL CONOCIDO HOMBRE DE CIENCIA DOCTOR HORACIO HALPER ES ENCONTRADO MUERTO DE UN TIRO EN EL CORAZÓN, EN SU BIBLIOTECA. EL ASESINO O ASESINOS HACEN GRANDES DESTROZOS EN LA HABITACIÓN.

Después seguían los detalles de cómo había sido descubierto el crimen. Según el «New York Herald», el periódico más serio de la ciudad, cuando el criado del profesor, única persona que vivía con él en la casa, acudió como todas las noches antes de acostarse, a despedirse de su señor, lo primero que vio al entrar en la biblioteca fue que en ella reinaba un desorden completo. Parecía que por la magnífica sala, orgullo del dueño de la casa, había pasado un ciclón. Las estanterías estaban revueltas; cientos de libros aparecían por el suelo; las alfombras habían sido levantadas; los muebles destrozados; hasta las baldosas del suelo presentaban señales de haber sido golpeadas.

Al profesor le encontró sentado en su silla, muerto de un tiro en el corazón. Le habían disparado por la espalda a quemarropa. Lo curioso del caso es que el criado no había oído nada. Ni el disparo ni el ruido que necesariamente tuvieron que hacer para armar aquel destrozo. Según él, cuando debió ocurrir el drama debía encontrarse en la cocina limpiando la vajilla que su señor había usado para cenar. Se había comprobado que la cocina se encontraba al extremo opuesto de la casa.

Javier Flanagan dejó sobre la mesa el periódico que acababa de leer. Sacó después de su bolsillo un papel en el que se veían varios nombres y direcciones y lo recorrió con la vista. Entre ellos figuraba el nombre y dirección de Horacio Halper.

Levantándose de su asiento cogió el teléfono y marcó un número.

—Pon atención a lo que te voy a decir, Larmon —empezó el millonario cuando le contestaron desde el otro extremo del hilo—. Quiero que vayas a la Octava Avenida. A casa de un tal Dennis

Morgan. Visítale con cualquier pretexto. Puedes decir que eres amigo de Iván Draganovich. Luego me comunicas lo que él te haya dicho. ¿Entendidos?

—Perfectamente —oyó que respondía su amigo—. Voy para allá enseguida.

Media hora más tarde, al sonar el teléfono, Javier Flanagan oyó por él la voz excitada de Larmon, que decía:

—Dennis Morgan no está en su casa. Salió anoche y todavía no ha regresado. Su esposa está intranquila. Teme que le haya ocurrido algo.

La voz del millonario no demostró la menor emoción cuando respondió:

—Está, bien, Larmon. Ya puedes venir.

Y sin esperar más colgó el aparato.

* * *

Se hizo de noche. Las luces de Manhattan empezaron a encenderse. Desde lo alto, la ciudad daba la sensación de un campo plagado de luciérnagas. Los letreros luminosos, los anuncios de neón y los faros de los coches que transitaban por las calles dejaban, no obstante, y a pequeños intervalos, grandes manchas de obscuridad cuya negrura las demás luces eran impotentes para disipar.

No es de extrañar, pues, que una figura de negro que salió de un coche parado en la esquina de la calle Lombardos, pasara desapercibida durante el trayecto que recorrió hasta llegar a una manzana de casas, cuya puerta trasera se vislumbraba tenuemente en la penumbra. La niebla que subía del cercano río, al Este, ayudó a ocultar la extraña figura que, cual enorme murciélago, empezó a ascender por la lisa pared.

En la ventana del primer piso se detuvo. Instantes después, la ventana se abrió sin hacer el menor ruido. Daba a una habitación completamente a oscuras. Pero un rayo de luz brotó de una lámpara eléctrica. La figura casi invisible del desconocido se movió. Silenciosamente atravesó la estancia hasta llegar a una puerta que se veía al fondo. Allí, la lámpara se apagó. El desconocido se encontraba, ahora en un pasillo alfombrado. Al final de él aparecía una escalera que descendía a la planta baja. Estaba alumbrada por

un foco de escasa luz en cada tramo.

Un rumor de voces subía desde abajo. El misterioso desconocido se acercó a la balaustrada y escudriñó por el hueco de la escalera.

La habitación de abajo era un salón. Estaba lujosamente amueblado. Sentados en sendos sillones se veía a dos hombres. Uno de ellos permanecía de espaldas a la escalera. El rostro no se le veía, pero el pelo, ya canoso, denotaba al hombre de edad maduro. El otro era un joven de rostro atractivo y simpático. No tendría más de veinticinco años. A su lado, en el suelo, se veía un maletín de cuero de regulares dimensiones. Y en aquel momento decía el joven:

—... y aquí traigo lo que usted pidió, señor Mathews. Esperamos que sea de su agrado. Vea usted mismo.

El de más edad cogió el maletín que el otro le alargaba. No lo abrió; lo colocó sobre una mesa cercana y, viendo que el joven le miraba extrañado, declaró:

—No se preocupe, Fartbhel. Ya lo miraré luego. Estoy seguro de que todo está bien. Le acompañaré hasta la salida. Todos los criados están ocupados.

Los dos hombres desaparecieron por una puerta. Pero el desconocido que escuchaba desde lo alto de la escalera continuó en el mismo sitio sin moverse. ¿Esperaba algo?

La respuesta a esta pregunta no tardó en presentarse. La puerta por donde poco antes habían desaparecido los dos hombres volvió a abrirse. Por ella apareció el llamado Mathews. Ahora pudo verle perfectamente. Era alto, de rostro aquilino y ojos pequeños, aunque de mirar penetrante. Tenía el pelo Casi blanco. Debía tener más de sesenta años. No obstante, caminaba erguido. Su porte era distinguido.

A grandes zancadas cruzó la habitación. Llegó a la mesa donde minutos antes había dejado el maletín que su visitante le entregara y lo cogió. Luego desapareció por otra puerta. Antes de salir apagó la luz.

Cuando todo quedó en silencio, alguien empezó a bajar la escalera. Era el desconocido que había permanecido arriba durante los últimos diez minutos. No hacía el menor ruido.

A la escasa luz de los pequeños focos que alumbraban los escalones se vislumbró su figura totalmente cubierta por una capa negra. Y al asirse al pasamanos, las aceradas hojas de varios

estiletes que llevaba en los antebrazos despidieron vivos destellos.

Una vez abajo cruzó el salón. Poco después desaparecía por la misma puerta por donde, poco antes, había salido el que parecía ser el dueño de la casa.

Mientras tanto, en los sótanos de la vivienda de Boris Smolenko, Olga Draganovich, la hija del difunto Thomas Bundy, se hacía mil cábalas tratando de comprender algo de su extraña situación.

Desde el día anterior en que la habían trasladado a aquella habitación donde ahora se encontraba, había esperado inútilmente que la llevasen al lado de su padre, como le habían prometido. Algo en las palabras de Gregor Boronof, que era quien la atendía, le había llamado la atención. Cada vez que había preguntado cuándo vería a su padre, la contestación del ruso había sido siempre la misma:

—Ten un poco de paciencia, jovencita. Si es verdad lo que nos has dicho, puedes estar segura de que no tardarás en reunirte con él.

Y una extraña risita se escapaba de los labios del ruso. Risa que la ponía nerviosa y la llenaba, sin saber por qué, de continua desazón.

Ni por un momento pensó que todo aquello era una trampa que le habían tendido. La inocencia de la joven, criada bajo las normas más severas, no le permitía entrever el peligro que la acechaba. Pero poco iba a tardar, sin embargo, en salir de dudas.

Gregor Boronof acababa de entrar. En su rostro se reflejaba una insana alegría.

—Bueno, jovencita. Ha llegado la hora —fueron sus primeras palabras.

La muchacha, equivocando el sentido de ellas, corrió hacia él alborozada.

—¿Habla en serio, señor? ¿Podré por fin abrazar a mi papaíto?

—Eso depende de él —respondió el ruso, enigmático—. Yo lo dudo mucho.

—No le entiendo, señor. ¿Qué ha querido decir con eso? ¿Acaso no quiere verme?

—¡Ya lo creo! Daría cualquier cosa por ello —el malvado gozaba con aquel juego de palabras que solo él entendía—. Pero casi estoy seguro —continuó, acercándose a ella y cogiéndola por un brazo—,

que tú no podrás verle. Eres demasiado inocente para ir a donde está él.

La muchacha, cada vez más asombrada por lo que oía, preguntó:

—¿Y dónde está mi papaíto para que yo no pueda ir a verle?

—¡En el infierno! —respondió el ruso, brutalmente.

Olga Draganovich dejó escapar un grito de horror. Se llevó las manos a la garganta y hubiera caído al suelo si el propio Boronof no la hubiese sostenido. Había perdido el conocimiento.

El ruso la depositó sobre la cama mientras murmuraba:

—¡Estupendo! Así me ahorro trabajo.

Se acercó a la mesilla de noche y del bolsillo sacó un estuche. Una jeringuilla hipodérmica apareció en su mano. Sin el menor temblor la cargó de un líquido que extrajo de una ampolla. Luego, con una mueca satánica en su rostro, se acercó de nuevo a la joven.

Estaba de espaldas a la puerta. No vio, por tanto, cómo esta se abría sin hacer el menor ruido.

Gregor Boronof remangó un brazo de la muchacha. Levantó la jeringa, dispuesto a pinchar y...

—¡Quieto!

La orden procedía de la puerta. La voz que la pronunció era imperiosa, autoritaria.

El asesino se volvió bruscamente. Sus ojos no reflejaban temor, pero se abrieron desmesuradamente a causa de la sorpresa. Una imponente figura, toda vestida de negro, le miraba fijamente a través de los dos agujeros de la capucha que le cubría. Tenía los brazos cruzados y por detrás de ellos, colgando de los hombros, una capa también negra resaltaba su figura.



Una espectral figura apareció ante él.

El ruso la recorrió con la vista para, como hipnotizado, quedarse mirando los brazos, todavía cruzados sobre el pecho, alrededor de los cuales contó hasta doce estiletos sujetos por dos brazaletes metálicos a cada antebrazo.

Gregor Boronof vaciló un instante. Pero rehaciéndose, con una rapidez que en otras ocasiones le había valido salir airoso de muchos apuros, intentó sacar su pistola.

Pero no llegó a lograrlo. Se oyó un silbido y el ruso se encontró con el bíceps limpiamente atravesado por un estilete. Luego...

—¡Apártate de la cama! —ordenó el encapuchado. Y el ruso obedeció en el acto.

La joven seguía sin conocimiento. El extraño desconocido se acercó a ella y con la mayor facilidad la levantó de allí para hacerla desaparecer bajo la capa. Luego, sin perder de vista al ruso, que se retorció de dolor, se dirigió hacia la salida.

Poco después, cuando Gregor Boronof, haciendo esfuerzos por contener el dolor que le producía su brazo herido abrió la puerta para pedir auxilio, el encapuchado y la hasta entonces prisionera habían desaparecido.

CAPÍTULO VI

HANS LARMON acababa de acostarse cuando el timbre del teléfono empezó a repiquetear. Descolgó y preguntó:

—Diga... Sí. Yo mismo. ¿Con quién hablo?

La respuesta que recibió le hizo pegar un salto en la cama.

—Habla Dongor —le habían dicho—. En la puerta de su casa hay un coche parado. Dentro encontrará a Olga Draganovich. Está sin conocimiento.

Aquella llamada telefónica sumió a Hans Larmon en un mar de confusiones. Siempre le ocurría así, cuando hacía su aparición el misterioso personaje que se llamaba a sí mismo Dongor. Pero, como siempre, se dispuso a cumplir las órdenes recibidas. Aunque, ¿qué órdenes? —se preguntó, mientras se vestía precipitadamente.

«En un coche parado a su puerta encontrará a Olga Draganovich», le había dicho.

—¿Y nada más? ¿Qué tendría que hacer con ella?

Se le ocurrió que la única solución era meterla en la casa y esperar los acontecimientos. Estaba seguro de que el misterioso Dongor le diría de alguna forma, lo que tenía que hacer.

Minutos después salía a la calle. Vio un coche parado delante mismo de su puerta. Dentro, en el asiento trasero, descubrió un bulto. Lo cogió en brazos y entró en la casa. Subió a Olga Draganovich a una de las habitaciones del primer piso y la depositó en una cama. Colocó bien uno de los brazos que le colgaban inertes

y fue entonces cuando descubrió que en la mano sostenía un papel que decía así:

«Procure calmarla cuando vuelva en sí. Ha recibido una fuerte impresión y hay que cuidarla. Si es preciso llame a un médico. Que la asista una enfermera hasta que se reponga. Recomiende la mayor reserva. Que nadie sepa que se encuentra en su casa. Recibirá más instrucciones.

«Dongor».

Era precisamente lo que Larmon necesitaba, aunque no esperaba recibirlo de aquel modo. De nuevo se acercó a la joven y con un frasco de sales intentó reanimarla. Ella abrió al fin los ojos.

Extrañada, miró de un lado a otro de la estancia. Confundió a Larmon con Boronof y haciendo un esfuerzo trató de separarse de él. Recordó la brutal declaración de su verdugo, y dando un pequeño grito, volvió a perder el conocimiento.

Larmon pulsó entonces un timbre. Acudió un criado, que al descubrir en la cama el cuerpo de la joven demostró en sus ojos una mirada de sorpresa. Pero no dijo nada.

—Llama enseguida al doctor Davidson —ordenó Larmon—. Dile que es urgente. Envía un coche a recogerle.

Esperó a que saliera el criado y de nuevo se acercó a la muchacha, que en aquel momento empezaba a dar señales de vida.

—No se asuste, señorita —la habló con voz queda—. Está usted entre amigos.

—Mi padre... —musitó la muchacha con voz débil—. ¿Qué le ha ocurrido a mi papáito? —luego, recordando las palabras de Boronof, rompió a llorar—: ¡Le han asesinado! —sollozó—. ¡Mi papáito ha muerto! ¡Lo dijo aquel hombre!

—Descanse ahora, señorita. Procure calmarse. Soy amigo suyo y quiero ayudarla.

Poco a poco las palabras de Larmon fueron sosegándola. Luego, calmada su excitación, fue amodorrándose hasta que se quedó dormida.

Así la encontró el doctor Davidson, que llegó media hora después. La reconoció, se limitó a inyectarle un calmante y se

despidió hasta el día siguiente.

—Esté tranquilo respecto a mi discreción, señor Larmon —dijo antes de salir—. Le enviaré una enfermera de confianza.

A la mañana siguiente, Hans Larmon llamó a su amigo Javier Flanagan y le explicó el caso. El millonario prometió ir a verle enseguida.

Olga Draganovich se encontraba más calmada. Una enfermera la asistía sin separarse un momento de su lado, cuando entró Larmon acompañado de su amigo Javier.

Entonces hizo salir a la enfermera.

—Bien, señorita. Me alegro mucho de que se encuentre ya mejor. Es usted fuerte y pronto podrá levantarse. ¿Querrá contestarnos ahora a unas preguntas?

La muchacha asintió con un gesto de cabeza. Pero antes de que Larmon abriera de nuevo la boca, Javier Flanagan insinuó:

—Mi opinión es que debíamos esperar hasta que la señorita Olga se reponga del todo, amigo Larmon.

Al oír su nombre, la muchacha tuvo un ligero sobresalto. Pero pronunció, con voz débil:

—¡No, no! Puedo hablar ahora. Me encuentro muy bien. ¿Qué quieren preguntarme?

Javier Flanagan acercó la silla en que se había sentado, hasta casi rozar con sus rodillas la cama donde ella se encontraba.

—De acuerdo, señorita. Si de veras se siente con fuerzas, por nosotros no hay inconveniente. Lo primero que quisiéramos saber es cómo la trajeron de París. Mi amigo y yo estuvimos en el pensionado donde usted estudiaba, pero nos dijeron que unos caballeros habían ido a buscarla. La madre superiora se quedó muy preocupada por su suerte —y al ver el gesto de sorpresa que hacía la joven, se apresuró a aclarar—: Por cierto, se me olvidaba decirle que el ir nosotros a buscarla fue debido a querer cumplir cierto encargo que me encomendó su padre. Tome, lea esto.

Le entregó la carta escrita por Thomas Bundy el mismo día de su muerte. Mientras leía, la muchacha miraba de vez en cuando a los dos amigos, que, en silencio, esperaban que ella terminase. Por fin ella acabó su lectura.

—Entonces estas joyas de que habla en la carta son la causa de la muerte de mi padre y de mi secuestro, ¿no? —preguntó,

acongojada.

Los dos afirmaron con la cabeza. De común acuerdo, no despegaron los labios, esperando que fuese ella quien hablara.

Y en efecto, tras unos segundos de vacilación, la muchacha dijo de pronto:

—Señor Flanagan. Desde este mismo momento queda usted relevado de su compromiso. No quiero saber nada de esas joyas y mucho menos que se exponga usted por mí.

Hans Larmon fue a decir algo, pero el millonario se le adelantó para dirigirse a la joven, con voz suave:

—Temo, señorita, que no ha comprendido bien lo que su padre da a entender en esa carta. Si se fija bien, esas joyas eran de su difunta madre de usted y su último deseo fue que las recibiera usted al ser mayor de edad. Por lo tanto, no debe consentir que se las quiten sin luchar por ellas.

—Lo que no puedo consentir es que usted se exponga por unas vulgares piedras. Además, observe lo que dice mi padre de ellas: que traen la desgracia a quien las posee... No, no soy supersticiosa. Pero estoy segura de que los que las han robado tampoco sacarán provecho de ellas.

Recordó de pronto su entrevista con Smolenko y añadió, con repugnancia:

—¡Y pensar que hasta abracé a aquel asesino!

Javier Flanagan se apresuró a intervenir, notando que ella empezaba a excitarse.

—Sigamos con las preguntas, señorita Olga. Todavía no nos ha dicho cómo la trajeron de París. ¿En avión acaso?

—Sí, señor. Los dos caballeros que vinieron a buscarme tenían uno particular dispuesto a emprender el vuelo. Y apenas llegamos aquí me llevaron a la casa de un inválido que, según dijeron, era donde se encontraba mi padre.

A continuación relató la conversación tenida con Boris Smolenko, su traslado a la habitación de donde la habían libertado y las angustias pasadas hasta que, finalmente, Gregor Boronof le descubrió la verdad.

—Lo que no me explico —añadió—, es cómo pudieron sacarme de aquella casa. En los dos días que estuve, antes de que me bajaran a los sótanos, pude darme cuenta de que hay bastantes hombres

para defenderla.

Javier Flanagan y Hans Larmon cambiaron una mirada de comprensión. Y fue el segundo quien dijo:

—No piense más en eso, señorita Olga. Bástele saber que contamos con un aliado magnífico. Él la ayudará a usted y a nosotros a recuperar lo que le pertenece, y al mismo tiempo a vengar a su padre. ¡Puede estar segura!

¡Y poco podía pensar Hans Larmon la gran verdad que encerraban sus palabras!

CAPÍTULO VII

EN los muchos años que llevaba al servicio de Boris Smolenko, jamás le había visto Gregor Boronof de tan mal humor como en aquella mañana.

Era el siguiente a la noche en que Dongor había rescatado a la joven Olga Draganovich de las propias manos del ahora aturdido Boronof. Llevaba el brazo en cabestrillo como recuerdo que el misterioso encapuchado le dejara antes de irse.

En aquel momento trataba, como en otras ocasiones, de dar una explicación satisfactoria que justificara su fracaso.

—Fue imposible evitarlo, jefe. Aquel demonio de encapuchado era más temible de lo que a primera vista aparentaba. No había tropezado en mi vida con un enemigo tan peligroso. ¡Mire mi brazo! Me lo atravesó con ese cuchillo que tiene usted en la mano. Y lo hizo tan limpiamente y con tal rapidez que aun ahora no me explico cómo pudo hacerlo. Nadie mejor que usted sabe de lo que soy capaz de hacer con una pistola en la mano. Pues bien, ni siquiera me dio tiempo a sacarla.

Desde su sillón de ruedas, Boris Smolenko escuchaba las explicaciones de su lugarteniente, mientras jugueteaba con un afilado estilete que tenía en su mano. Era el mismo que causara la herida en el brazo de Boronof, y mientras lo contemplaba, una rabia sorda le consumía por dentro. Aunque en nada se debía a que hubieran herido a su hombre de confianza y rescatado a la

prisionera.

Era porque no podía encontrar una explicación que le permitiera descubrir de qué medios se había valido aquel encapuchado para entrar en su casa... y salir de ella sin ningún tropiezo.

Pagaba a una docena de hombres para que nada de aquello pudiera ocurrir y, sin embargo, a pesar de sus precauciones, todo había sido inútil.

¡Alguien a quien no conocía se había reído de él y de todos sus secuaces!

—Escúchame bien, Gregor —interrumpió de pronto a Boronof, que seguía excusándose—. Ya estoy cansado de que todo te vaya saliendo mal. No sé qué te ocurre, pero de un tiempo a esta parte siempre que te encomiendo un trabajo ocurre algo que lo estropea. Pon atención. Ahora mismo montarás una guardia en todas las entradas y salidas de la casa. Gratificaré con mil dólares al que me traiga, vivo o muerto, a ese maldito encapuchado.

—¡Pero, jefe! —se atrevió a decir Boronof—. ¿Cómo quiere que le busquemos si no sabemos quién es? Ya le he dicho que...

—Calla y deja que termine —le interrumpió el inválido, con voz seca—. Sea quien sea ese encapuchado, estoy seguro de que volverá a venir. Bien; pues cuando llegue, quiero que le dejéis entrar. De que no salga es de lo que debéis preocuparos. ¿Entendido?

—Entendido, jefe. Y ojalá acierte usted. Daría cualquier cosa por tener a mi alcance a ese fantasmón. ¡Me pagaría esta herida que me ha hecho!

—¡Procura que no te haga otra de la que no puedas curarte! —le advirtió Smolenko, haciendo que el otro se estremeciera. Hizo una pausa para girar su sillón y prosiguió—: Y ahora otra cosa. Tienes que descubrir a dónde ha ido a parar esa muchacha. Aunque no puede decir gran cosa, lo mejor será quitarla de en medio. Encárgate de que la localicen y de hacerla desaparecer. El asunto que llevamos entre manos es demasiado importante para detenerse ante pequeñeces,

—Se hará como dice, jefe. Ahora mismo daré órdenes para que la busquen. Si lo consiguen puede usted darla por desaparecida.

Y una horrible mueca se dibujó en los labios del asesino. Después de todo, había salido mejor librado de lo que creía en un principio.

Cuando Boronof hubo salido de la estancia, el inválido hizo rodar su silla hasta una especie de tocador que se veía adosado a la pared.

A un espíritu un poco observador le habría extrañado la forma en que se movía el sillón donde Smolenko se sentaba. Siempre que su dueño lo hacía andar para trasladarse a un lado o a otro, lo hacía de tal forma que sus ruedas descansaran, aunque fuera parcialmente, sobre alguna de las planchas metálicas que, a regulares intervalos, aparecían diseminadas por el suelo. Estas planchas de forma rectangular y aproximadamente de una yarda en cuadro de superficie dejaban otros claros de iguales dimensiones, pero de pavimento normal. El suelo daba así la sensación de ser un enorme tablero de ajedrez en el que las planchas eran los cuadros negros, mientras que los blancos lo formaban los claros de pavimento corriente.

Boris Smolenko se acercó al espejo del tocador. Y cuando minutos después se separó de él, su rostro había sufrido una completa transformación. Y lo mismo que al rostro le ocurrió a su cuerpo.

Levantándose de su silla, con paso firme y erguido Se dirigió hacia un armario.

¡El inválido había dejado de serlo!



.../El paralítico dejó de serlo/

Ante el armario, su ademán fue el natural que se hace cuando se quiere girar el pomo de una puerta para abrirla. Pero en esta ocasión los resultados fueron distintos. En vez de abrirse, el armario giró por completo, como si una mano invisible lo empujara para cambiarlo de sitio. Y en el mismo lugar que antes ocupaba el mueble apareció una puertecilla estrecha. Por ella desapareció el falso inválido, y el armario volvió por sí solo a su primitivo lugar.

Era cerca de mediodía cuando Dennis Morgan se apeó de su coche frente a la puerta de su casa. Un criado salió a hacerse cargo del coche para llevarlo al garaje.

Dennis Morgan era un hombre pequeño, pero de complexión robusta. De sus hombros, y en completo desacuerdo con el resto del cuerpo, brotaba un largo cuello sobre el que descansaba lo más sobresaliente de su persona: la cabeza. Era esta una cabeza que llamaba la atención, tanto por su tamaño como su forma. Monumental y afechinada, se balanceaba de un lado a otro dando la sensación de que su dueño iba a perder el equilibrio. El rostro del esquizofrénico era, sin embargo, dulce y hasta bien parecido. Solo los ojos, de un color gris acerado, denotaban al hombre de inteligencia poco común. Era uno de los sabios arqueólogos de más renombre y, al mismo tiempo, de los más famosos coleccionistas de objetos de arte de la ciudad.

Se disponía a entrar en la casa, pero un joven de pelo rubio color platino y porte distinguido le salió al paso, antes de que hubiera llegado a la puerta.

—Le ruego que disculpe mi atrevimiento, señor Morgan. Permítame que me presente. Mi nombre es Hans Larmon, ingeniero. Vine ayer a visitarle, pero me dijeron que había salido. ¿Podría concederme ahora unos minutos? Es para algo muy importante.

Dennis Morgan estaba sorprendido. Era la primera vez que le asediaban en plena calle. Pero accedió a lo que le pedían.

Entraron. La multitud de objetos de arte que se veían por doquier demostraba bien a las claras que era la casa de un coleccionista. Vasos antiquísimos, ánforas de todas las edades, porcelanas de Sévres, variadísimas figuras, armas, cuadros y toda la gama, de objetos de arte que el más exquisito de los coleccionistas pudiera desear aparecían diseminados por todos los rincones de la casa. Siguiendo al dueño de todo aquello, Hans Larmon iba aumentando su admiración a cada paso que daba.

No podía imaginarse que un solo hombre fuera capaz de reunir tantas maravillas en un mismo lugar, so pena de ser fabulosamente rico.

Llegaron ante una puerta, que por cierto era una verdadera obra de arte. El coleccionista sacó una llave del bolsillo de su pantalón y abrió. Como todas las de la casa, la habitación estaba también

abarrota de maravillosas obras de arte. Invitó a su visitante a que tomara asiento y él le imitó.

—Y bien, señor Larmon —empezó el dueño de la casa—. Estoy verdaderamente intrigado por saber qué es eso tan importante que tiene que decirme.

—Verá, señor Morgan —respondió Larmon—. Me he atrevido a molestarle por tener entendido que era usted uno de los mejores amigos de Iván Draganovich.

—¿De Iván Draganovich dice usted? Lo era y lo sigo siendo. Es uno de los más cumplidos caballeros con quien he tropezado en mi vida.

Hans Larmon no pudo disimular un gesto de sorpresa. ¿Sería posible que el coleccionista no supiera que Iván Draganovich había muerto?

Preguntó con cierta vacilación:

—¿Es que no se ha enterado de lo ocurrido? ¿No ha leído los periódicos?

—No le comprendo, señor Larmon —se extrañó Morgan—. ¿Qué tienen que ver los periódicos con mi amigo Iván?

—Sencillamente, que ellos llevan la noticia de que nuestro amigo Iván Draganovich murió hace tres días. Según las apariencias se suicidó. Pero personalmente estoy convencido de que lo asesinaron.

El coleccionista pegó un brinco en su asiento.

—¡Imposible! —exclamó—. Eso no puede ser cierto, señor. ¡Me hubiera enterado!

—Por eso le pregunté si había leído los periódicos de estos últimos días. Todos ellos hablan del presunto suicidio de Thomas Bundy.

—¡Thomas Bundy! —volvió a exclamar el coleccionista—. ¡Pero...!

—Thomas Bundy y Iván Draganovich eran una misma persona —le interrumpió Larmon, con voz grave—. Llevaba varios meses usando ese nombre. Se hospedaba en el Hotel Mido.

A continuación relató lo que habían publicado los periódicos, la carta escrita a su amigo Flanagan y el rescate de su hija. No mentó para nada la intervención de Dongor, así como tampoco dónde se encontraba la muchacha en aquellos momentos.

El coleccionista se había quedado mudo de asombro. En cuanto a Larmon, estudiaba las reacciones que aquellas noticias producían en el dueño de la casa. Esperaba que fuera él quien rompiera el silencio.

—Confío en que sabrá perdonarme, señor Larmon —habló por fin el coleccionista—. ¡Me ha pillado tan de sorpresa lo que acababa de decir! Dígame ahora: si no he oído mal creo haber entendido que nuestro común amigo murió asesinado. ¿Tiene pruebas?

—Pruebas exactamente, no. Pero sí conclusiones y detalles que me lo aseguran.

—¿Se lo ha comunicado a la policía?

—Todavía no. Creí oportuno consolidar mis sospechas antes. Por eso he venido a verle a usted.

—No veo en qué puedo yo ayudarle, señor Larmon.

—Bastará con que responda a mis preguntas. Por ejemplo: ¿oyó usted alguna vez a nuestro amigo hablar de ciertas joyas?

El sabio abrió los ojos asombrado. Luego exclamó:

—¡Joyas! Pues sí, varias veces. Incluso traté de comprárselas, pero ni siquiera me las enseñó. Según él, pertenecían a su hija y no se atrevía a sacarlas de donde las tenía por temor a que se las robaran.

—Pues eso es lo que ha ocurrido. Le mataron para robárselas.

—¿Cómo lo sabe?

—Por su hija. Cuando le asesinaron no pudieron hallarlas. Por eso recurrieron a ella para descubrir su paradero. Y desgraciadamente se salieron con la suya. El asesino las tiene ahora en su poder. Y lo que es peor, ¡han costado la vida de otra persona!

—¿Otro asesinato? —el sabio coleccionista iba de sorpresa en sorpresa.

—Sí. El profesor Halper. Es natural que no esté enterado si no ha leído los periódicos.

—Así es, en efecto. Hace días que no leo nada. Estoy muy ocupado precisamente en la compra de unas joyas y...

Dennis Morgan se detuvo de pronto.

—¿Asesinato? ¿Joyas robadas?... Las joyas que estoy en tratos para comprar son precisamente joyas rusas —declaró bruscamente.

Por un instante ninguno de los dos rompió el silencio que había seguido a la repentina declaración del coleccionista. Los dos tenían

el mismo pensamiento en la cabeza: ¿serían aquellas joyas las de Iván Draganovich?

Fue Larmon quien preguntó de pronto:

—¿Quiere hablarme de esas joyas rusas que piensa, comprar, señor Morgan?

—No son exactamente lo que todo el mundo entiende por joyas. Lo que me han ofrecido son dos piedras. Dos brillantes. Y perdone que no sea más explícito, por ahora, pero el vendedor exige la mayor reserva respecto a la operación. Aunque pensándolo bien, no creo que tengan nada que ver con las de nuestro amigo. Él nunca mencionó otra cosa que joyas específicas; nada de piedras sueltas.

Luego, como recordando algo de la anterior conversación, indagó:

—Volvamos a lo del profesor Halper. ¿Qué tenía él que ver con las joyas? Solo era un buen amigo de Draganovich.

—Cierto. Mas, según parece, Iván las escondió en su biblioteca. Se enteraron de ello por su hija y fueron a robárselas. Aunque no contentos con ello, le asesinaron también.

—¡Pero eso es monstruoso! —exclamó el coleccionista—. Opino que lo mejor sería dar enseguida cuenta de todo a la policía.

—Le agradecería mucho que no hiciera eso... todavía, señor Morgan —rogó Larmon—. Tengo algunos cabos sueltos por atar y prefiero esperar un poco más. No obstante, aquí le dejo mi tarjeta por si tuviera algo nuevo que comunicarme. ¡Quién sabe si a lo mejor recuerda algo que pueda darnos más datos!

CAPÍTULO VIII

OLGA DRAGANOVICH se encontraba leyendo un libro en la biblioteca de Han Larmon. Llevaba cinco días en la casa del joven ingeniero. Su fuerte constitución y juventud había vencido el decaimiento que le produjeron las últimas emociones recibidas.

Reclinada en un cómodo butacón, se entretenía leyendo... La habían advertido que durante algún tiempo no podría salir de allí y procuraba pasar lo que durara su recogimiento de la mejor manera posible.

El dueño de la casa la atendía todo lo bien que se podía pedir de un cumplido caballero, pero como quiera que la mayor parte del día lo pasaba fuera, la muchacha le había rogado le llevase a alguien para hacerle compañía.

La solución la encontró Javier Flanagan. Envío a su hermana Alicia en substitución de la enfermera, que ya se había marchado. Así fue como a los dos días de estar juntas eran ya muy amigas. Aquella mañana...

Alicia Flanagan entró en la biblioteca. De carácter jovial y con la sonrisa siempre en los labios, la hermana del millonario era la encarnación de la juventud y belleza. Contaba tan solo veinte años de edad y, al igual que su hermano, era morena, alta y bien proporcionada. Con grandes y hermosos ojos negrísimos.

Desde el centro de la estancia alargó los brazos para acoger entre ellos a la menuda figura de Olga Draganovich, que, al verla

entrar, había lanzado el libro que leía para correr a su encuentro.

Juntas las dos, Olga Draganovich aumentaba la sensación que producía la primera vez que alguien la veía: la de parecer una niña. Alicia Flanagan rompió a reír, mientras, desprendiéndose del abrazo de Olga, hacía un gracioso ademán, como si la regañara.

—¡Por Dios, Olga! ¡Me estás despeinando! —y luego, mientras se sentaban las dos en un diván, añadió—: Dime, ¿te has acordado de mí?

—¡Que si me he acordado de usted! ¡Pero si no he dormido en toda la noche esperando que se hiciese de día para tenerla de nuevo a mi lado! —y añadió de pronto—: La quiero mucho, señorita. ¡Mi mayor deseo sería no separarme más de usted!

La repentina e inesperada declaración emocionó a Alicia.

—Yo también te quiero a ti, pequeña —respondió, haciendo un esfuerzo para rehacerse—. Y en cuanto a lo de quedarte conmigo para siempre, tendré que consultarlo con mi hermano. No creo que se oponga.

Se abalanzó de nuevo sobre Alicia y mientras la abrazaba sin descanso, musitó:

—¡Estoy muy contenta, señorita Alicia! ¡Dios quiera que su hermano no ponga ningún inconveniente!

—No temas, pequeña. Es muy bueno y accederá a lo que yo le pida... Mira, por ahí viene.

En efecto, Javier Flanagan acaba de entrar en la biblioteca.

—¿Se puede saber qué ocurre? —preguntó, después de saludarlas—. Cualquiera diría que os habéis estado peleando.

—Nada de eso —respondió su hermana—. Lo que ocurre es que nuestra amiguita Olga me ha hecho una petición y al decirle yo que si tú no te oponías por mí no habría nada que objetar, se ha puesto tan contenta que la ha tomado con mi pelo.

—Muy bien. ¿Y qué es eso a lo que yo he de dar mi consentimiento?

—Desea no separarse más de nosotros. ¿Qué te parece? ¿Podremos complacerla?

—¡Pues claro! Nada hay que lo impida. Es más, se da el caso que he estado hablando con papá y precisamente venía a proponérselo.

Olga Draganovich seguía la conversación de los dos hermanos sin atreverse a despegar los labios. Pero se le empañaron los ojos de

lágrimas al oír la respuesta de Javier. Finalmente, rompiendo en llanto de alegría que casi contagió a Alicia, intentó besar las manos del millonario.

Y así los sorprendió Larmon, que en aquel momento acababa de entrar.

—Pero ¿qué diablos ocurre aquí? —preguntó extrañado—. ¿Qué os sucede? ¿A qué vienen esos lloros?

Como de costumbre, solo hacía preguntas. Sin embargo, la interrupción sirvió para romper la tensión de la escena.

—Señor Larmon —exclamó Olga rebosante de alegría—, tengo que darle una buena noticia. Sus amigos han accedido a que me quede en su casa para siempre. Ya no me separaré de ustedes.

—¿Cómo? ¿Que se quedará en mi casa para siempre? —exclamó el ingeniero, cada vez más asombrado;

Tanto la joven como los dos hermanos no pudieron contener una carcajada al ver la cara que ponía Larmon. Este se les quedó mirando muy serio.

—Y bien. ¿Es que he dicho algo raro? ¿A santo de qué son esas risas? ¡Porque yo no le veo la gracia! ¡A ver, señorita, ¿qué es eso de que se quedará en mi casa para siempre? Porque es esto lo que acaba de decir, ¿verdad?

Nueva carcajada de los tres amigos y nueva cara seria de Larmon.

—Escúchame bien, cabezota —explicó Javier, bailándole todavía la risa en los ojos—. Donde esta señorita se quedará es en mi casa. Con Alicia y conmigo. ¿Has entendido ahora?

Ahora fue Larmon el que se puso a reír.

—Entendido, entendido. Lo veo ya todo perfectamente claro. Aunque me parece que habéis olvidado un pequeño detalle. Y es que, de momento, la señorita tendrá que continuar aquí. Nadie tiene que verla hasta que se aclare el asunto de las joyas. Corre verdadero peligro y...

—De evitar eso ya os encargaréis vosotros —le interrumpió Alicia, mientras se llevaba a Olga del brazo en dirección a la puerta—. Por lo pronto nos vamos a prepararlo todo para el traslado. Así os quedaréis tranquilos para discutir vuestros asuntos.

Apenas habían salido las muchachas, cuando un criado entró en la habitación.

—Perdón, señor —se excusó, dirigiéndose al dueño de la casa—. La señora Morgan ruega ser recibida. Dice que es para un asunto muy urgente.

Los dos amigos se miraron entre sí.

—De acuerdo —habló por fin Larmon—. Hazla pasar al saloncito.

La señora Morgan era una mujer ya entrada en años, pero bien conservada. Con el cabello teñido y el maquillaje parecía más joven de lo que realmente era. Vestía con lujo y elegancia. Su aspecto general daba a entender que pertenecía a la clase adinerada.

Al ver entrar a los dos amigos pareció titubear. No conocía a ninguno de los dos y, por tanto, no sabía a quién dirigirse. Larmon se dio cuenta de ello y trató de sacarla del apuro.

—Le ruego que me perdone si la he hecho esperar, señora Morgan —se excusó, mientras se inclinaba ante ella y le besaba la mano—. Usted dirá en qué puedo servirla.

A continuación presentó a su amigo, y ya los tres sentados, esperó que fuera ella quien hablara.

—Ante todo le pido mil perdones por venir a molestarle, señor Larmon —empezó la mujer, haciendo verdaderos esfuerzos por contener su preocupación—. Me doy cuenta de que está usted intrigado por mi visita. Máxime cuando, hasta ahora, no nos habíamos conocido.

Hizo una pausa para coordinar sus ideas y prosiguió:

—Como de seguro ya habrá usted imaginado, se trata de mi marido. Hace días que falta de casa, y estoy más que preocupada. Desde hace cuarenta años que llevamos casados nunca ha faltado una sola noche hasta hace cosa de una semana. Fue precisamente el mismo día en que preguntó usted por él. Luego, él mismo me repitió la conversación que habían sostenido y me enseñó su tarjeta. Me habló también de una operación que tenía entre manos y que, según afirmó, resultaría una sorpresa para mí. Pero le noté algo intranquilo. Parecía nervioso, aunque yo deduje que debía ser a causa de las noticias que usted le había dado. Al día siguiente me comunicó que iba a terminar la operación.

Hizo otra pausa para contener un sollozo y terminó diciendo:

—Desde entonces no le he vuelto a ver más.

Larmon intentó calmarla.

—Mi parecer, señora Morgan, es que no debe usted preocuparse tan pronto. Opino que da demasiada importancia a lo que no tiene otra cosa de extraño que ser esta la primera vez que su marido se ausenta por algún tiempo de casa.

—Así he pensado hasta ahora, señor Larmon —gimió la mujer, mientras con el pañuelito que había sacado de su bolso se enjugaba los ojos—. Sin embargo, cada vez me convenzo más de que algo raro le debe haber ocurrido. Si no fuera así, por lo menos habría telefonado. Esta mañana recordé lo que me dijo usted y por eso he venido a verle. Ya le he dicho antes que me contó toda la conversación que sostuvieron. Pues bien, temo que la culpa de su desaparición la tenga esa compra que quería hacer o algo que se relacione con las noticias que usted le dio.

Javier Flanagan había permanecido en silencio. Ahora intervino.

—Perdone que tome parte en la conversación, señora Morgan. ¿Podría decirnos si su marido había efectuado ya el pago de esa compra?

—Lo ignoro, señor Flanagan. Mi marido acostumbra a hacer sus operaciones sin que yo intervenga para nada. Y en esta ocasión mucho menos, puesto que la llevaba con el mayor secreto. Todavía no sé de qué se trata. Solo me dijo que quería darme una sorpresa.

—¿Sabe usted en qué banco tiene su cuenta corriente?

—En varios, desde luego. Pero cuando hace alguna operación de importancia, usa los fondos del Banco Hartford.

—Gracias. ¿Qué le parece si preguntáramos para salir de dudas? Precisamente conozco al director y lo sabríamos enseguida.

—Creo que tiene usted razón. ¿Quiere hacerlo usted mismo?

—Con mucho gusto. Telefonaré ahora mismo.

Antes de que el millonario colgara el teléfono, tanto la señora Morgan como Larmon ya conocían la respuesta.

—Su marido retiró hace dos días medio millón de dólares, señora Morgan —habló Javier—. El director del Banco Hartford lo recuerda perfectamente, porque para hacer efectivo un cheque de esa cantidad tiene que dar él la conformidad.

—¿Para qué creen que habrá sacado tanto dinero? —se extrañó la mujer. Y luego—: Lo mejor será avisar a la policía.

—Le sugiero que espere un día más, señora Morgan —se apresuró a decir Javier Flanagan—. Puede haber ocurrido que haya

tenido que salir de la ciudad y por cualquier causa se haya entretenido. A lo mejor una *panne*, ¿quién sabe?

La señora Morgan se levantó de su asiento disponiéndose a partir. Luego, mientras se despedía, declaró:

—Esperaré hasta mañana por la noche. Si para entonces no ha venido avisaré a la policía. Ya ve que antes de tomar ninguna determinación he querido hablar con usted, señor Larmon.

Cuando los dos amigos se quedaron solos, el dueño de la casa preguntó:

—Y bien, Javier. ¿Qué piensas tú de todo esto? ¿Por qué me enviaste a que le visitara?

—Deja de hacer preguntas y pon atención —respondió el millonario, sin hacer caso de las protestas de su amigo—. Yo voy a salir. Tú te quedarás aquí hasta mi regreso. Acompañarás a las muchachas sin separarte de ellas. Si llega la noche y no he vuelto, di a mi hermana que no salga de aquí. ¿Has comprendido?

—Perfectamente. Pero ¿qué piensas hacer? ¿Por qué no dejas que te acompañe?

—Tú haces aquí más falta. Por cierto, no olvides tener un arma a mano y mantente alerta.

Y sin dar más explicaciones, abrió la puerta y desapareció.

CAPÍTULO IX

LA mañana que siguió a la visita de Hans Larmon a casa de Dennis Morgan fue para el coleccionista la más accidentada que recordaría en toda su vida.

Aproximadamente a las once de la mañana, Dennis Morgan salió del Banco Hartford. Con el abultado maletín que llevaba en la mano entró en el coche que había dejado a la puerta para, poco después, perderse entre la circulación.

Media hora después llamaba a una puerta de la calle Madison. Un hombre salió a abrirle y le hicieron pasar a una habitación. Minutos después entraba el hombre por quien él había preguntado. Era Gregor Boronof.

—¿Trae el dinero, señor Morgan? —preguntó el ruso, tras los saludos de rigor—. Ya sabe que la operación ha de cerrarse al contado. Nada de cheques.

El coleccionista dejó vagar una sonrisa por sus labios. Señaló la cartera que llevaba debajo del brazo y dijo:

—Aquí traigo el medio millón de dólares, señor Boronof. Entrégume esas piedras. Tengo verdaderas ansias por terminar de una vez.

Sin decir palabra, Boronof se acercó a una mesa. Sobre ella descansaba un negro maletín parecido a los que se usan para viajar. Lo que no era igual era la cerradura. Esta era circular y protegida por un disco brillante parecido al cristal.

Dennis Morgan no se fijó en ello. Su atención estaba concentrada en el estuche que Boronof acababa de depositar sobre la pulimentada superficie de la mesa.

Al abrirlo, aparecieron dos gemas que derramaron un cegador resplandor. El coleccionista no pudo contener un grito de admiración al verlas. Tenía ante sus ojos las dos mejores y más famosas gemas de todo el mundo: los brillantes Orloff y Gran Mogol. Pesaban 195 y 279 quilates, respectivamente, y su pureza era tal que cualquier aficionado los hubiera reconocido.

Las dos piedras, de incalculable valía, no tenían precio, tanto por su valor intrínseco como por su historia. El coleccionista se dijo que valían más de lo que le había pedido. Cerró el estuche y durante unos segundos, al desaparecer su resplandor, percibió una sensación de obscuridad.

—Y bien —dijo Boronof, volviéndole a la realidad—. ¿Está decidido a comprarlas? Puede creerme que hay muchos que querrían hacerlo.

—Por supuesto —reconoció Morgan—. Pero ahora mismo podemos dejarlo todo ultimado. Aquí tiene el dinero que me pidió. Medio millón, ¿no fue eso?

—En efecto, señor Morgan. Y aquí tiene el estuche con las piedras.

Tomó el coleccionista el estuche y volvió a abrirlo, para quedarse una vez más maravillado con el cegador resplandor de las gemas.

Entretanto, Boronof repasaba los fajos de billetes, haciendo el recuento. Luego, cuando vio que el coleccionista se guardaba el estuche en el bolsillo de su americana, pronunció:

—Por favor, señor Morgan, acérquese. Tengo que entregar este dinero a su verdadero dueño y prefiero que presencie usted su recuento, para quedar completamente de acuerdo. Desde luego ya me supongo que estará todo bien, pero así y todo debo hacerlo.

Gregor Boronof iba hablando con la mayor naturalidad. El coleccionista no se fijó ni le dio ninguna importancia al hecho de que el ruso, mientras apartaba un fajo de billetes con una mano, depositara la otra sobre el maletín que tenía en la mesa. Después se dedicó a introducir los billetes en un cajón de su escritorio.

—Bueno, todo está conforme —declaró Boronof, cerrando el

secreter—. ¿Quiere que le acompañe hasta su casa?

—No, muchas gracias. Le agradezco el ofrecimiento, pero no quiero entretenerle.

Dennis Morgan subió de nuevo a su coche y tomó la dirección de su casa. Durante el camino iba pensando en la sorpresa que iba a dar a su mujer. Ninguna señora, ni la del mismo presidente, podría permitirse el lujo de lucir dos brillantes como aquellos.

Entraba ya en la Octava Avenida cuando un impulso incontenible le obligó a admirar una vez más aquellas piedras que llevaba en el bolsillo. Así es que sacó el estuche. Lo abrió y...

Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios. Estuvo a punto de estrellarse contra una esquina, pero por fin pudo frenar. Miró entonces con más detenimiento dentro del estuche y sus ojos se abrieron desmesuradamente.

En un principio había creído que se trataba de una alucinación o que la luz del interior del coche producía aquella impresión. Y para cerciorarse salió fuera. Entonces ya no tuvo ninguna duda.

¡Los brillantes que ahora llevaba en el estuche no eran los mismos que había comprado!

Aquellos eran blancos, nítidos, transparentes. Los que ahora veía eran amarillos, opacos, mortecinos. Lo más extraño del caso era que en tamaño, peso y forma parecían idénticamente iguales a los que había comprado. Lo realmente cierto era que no tenían nada que ver con el Orloff y Gran Mogol.

Hirviéndole la sangre de rabia e indignación, entró en el coche. Por más que pensaba no podía comprender cómo había ocurrido aquello. Estaba completamente seguro de que se había guardado el estuche cuando él entregó el dinero. Recordó la invitación del ruso para que se acercara a la mesa, pero tuvo que reconocer que aun así, Boronof no podía haber efectuado el cambio. No le había tocado para nada a excepción de cuando le estrechó la mano al despedirse.

Por fin llegó ante la puerta de donde había salido poco antes. Llamó y el mismo hombre de entonces salió a abrirle.

—¿Está el señor Boronof? —preguntó el coleccionista, haciendo verdaderos esfuerzos por dominarse—. Necesito verle inmediatamente.

—Lo siento, señor. Ha salido a visitar a un cliente. Si yo puedo

servirle en algo...

—Sí. ¿Sabe usted el domicilio de ese cliente que ha ido a ver?

Y mientras hacía la pregunta depositó un billete en la mano del hombre.

—Sí, señor —se apresuró a contestar el criado—. Ha ido a casa del señor Smolenko. En la calle Cheny, núm. 189.

Quince minutos más tarde, Dennis Morgan se hacía anunciar a Boris Smolenko. Y al instante fue introducido a su presencia.

El inválido le recibió con una sonrisa.

—Usted dirá en qué puedo servirle, señor Morgan. He oído hablar mucho de usted y me siento muy honrado de...

—Perdón, señor Smolenko —le interrumpió el coleccionista, sin dejarle continuar—. A quien en realidad vengo a ver es a su agente Boronof. Me han dicho que estaba aquí y por eso he venido. Mucho me temo que le esté engañando como a mí.

Smolenko simuló muy bien un gesto de sorpresa.

—¿Que le ha engañado Boronof? ¡Eso no es posible! Mi agente es de las personas más honradas en sus negocios. Nunca he tenido que reprocharle nada.

—Pues a mí me ha engañado villanamente —explotó el coleccionista, sin poder contenerse—. Me ha hecho pagar medio millón de dólares por estas piedras que no valen ni la cuarta parte.

Y entregó el estuche a Smolenko.

Este lo abrió y contempló las gemas. Una extraña sonrisa se distendió en su semblante.

—Lo siento, señor Morgan —se lamentó el inválido, aunque sin devolver el estuche—. Le agradezco su aviso, pero ya ve que no puedo hacer nada.

—Claro que puede. Déjeme que lo vea y lo entregaré a la policía.

—Me pide usted un imposible, señor Morgan. El hombre que usted busca ya no está en mi casa. Vino a cobrar su comisión y se ha marchado. ¿Quién sabe dónde puede encontrarse ahora? —y en sus palabras se notaba un deje de ironía.

—Le digo que tengo que verle —protestó el coleccionista—. Y le advierto que si no le hace salir le denunciaré a usted también. ¡Deme ese estuche!

Smolenko hizo un ligero movimiento y el sillón en que se

sentaba retrocedió cosa de una yarda. Quedó encima de uno de los cuadros metálicos del suelo. El coleccionista le miró sorprendido.

—¡Deme ese estuche! —repitió, empezando a avanzar hacia el sillón—. Esas piedras me pertenecen.

Ahora se encontraba en el centro de uno de los cuadros metálicos de pavimento normal. No se dio cuenta del peligro que corría hasta que ya fue demasiado tarde. El suelo se hundió bajo sus pies y, lanzando un grito, desapareció por el negro agujero que ahora se veía donde poco antes se encontraba él de pie.

Cuando el grito que precedió a la desaparición de Dennis Morgan se hubo extinguido, la trampa por la que había caído volvió a su primitivo lugar. Smolenko abrió el estuche. Cuando entró Boronof, el inválido contemplaba las piedras con evidentes muestras de satisfacción.

—¿Qué le parece, jefe? —preguntó el presunto agente, mientras con un guiño señalaba el estuche que el otro tenía en la mano—. Todo ha salido a la perfección. Ahora a hacer lo mismo con otro comprador.

Smolenko no respondió. Se limitó a mirar a su lugarteniente, que de pronto se había quedado en silencio.

—¿Qué te ocurre, Gregor? ¿En qué piensas?

—Se me acaba de ocurrir un pensamiento, jefe. ¿Y si Morgan ha avisado a la policía?

—¡Bah! ¿Era por eso? No te preocupes. Estoy seguro de que nadie sabe dónde ha ido. Aunque, no obstante, encárgate de que nadie lo pueda encontrar. Está en el pozo de la red. Tuvo mucha suerte; de haber sido en el claro de atrás ya estaría muerto. En fin, sácalo de allí y llévalo a una celda. A lo mejor podemos sacar algo de provecho todavía.

Luego, cambiando de conversación, añadió:

—Y no te olvides de prepararlo todo para el otro comprador. Ya sabes que me urge mucho terminar este asunto cuanto antes.

—De acuerdo, jefe. Procuraré hacerlo como usted dice. Aunque ya sabe que no podrá ser hasta mañana. Las piedras no estarán listas hasta dentro de veinticuatro horas.

—Sí, ya lo sé. Pero de todas formas ve preparándolo todo. Ahora otra cosa, ¿hay noticias de ese encapuchado?

—No, jefe. No ha vuelto a aparecer. De seguro que no le

interesaba otra cosa que apoderarse de aquella chica. Por cierto que ya la hemos localizado. Uno de mis muchachos es amigo de una enfermera a la que ha estado unos días sin ver. Ella se ha disculpado diciéndole que estuvo asistiendo a una joven, en casa de un ingeniero de la Quinta Avenida. Y por las señas que dio ella, no hay duda de que es la misma que buscamos.

—¡Magnífico! Entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

* * *

Anocheecía ya cuando Gregor Boronof se apeó de un coche en las inmediaciones del parque. Con un maletín de viaje debajo del brazo entró en la calle Chatham y se detuvo frente a una puerta.

Tocó un timbre y un criado salió a abrirle. Entregó una tarjeta y fue introducido en un lujoso despacho, donde un anciano de aspecto severo le salió al encuentro.

—Pase, pase, señor Boronof —le invitó—. Precisamente le estaba esperando. Desde que me habló esta tarde por teléfono, estoy impaciente por ver esas maravillosas piedras. Espero que no me defraudará usted diciendo que no las trae, ¿verdad?

—Así es, señor Ferguson —respondió Boronof mientras sacaba un estuche de su bolsillo y depositaba el maletín que llevaba en la mano encima de una silla—. Vea usted mismo.

Richard Ferguson era un anciano de más de sesenta años de edad. Dueño de innumerables propiedades y con cuentas corrientes en todos los bancos de la ciudad, no se le conocía otro vicio que su desmesurada pasión por las piedras preciosas.

Se decía de él que había llegado a reunir una de las colecciones más famosas del mundo, aunque nadie podía decir que la había visto. Lo que sí era verdaderamente cierto era que cuando se enteraba de que había en venta una piedra famosa, por cualquier causa, no descansaba un momento hasta adquirirla él.

Cuando abrió el estuche que le entregó Boronof, al igual que Dennis Morgan el día anterior, él tampoco pudo reprimir su admiración.

—¡Maravilloso! —exclamó con voz chillona—. No he visto en mi vida nada que se le parezca! Dígame, señor Boronof, ¿cuánto quiere por estas piedras?

—Verá usted, señor Ferguson. Estas dos piedras no tienen

precio. No ya por ser los mejores brillantes que se conocen, sino por su historia. Pertenecieron a la corona de Rusia. Por eso su dueño no quiere darlas por menos de medio millón de dólares.

—¡Medio millón de dólares! —exclamó el millonario—. ¿No le parece que es mucho dinero?

—En efecto. Pero también esas dos piedras no tienen igual en el mundo.

Y Boronof hizo intención de coger el estuche para guardárselo. Pero el anciano no lo soltó.

—Espere un momento —dijo—. Pagaré ese medio millón. Ahora mismo le firmo un cheque.

—Lo siento, señor Ferguson. Pero ha de ser en efectivo. Mi cliente es la única condición que exige.

—¿En efectivo? —se extrañó el anciano millonario—. Comprenderá usted que una cantidad así no la tengo ahora en casa.

Gregor Boronof meditó unos segundos.

—Podemos hacer una cosa —pronunció al fin—. Para que vea que quiero servirle le propongo una solución. Quédese con las piedras y déjeme a mí el cheque. Mañana lleva usted el efectivo y yo se lo devolveré. Servirá solo de garantía.

—¡Pero eso es igual que si se lo pagara! Un cheque que yo firme, señor Boronof, es dinero contante y sonante. ¿Por qué no lo cobra usted también?

—Perdón. Por lo visto no me he explicado bien. Lo que he querido decirle, señor Ferguson, es que para que usted se pueda quedar con las piedras desde este momento, yo me quedaría con el cheque. Ya sé que en realidad es lo mismo que si lo hubiera pagado. Pero no se trata de eso. El pago ha de ser en efectivo. Lo único que pasa es que usted guarda las joyas esta noche y yo le guardaré el cheque hasta que mañana lleve el dinero a casa de mi cliente. Es un favor particular que yo le haría.

—Es una cosa muy rara lo que me propone —musitó el dueño de la casa—, pero, en fin, ¡si no hay otro remedio! Le daré el cheque y mañana le llevaré el dinero. ¿Dónde tengo que llevarlo?

—Si lo prefiere, yo mismo vendré a recogerlo. En caso contrario, llévelo a la calle Cheny, 189. Al señor Boris Smolenko.

El anciano sacó un talonario de cheques y extendió uno. Se lo entregó después a Boronof y solicitó:

—Creo que es mejor que venga usted aquí. Yo salgo muy poco y me haría un señalado favor. ¿Le parece bien al mediodía?

—A esa hora estaré aquí, señor Ferguson.

Gregor Boronof cogió el maletín que había dejado sobre la silla. El dueño de la casa le acompañó hasta la puerta de la calle.

Una vez solo, lo primero que hizo Richard Ferguson fue sacar el estuche del bolsillo y abrirlo. Quería admirar de nuevo aquellas piedras que acababa de adquirir.

La sorpresa que recibió fue similar a la que, un día antes, recibiera Dennis Morgan.

Los dos brillantes de una transparencia purísima que acababa de comprar, eran ahora de color amarillo. Aunque tenían el mismo aspecto y forma, su color y escaso brillo eran tan diferentes que enseguida se veía que no eran los mismos.

¡Aquellos brillantes no eran los que él había comprado por medio millón de dólares!

Fue tal la sorpresa que el anciano millonario recibió que durante unos minutos no supo qué hacer.

Su primera reacción fue la de llamar a la policía, pero antes de marcar el número en el teléfono desistió de ello. Pensó que tenía tiempo suficiente para recurrir a aquel extremo.

Antes iría a visitar al cliente de Boronof. Le explicaría el caso y entre los dos buscarían el medio de que el ruso no se burlara de ellos. Además tenía otro recurso: por la mañana daría orden al banco para que no hicieran efectivo el cheque firmado por él.

El reloj de la entrada del Parque señalaba las diez de la noche cuando Richard Ferguson partía solo en su coche para visitar a Boris Smolenko.

CAPÍTULO X

UNA canoa apenas visible en la obscuridad del río se adentró en la cala de Rutger. Recorrió unas doscientas yardas con los motores parados y silenciosamente atracó junto a un malecón del pequeño muelle.

De ella descendió una figura de negro. Sin producir el menor ruido se acercó a una pequeña abertura que se veía en el muro. La luz de un farol interceptada durante unos segundos arrancó fugaces destellos de los brazos del desconocido. Inmediatamente después desapareció por completo.

Entretanto, en el domicilio donde Smolenko tenía su cuartel general, Gregor Boronof se dirigía en aquel momento hacia los sótanos.

Atravesó un largo pasillo. A ambos lados de él se veían varias puertas sólidas y macizas. A la altura de la cabeza de una persona cada una tenía una pequeña abertura protegida por un enrejado de hierro. Eran las celdas donde Smolenko encerraba a sus prisioneros.

Gregor Boronof se detuvo frente a una de ellas... Abrió con una llave que llevaba en la mano. Un rumor sordo, pero profundo, llegó a sus oídos. Era el ruido del río que pasaba a poca distancia de allí.

La celda estaba a oscuras. La franja de luz procedente del pasillo que ahora entraba por la abierta puerta fue suficiente para iluminar, aunque tenuemente, el reducido espacio.

El ruso se acercó a una especie de camastro que se veía en un

rincón. Sobre él aparecía un hombre fuertemente atado. Estaba sin conocimiento. Un hilo de sangre manaba de su frente manchándole toda la cara.

Sin ningún miramiento, Boronof zarandeó al hombre hasta que este abrió los ojos.

—¿Qué me ha pasado? ¿Dónde estoy? —balbuceó el herido. Y al notar que le habían atado, añadió—: ¿Qué es esto? ¿Quién me ha traído aquí? ¿Por qué estoy atado?

Boronof permitió que el hombre se recobrara. Pero a las últimas palabras del prisionero respondió con una marcada ironía:

—Le he atado yo, señor Ferguson. En cuanto a traerle aquí, ha venido usted solo. ¿Es que no se acuerda? Vino a buscar los brillantes y lo que encontró fue esto. ¡Y esto!

Y el ruso señaló con un dedo la herida de la cabeza y las ligaduras que el otro llevaba.

—¡Canalla! —estalló el anciano Ferguson, empezando a comprender—. Debí figurármelo —advirtió que no podía romper sus ligaduras y haciendo un esfuerzo para recobrarse añadió—: Bien, ¿qué quieres ahora? Porque supongo que al traerme aquí es para algo. Aunque esta vez no te saldrás con la tuya. Aunque me mates, nada más conseguirás de mí.

—De eso ya hablaremos más tarde —replicó Boronof mientras se inclinaba sobre el camastro.

Levantó al viejo en vilo y se lo puso sobre los hombros. Luego, con él a cuestas salió de la celda. Mientras recorría el largo pasillo, el rumor del cercano río se oía cada vez con mayor intensidad. De tanto en tanto alguna que otra gota que se desprendía de la bóveda producía un monótono tic-tac parecido a la marcha de un reloj.

Y por fin, Boronof se detuvo ante otra puerta. Era la última del largo pasillo. La abrió y entró con su prisionero. Se trataba de otra celda de mayores proporciones. Además estaba alumbrada y... ocupada.

El ruido que hizo la puerta al abrirse despertó al hombre que dormía en uno de los tres camastros que como único mobiliario había en la celda. Levantó la cabeza y entre sorprendido y somnoliento miró a los recién llegados.

Boronof dejó el cuerpo del viejo Ferguson sobre uno de los camastros vacíos. Luego procedió a desatarle mientras con siniestra

sonrisa se dirigía al que ya ocupaba la celda.

—Bien, señor Morgan. Ahora estará más contento. Le traigo un compañero para que le haga compañía —terminó de desatar al nuevo prisionero y continuó, siempre burlón—: Permítame que haga las presentaciones, caballeros. Señor Morgan... el señor Richard Ferguson. Señor Ferguson... el señor Dennis Morgan.

Soltó una carcajada y marchó hacia la salida. Desde fuera, mirando por la rejilla de la puerta ya cerrada, se despidió de los prisioneros.

—Buenas noches, señores. Procuren descansar bien. Mañana ya sabrán lo que pienso hacer con ustedes dos.

Y con una última carcajada cuyo eco se extendió por todo el pasillo, se apartó de la reja y se internó en el corredor.

Los dos prisioneros quedaron solos. El anciano Ferguson quiso levantarse para ponerse en pie. Pero entumecido por la humedad y el tiempo que había estado atado, le fallaron las fuerzas y cayó al suelo. El otro prisionero saltó de su camastro para correr a ayudarlo.

—Gracias, caballero, muchas gracias —agradeció el anciano mientras ayudado por el otro se sentaba en el camastro. Y después —: Si ese canalla de Boronof no me ha engañado de nuevo, usted es Richard Morgan, el famoso coleccionista.

—En efecto. Y usted debe ser Richard Ferguson, también gran coleccionista según tengo entendido. Aseguraría sin temor a equivocarme que está usted aquí por los mismos motivos que yo: los brillantes Orloff y Gran Mogol; ¿me equivoco?

—Exacto. Lo que no me explico es cómo pudieron engañarle a usted.

Dennis Morgan dejó vagar una sonrisa entre sus labios.

—Pues lo mismo que a usted, señor Ferguson. Lo hicieron tan limpiamente que, aún ahora, me cuesta trabajo creerlo. Porque, la verdad, los brillantes que yo compré y una vez pagados me guardé en el bolsillo, eran los legítimos. Sin embargo, cuando los saqué para mirarlos de nuevo, ya no eran los mismos.

Y Dennis Morgan relató a continuación lo que le había ocurrido desde el momento en que le ofrecieron las piedras hasta que cayó en la trampa que se abrió a sus pies, en el despacho de Smolenko...

Richard Ferguson escuchó atentamente lo que iba diciendo su

compañero de celda. Y cuando el otro terminó, exclamó, excitadísimo:

—¡Pero si es idénticamente lo que me ocurrió a mí! Después de entregar el cheque firmado a Boronof, y cuando este se hubo marchado, lo primero que hice fue abrir el estuche para contemplar mejor los brillantes. Calcule usted mi sorpresa cuando, en vez de encontrar los que poco antes había comprado, me encontré con otros completamente opacos.

Hizo una pausa para recostarse mejor en el camastro y prosiguió:

—Mi error fue suponer que tendría tiempo hasta la mañana siguiente para anular el cheque y no sospechar que Smolenko pudiera estar de acuerdo con él. Para colmo de estupidez, ni siquiera avisé a la policía, incluso no quise que me acompañara ningún criado. El caso es que vine corriendo a la dirección que el mismo Boronof me había dado y Smolenko me recibió. Pues bien. Después de quedarse con el estuche de los brillantes amarillos, según él para verlos, debió hacer actuar alguna trampa. El suelo se hundió bajo mis pies y ya no me acuerdo de nada más hasta que ese canalla se me cargó auestas para traerme aquí.

Miró con cierta ansiedad alrededor de la celda y terminó:

—Lo que quisiera saber es qué piensan hacer ahora con nosotros. Mucho me temo que nuestras desgracias no hayan terminado.

Dennis Morgan, más joven y animoso que su compañero, intentó calmarle:

—He pensado mucho en eso que usted acaba de decir, señor Ferguson. Casi aseguraría que lo que pretenden al tenernos aquí encerrados no es otra cosa que ganar tiempo para terminar sus proyectos. De no ser así, me atrevería a asegurar que ni siquiera hubiesen dejado que nos viéramos.

Aunque él mismo dudaba de sus palabras, se esforzó por creerlas para animarse a sí mismo.

Fue a seguir hablando, pero en aquel momento los hombres se quedaron súbitamente rígidos. Mirándose el uno al otro aguzaron el oído. Habían creído oír un ruido en la puerta y esperaron. Y efectivamente: se oía algo así como si un objeto duro rascara en la cerradura. Poco a poco el ruido fue aumentando su intensidad hasta

que por fin sonó un seco chasquido.

Lentamente, sin chirriar apenas, la puerta empezó a abrirse. Por fin hubo un hueco capaz de permitir el paso a una persona y...

Los dos prisioneros soltaron a la vez una exclamación de incontenible asombro. En el dintel enmarcado por la escasa luz del pasillo, aparecía la imponente y majestuosa figura de un encapuchado. Iba vestido completamente de negro y solo se le veían los ojos. Una capa, también negra, le caía por los hombros.

Dejando abierta la puerta penetró en la celda. Con un dedo enguantado a la altura de los labios dióles a entender que guardaran silencio. Al mover el brazo mostró a los ojos de los desconcertados prisioneros los afilados estiletes que sujetaban dos brazaletes metálicos.

Una voz que la capucha hacía sonar algo opaca silabeó:

—No se asusten. Soy un amigo y vengo a libertarlos. Para ello solo tienen que cumplir mis instrucciones. ¿Están ustedes dispuestos?

Los dos prisioneros cambiaron una mirada. No comprendían lo que sucedía. Por un momento hasta creyeron que aquello era algún plan tramado por Boronof. Pero el encapuchado, como si leyera en sus pensamientos, los sacó de dudas.

—Si piensan ustedes que tengo algo que ver con Boronof o Smolenko, se equivocan. Usted, señor Morgan, quizá me creerá si le digo que su señora está desesperada buscándole.

El coleccionista respondió preguntando:

—¿Quién es usted y por qué quiere salvarnos? ¿Cómo sabía que estábamos aquí?

Antes de contestar, el encapuchado se acercó a la puerta y escuchó. Luego entró de nuevo en la celda.

—Contestaré a su primera pregunta, señor Morgan. Me llamo Dongor y he venido a salvarles hoy porque mañana sería demasiado tarde. En cuanto a la segunda, su respuesta me llevaría demasiado tiempo y no podemos desperdiciarlo. Confían en mí, ¿sí o no?

Esta vez fue el anciano Ferguson quien respondió:

—Yo sí confío en usted, Dongor. Además, cualquier cosa será mejor que estar aquí encerrado ¿No piensa usted igual, señor Morgan?

—Creo que tiene razón, señor Ferguson —se volvió hacia el

encapuchado y preguntó—: Bien, ¿qué es lo que tenemos que hacer?

—Sobre todo no meter ruido. Nada de hablar o hacer preguntas. Usted, señor Morgan, cuidado con donde pone los pies. Procure hacerlo donde lo haga yo y nada más. Vamos ya.

Richard Ferguson se encontró de pronto en la misma postura que unos minutos antes. La única diferencia estaba en que los hombros que ahora le sostenían eran los del misterioso encapuchado.

Con él a cuestas, Dongor salió al pasillo, seguido de Dennis Morgan. Lo recorrieron durante una veintena de yardas y por fin se detuvo. Delante de ellos se veía ahora una especie de tarima de madera, colocada allí aparentemente para nivelar el suelo.

Pero Dongor advirtió, dirigiéndose a Morgan:

—Hay que saltar esa madera sin tocarla. Es una trampa que pondría en aviso a Boronof y nos tapan la salida. ¿Se ve con ánimos de saltarla, señor Morgan? Solo tiene un par de yardas de anchura.

—¿Solo? —exclamó el coleccionista—. Pues es una distancia respetable. Pero lo intentaré.

Se dispuso a hacerlo, mas cuando empezaba a tomar carrerilla, Dongor le detuvo por un brazo.

—Espere un momento —dijo—. No podemos aventurarnos a que le fallen las fuerzas y nos veamos detenidos antes de empezar.

Retrocedió unos pasos y cargado como iba con Ferguson saltó el entarimado. Al parecer, lo hizo sin el menor esfuerzo. A continuación dejó al anciano en el suelo y saltó de nuevo en dirección contraria.

Dennis Morgan no pudo reprimir una ahogada exclamación al ver la agilidad con que se movía el encapuchado. Pero le esperaba una sorpresa mayor.

Súbitamente se sintió levantado en vilo, para el momento recibir la sensación de que volaba. ¡Dongor había saltado con él, como lo hiciera poco antes con Ferguson!

Los dos hombres, asombrados a más no poder por aquella prueba de fortaleza y agilidad, hicieron intención de hablar. Pero el encapuchado se lo impidió con un gesto, al mismo tiempo que cargaba de nuevo con el anciano.

Ahora caminaba más aprisa y con menos precauciones. El ruido del río, cada vez más próximo, amortiguaba bastante el poco que hacían ellos al andar.

De pronto, Dongor torció a la derecha. Ahora se encontraban en un pasillo completamente a oscuras, pero siguieron caminando a la luz de una lámpara que encendió el encapuchado. Así recorrieron otra veintena de yardas hasta que, de pronto, Dongor se detuvo en seco y apagó la luz.

Casi al mismo tiempo otra luz brotó al extremo del pasillo. Detrás de ellos aparecieron dos hombres. Iban armados con sendas pistolas automáticas.

—¿Quién anda ahí? —gritó uno de ellos—. Respondan enseguida o disparo.

—¿Qué hacéis ahí con la luz encendida, idiotas? Apagad pronto si no queréis que os rompa la cabeza de un puñetazo.

La voz que se oyó era la de Boronof. Pero el que había hablado era Dongor. Imitó tan bien la del jefe de aquellos bandidos que hasta Morgan y Ferguson estaban convencidos de que había sido él.

Posiblemente lo habrían echado todo a rodar si el encapuchado, adivinando sus pensamientos, no se apresurara a calmarles:

—Guarden silencio y confíen en mí. La voz que han oído es una imitación, pueden creerme. Yo no soy Boronof —dejó a Ferguson otra vez en el suelo y añadió—: Aguarden aquí un momento. Y, por lo que más quieran, no despeguen los labios.

Antes de que los completamente desconcertados coleccionistas pudieran recobrarse, desde el otro extremo del pasillo volvió a hablar el mismo de antes.

—¿Vienes, Boronof? Estamos esperando a los que has mandado a por la chica a la casa del ingeniero. Todavía es pronto, pero cumplimos tus órdenes.

—Eso está muy bien, pedazo de idiota —se oyó de nuevo la voz de Boronof, avanzando al encuentro del que había hablado—. Lo que yo no es he dicho es que tuvierais la luz encendida. ¿Por qué creéis que no hay bombillas en este pasillo?

En la completa oscuridad que reinaba en el corredor, los dos bandidos que guardaban la salida esperaron que el que creían era su jefe, se acercara. Oían perfectamente los pasos del que se dirigía hacia ellos, y de pronto...

Los dos bandidos se sintieron levantados en vilo. Se oyó el ruido que produce dos cabezas al chocar, y de nuevo el silencio.

Dongor encendió entonces su lámpara para retroceder corriendo hasta donde había dejado a los dos coleccionistas. Allí cargó por tercera vez con Ferguson y ordenó:

—Pronto, señor Morgan. Debemos darnos prisa... Nos hemos entretenido demasiado y mucho me temo que hayamos de lamentar este tropiezo. Sígame.

Pronto estuvieron al final del pasillo. Allí doblaron por un recodo que torcía a la izquierda y al pasar los dos coleccionistas pudieron ver en el suelo a dos hombres sin conocimiento. Eran los bandidos que habían oído poco antes.

Poco después, a unas diez yardas por delante de ellos, Dennis Morgan fue el primero que vio un trozo de cielo en el que fulguraban varias estrellas a través de una especie de ventana que se veía al fondo.

Pero cuando llegaron junto a ella, Dennis Morgan recibió una amarga desilusión. La ventana estaba protegida por fuertes barrotes. Por entre ellos se podía ver el río que lamiendo un pequeño muelle, pasaba casi rozándoles.

Sin decir palabra, Dongor se acercó a la reja y tiró de ella hacia dentro. Chirriaron los goznes y la reja se abrió dejando el paso libre.

Los prisioneros que ahora recobraban la libertad, no se hubieran sorprendido tanto de saber que por allí mismo era por donde había entrado su libertador.

La perenne obscuridad del pasillo dio paso a la de la noche. Pero la luna, al derramar sus rayos sobre el río, convertía la superficie del agua en refulgente espejo, que a los poco antes cautivos les pareció resplandeciente iluminación.

El encapuchado, seguido siempre de Morgan, torció a su derecha. Seguía llevando en brazos al anciano Ferguson. Y llegaron a un rincón lleno de sombras debajo del malecón, donde una canoa aparecía amarada. Poco después empezó a roncar un motor. La canoa, donde iban Dongor y los dos coleccionistas que acababa de libertar, se perdió río arriba.

CAPÍTULO XI

HANS LARMON, la joven Olga Draganovich y la hermana del millonario Flanagan, se levantaron de la mesa. Habían cenado bastante tarde, por estar esperando a Javier. Pero al ver que no acudía decidieron hacerlo, sin aguardarle más.

En aquel momento un reloj cercano dio las once de la noche.

—Bueno, jovencitas —habló Larmon—. Creo que ya es hora de que os retiréis. Tú, Alicia, ya sabes lo que me encargó Javier. Puesto que no viene él, tendrás que quedarte acompañando a la señorita Olga.

Sin hacer ningún comentario, las dos jóvenes salieron del comedor. Larmon se quedó solo. Recordó entonces la advertencia que le hiciera su amigo antes de marcharse y se acercó a una puerta. Minutos después volvía a entrar en el comedor empuñando una pistola automática. Comprobó que estaba cargada y se la guardó en un bolsillo.

Apenas había terminado de hacerlo, cuando un grito de mujer llegó a sus oídos. Le pareció haber reconocido la voz de Alicia,

Rápidamente salió del comedor. El grito parecía provenir del vestíbulo. Un minuto después alcanzaba el enorme *hall* que componía la entrada de la casa, y un cuadro que no esperaba ver se presentó a sus ojos.

Cuatro individuos de rostro patibulario rodeaban a las dos jóvenes, que se encontraban junto al teléfono. Dos de ellos

sujetaban a Alicia, que se defendía a patadas y arañazos. Olga Draganovich, aterrorizada, había echado a correr hacia la escalera que ascendía al primer piso, seguida de los otros dos.

Tan sorprendido estaba Larmon de ver lo que ocurría que cuando quiso entrar en acción para ayudar a las muchachas ya fue tarde.

En el mismo momento en que él sacaba la pistola, uno de los bandidos le descubrió y apuntando hacia él hizo fuego. Larmon sintió como si un ascua de fuego le atravesara la cabeza. Se le nubló la vista y pesadamente rodó por el suelo.

Olvidándose de él, los cuatro bandidos dedicaron toda su atención a las muchachas. El que había disparado contra Larmon se dirigió a uno de los que habían atrapado a la joven Olga.

—Llévatela al coche... ¡Pronto! Estamos perdiendo mucho tiempo —miró después hacia los otros dos, que seguían luchando con Alicia Flanagan, y agregó—: Atad a esa fiera también. Nos la llevaremos con la otra y el jefe ya dirá lo que hacemos con ella.

Los aludidos intentaron hacer lo que les habían ordenado, pero ante los desesperados esfuerzos que hacía Alicia Flanagan, que convertía todos sus intentos en inútiles, optaron por cogerla en vilo y arrastrarla hacia la salida.

Fue entonces cuando sucedió lo imprevisto. Las luces se apagaron de pronto. El enorme vestíbulo quedó completamente a oscuras...

El que llevaba la voz cantante soltó una sarta de maldiciones.

—¡Pronto! —gritó, haciendo intención de abrir la puerta—. Salgamos de aquí cuanto antes.

No pudo decir nada más. Sintió que un brazo poderoso rodeaba su cuello y a continuación que algo pesado golpeaba su cabeza. El hombre se desplomó en el suelo sin sentido.

Los demás esperaban que el que había hablado abriera la puerta. Uno de los que sujetaban a Alicia, jadeando por el esfuerzo que tenía que hacer para que la muchacha no se les escapara, preguntó:

—Bueno, Bump. Abres la puerta de una vez, ¿sí o no? Estamos esperando.

No recibió contestación. Lo que oyó fue una ahogada exclamación de su compañero. Fue a preguntar lo que le ocurría, pero las palabras murieron en su garganta. No supo nunca qué le

había golpeado. Cayó al suelo sin exhalar un gemido.

En aquel momento se encendieron las luces. Junto al conmutador y tambaleándose, aparecía Larmon con una pistola en la mano. Un hilo de sangre manaba de su cabeza manchándole la mejilla derecha. Por lo visto, la bala le había rozado el cuero cabelludo, produciéndole tan solo una pequeña herida y la pérdida del conocimiento durante unos minutos.

Cuando volvió en sí lo primero que notó fue la profunda obscuridad que reinaba a su alrededor. La cabeza le dolía horriblemente, pero los gritos que daban las muchachas le obligaron a hacer acopio de fuerzas y se levantó.

Tambaleándose se dirigió hacia donde sabía se encontraba el conmutador de la luz y giró la llave. Después se agachó a coger la pistola que se le había caído de las manos. Y al incorporarse de nuevo...

La sorpresa que recibió al contemplar la nueva escena que se desarrollaba ante sus ojos casi le hizo soltar el arma que acababa de recuperar.

Tres de los hombres que antes había visto se encontraban ahora en el suelo, inmóviles por completo. Al parecer estaban muertos o sin sentido. Tan solo quedaba en pie el que sostenía a Olga Draganovich Y al igual que él...

El estupor que reflejaba el rostro del hombre al ver a sus compañeros en el suelo le hizo soltar a la muchacha. Esta corrió hacia las escaleras en busca de Larmon, mientras el bandido lo hacía hacia la puerta de la calle.

Pero no pudo llegar a ella. Una figura de negro se le interpuso en el camino. Y antes de que pudiera hacer el menor gesto para defenderse, el encapuchado le golpeó con el puño. El hombre se tambaleó, pero no cayó. Recibió otro golpe y esta vez rodó fulminado.

Alicia Flanagan apareció ahora a la vista de Larmon. Estaba despeinada y con el vestido completamente arrugado. En los brazos se le veían algunos arañazos.

Salió de detrás de unos cortinajes que había junto a la puerta. Se había refugiado allí al notar que la soltaban. Pero ahora, al ver a los bandidos en el suelo, impotentes, salió de su escondite.

Al igual que Larmon y Olga Draganovich, sus ojos no se

apartaban de la majestuosa figura del encapuchado, que, como si ellos no existieran, se dedicaba a atar a los bandidos. Para ello había arrancado los cordones de unos cortinajes.

Alicia se dirigió a él. Pero antes de que pudiera abrir la boca, la voz de Larmon resonó en la estancia:

—¡Dongor!

La exclamación del dueño de la casa estaba matizada de verdadera alegría. Acababa de dar con la explicación del porqué de la obscuridad que reinaba en el vestíbulo cuando él recobró el conocimiento, y la razón de que los cuatro bandidos se encontraran en su actual situación.

¡Una vez más Dongor había intervenido a tiempo de ayudarle!

Entretanto, el encapuchado terminó de atar a los fracasados atacantes. Se volvió ahora hacia Larmon y con voz en la que se notaba un ligero reproche, dijo:

—Espero que no vuelva a ocurrir lo de esta noche, señor Larmon... No, no diga nada. Lo que tiene que hacer es curarse esa herida de la cabeza y procurar descansar. ¡Ah! Permítame que les dé un consejo. Sería conveniente que salieran de esta casa cuanto antes. No me extrañaría que intentaran hacer de nuevo lo de esta noche. Y otra cosa: antes de irse entérese por qué no han acudido los criados. Posiblemente haya sido por estar imposibilitados de hacerlo.

El encapuchado terminó de hablar. Agachándose, cogió a dos de los desvanecidos atacantes y salió a la calle. Después repitió la misma operación con los otros dos.

Desde la puerta abierta, Larmon y las dos muchachas vieron como Dongor se metía en el coche donde había colocado a los cuatro bandidos y un minuto después desaparecía al doblar la esquina.

El coche corría velozmente por la ancha avenida de la calzada. El poco tránsito que había a aquellas horas ayudó a que el encapuchado recorriera el trayecto que le separaba del río en pocos minutos.

Por segunda vez aquella noche, Dongor recorrió el mismo camino hasta llegar a la cala de Rutger. En la canoa llevaba ahora a los todavía inconscientes prisioneros.

Al igual que una hora antes, atracó junto al malecón. Por dos

veces en pocos minutos, la luz del farol que alumbraba aquella parte del muelle se vio interceptada por una oscura figura cargada con un bulto en cada mano.

Poco después los cuatro bandidos, atados como fardos, se encontraban en el corredor de los sótanos de la casa donde vivía Smolenko, junto a los otros dos que estaban allí esperándoles.

Seguían atados y amordazados, pero a la luz de la lámpara que encendió durante unos segundos, el encapuchado pudo ver que le miraban con ojos desorbitados de terror.

Sin hacer caso de ellos, en completa oscuridad ya, Dongor siguió adelante. Torció por el pasillo que conducía a las celdas, saltó la tarima que hacía de timbre de alarma y recorrió todo el pasadizo.

Al final de él encontró una puerta que le cerraba el paso. Unos minutos de forcejeo en la cerradura y la puerta se abrió. Silenciosamente la atravesó. Ahora se encontraba en una habitación de regulares dimensiones. No había ningún mueble.

Dongor cruzó la estancia y se acercó a otra puerta que se veía a la derecha. Daba a un pasillo. Al final aparecía una escalera que ascendía a los pisos superiores. Instantes después, la silenciosa figura del encapuchado empezaba a ascender los escalones. Llegó al rellano. De él partían dos pasillos: uno a la izquierda y otro a la derecha. Echó a andar por este último y cuando llevaba andadas una docena de yardas se detuvo.

Había llegado junto a otra puerta. Delante de ella se veía una especie de alfombra parecida a las que se usan para limpiarse los pies. Pero el encapuchado no la pisó. Rodeándola, hurgó en la cerradura y la puerta se abrió.

Un rumor de voces llegó en aquel momento hasta sus oídos. Rápidamente atravesó la puerta y entró dentro, teniendo buen cuidado de no pisar la alfombra.

El suelo de la habitación donde ahora se encontraba semejaba un enorme tablero de ajedrez. Al fondo se veía un sillón de los que usan los inválidos. En la habitación no había nadie.

Durante unos segundos, los ojos del encapuchado destellaron bajo la máscara. Recorrió con la vista toda la estancia. Su mirada se posó sobre un armario que se veía en un rincón.

Dio unos pasos hacia él y, de pronto, el suelo se hundió bajo sus pies...

CAPÍTULO XII

GREGOR BORONOF, impaciente, volvió a mirar su reloj. Marcaba las once y media de la noche. Se levantó de la silla en que estaba sentado y pulsó un timbre.

La puerta se abrió y apareció un hombre.

—¿Qué hay de los que he mandado en busca de la chica? —preguntó el ruso.

—Todavía no han regresado. Los que esperan en el pasadizo del río tampoco han dicho nada. ¿Quieres que vaya a preguntarles si saben algo?

—Sí. Diles que en cuanto lleguen los otros que vengan aquí enseguida. ¡No me explico cómo tardan tanto! —murmuró entre dientes.

Marchó el hombre a cumplir el encargo y Boronof quedó de nuevo solo. No podía disimular su impaciencia y se puso a pasear. Estuvo así cosa de diez minutos. De pronto una gran barahúnda llegó hasta sus oídos.

Instantes después se abría la puerta. Apareció el mismo hombre de antes y detrás de él otros seis. Boronof los reconoció en el acto. Eran los dos centinelas que había apostado en el pasillo del sótano y los cuatro que había enviado en busca de Olga Draganovich.

—¿Qué significa esto? —exclamó, en el colmo del asombro—. ¿Y la chica?

El que había entrado primero respondió:

—Los he encontrado a los seis atados. Según dicen, un demonio vestido de negro los atacó. Los prisioneros han desaparecido.

—¡Qué dices! —exclamó Boronof, dando un empujón al que había hablado, para apartarle—. A ver, tú, explica qué os ha sucedido.

—No podría explicarlo —respondió el hombre—. Solo sé que oímos tu voz protestando por qué encendimos la lámpara. Luego me dieron un golpe en la cabeza y ya no me acuerdo de nada más hasta que vi al encapuchado que ha entrado hace poco.

Boronof le agarró por un brazo y le zarandeo brutalmente.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Que ha entrado un encapuchado? ¿Que oíste mi voz? ¡Pero si yo no me he movido de aquí! A ver, explica eso mejor, si no quieres que te rompa la cabeza. No me gusta que nadie se ría de mí. Empieza por el principio. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Ya te lo he dicho. Oímos ruido de pasos procedentes de las celdas y encendimos la luz. Entonces tú gritaste para que apagáramos enseguida, y así lo hicimos. Después, alguien que creíamos eras tú, se acercó a nosotros. Nos golpearon en la cabeza y perdimos el conocimiento. Cuando lo recobramos estábamos atados y amordazados. Así hemos estado hasta que ha llegado Jacques y nos ha puesto en libertad. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que estos estaban también a nuestro lado.

Y el que hablaba señaló a los cuatro que habían ido a casa de Larmon y no comprendían una palabra de lo que les había pasado.

—Antes has mencionado a un encapuchado —habló Boronof—. ¿Dónde le has visto?

—En el pasillo. Hace un rato. Pasó junto a nosotros y encendió un momento su lámpara. ¡Juraría que aún está dentro de la casa!

Boronof le miró con incredulidad. Se volvió ahora hacia los otros cuatro.

—Veamos vosotros. ¿Se puede saber qué os ha pasado? No me digáis que os ha traído hasta aquí un encapuchado. Habla tú, Snipe.

El aludido contó lo que había ocurrido en casa del ingeniero hasta que se apagaron las luces. Luego siguió diciendo:

—Quedamos todos a oscuras. Yo me acerqué a abrir la puerta. Alguien me golpeó en la cabeza, y ya no recuerdo nada más. Cuando desperté me encontré como estos: atado y amordazado. Lo

que no sabía es que nos hubieran traído hasta aquí.

Boronof miró a todos en silencio. Aunque no comprendía nada de todo aquel lío, de lo que no podía haber duda era que todos decían la verdad.

—Está bien, muchachos —dijo por fin—. Por lo que habéis contado, saco la conclusión de que alguien conoce nuestro escondite. Pero me gustaría saber cómo es que no ha sonado el timbre de alarma.

En un momento, Boronof se olvidó de los prisioneros y de todo lo demás. Para él no existía ahora otra cosa que la certeza de saber que el maldito encapuchado que ya le había herido una vez, se encontraba de nuevo dentro de la casa.

—Ya habéis oído lo que acaba de decir Marcos —dijo tomando de nuevo la palabra—. Si no nos ha engañado tenemos en casa a ese misterioso encapuchado. ¡Ahora veremos si es capaz de salir!

Empezó a dar órdenes. Otros cuatro hombres acudieron a la llamada del ruso. Cuando todos estuvieron dispuestos, Boronof abrió la puerta y ordenó:

—¡Registrad toda la casa y no volved sin él! En cuanto le echéis la vista encima disparad a matar. ¡Esta vez tenemos que cogerle!

Los diez hombres se repartieron en tres grupos. Ni por un momento se imaginaron que el encapuchado se encontrara en la propia habitación de su jefe, en el despacho de Smolenko.

Las voces que oyó Dongor antes de entrar en la habitación de suelo arlequinado eran las de Boronof y otros tres hombres que le seguían.

El ruso sabía que a aquellas horas no estaba su jefe en el cuarto. No pensó siquiera en entrar. Conocía muy bien lo peligrosa que resultaba aquella habitación no estando en ella el inválido.

Pero su sorpresa no habría tenido límites de haber podido ver lo que en aquellos momentos ocurría dentro.

En el preciso instante en que él y sus secuaces pasaban de largo por delante de la puerta, Dongor echaba a andar en dirección al armario del rincón. Pero no anduvo muchos pasos porque... el suelo se hundió bajo sus pies.

Cualquier otra persona que no hubiera sido Dongor habría desaparecido por el negro agujero que apareció en el suelo. Esta vez no ocurrió así.

Al abrirse la trampa, el cinturón metálico que rodeaba la cintura del encapuchado se distendió como un muelle. Los extremos del cinturón caían ahora sobre los bordes del cuadro que formaba la trampa. Sujeto por la cintura el encapuchado quedó suspendido en el vacío. La parte inferior del cuerpo desaparecía en el abismo abierto a sus pies...

Durante unos segundos el encapuchado se balanceó en el aire. Luego, apoyándose sobre el elástico fleje que le sujetaba, fue corriéndose hasta llegar al borde de la trampa. Y enseguida se encontró fuera.

Al ponerse en pie, la capa que ahora caía sobre el todavía distendido cinturón, producía la impresión de estar contemplando un enorme miriñaque.

Dongor se llevó la mano a la hebilla del cinturón. Apretó un resorte y al momento la capa cayó hacia a sus pies. ¡El extraño cinturón había vuelto a su sitio!

La trampa quedó abierta y, ¡cosa rara!, en aquel momento se encendieron todas las luces. Desde donde se encontraba ahora, el encapuchado inspeccionó con la vista la habitación. Su mirada se posó en uno de los brazos del sillón para inválidos...

De no haber llevado tapado el rostro se hubiera podido ver la sonrisa que esbozaban sus labios.

Pisando ahora sobre los cuadros negros del pavimento se acercó al armario. Durante unos segundos estuvo tanteándolo. Por último asió el pomo del picaporte y lo movió de un lado a otro. El armario giró entonces sobre sí mismo, dejando un hueco capaz de permitir el paso a una persona...

El encapuchado se metió por él. Pero cinco minutos más tarde volvió a aparecer. Dejando el armario como estaba atravesó la habitación. Llegó hasta la puerta y la abrió.

El raudal de luz que inundó de pronto el pasillo llamó la atención de Boronof y sus hombres.

—¡El encapuchado! —gritó uno de ellos.

Todas las pistolas apuntaron hacia la puerta, en cuyo dintel se enmarcaba la imponente figura de Dongor.

El estruendo de los disparos atronó en la casa. Boronof vio como el encapuchado caía al suelo, un segundo antes de cerrarse la puerta tras él.

Exultando de gozo esperó a que los demás se le reunieran para acercarse a la habitación de su jefe. Con toda clase de precauciones alcanzaron la puerta y de un empujón la abrió Boronof de par en par.

Lo primero que vieron fue la trampa abierta. Un grito de alegría se escapó de todas las gargantas.

—¡Ya lo tenemos, muchachos! —saltó Boronof, regocijado—. ¡Ha caído en la trampa peor! ¡A estas horas ya debe estar muerto!

En la habitación no se veía el menor rastro del encapuchado. Hasta el armario estaba en su sitio como si nadie lo hubiera tocado. ¡Solo la trampa abierta daba a entender que alguien debía haber caído dentro!

CAPÍTULO XIII

CUANDO LARMON vio desaparecer al coche que conducía Dongor llevándose a los cuatro bandidos, cerró la puerta y entró en la casa.

Las dos muchachas le asediaron a preguntas.

—¿Quién es ese hombre? ¿Por qué va vestido así? ¿De qué le conoces?

Pero Larmon no respondió a ninguna. Se limitó a ordenar:

—Subid a vuestro cuarto y arreglaos un poco. No podemos perder tiempo en discusiones. Ya habéis oído que tenemos que salir de aquí.

—¿Y adónde vamos a ir a estas horas? —indagó Alicia—. ¡Como no sea a mi casa!

—Tú lo has dicho, Alicia. Iremos a tu casa. Es casi seguro que Javier no vendrá esta noche. Mañana ya se lo explicaremos todo.

—De acuerdo. ¿Quieres que te cure esa herida? Te está saliendo mucha sangre.

—No, gracias. Lo haré yo mismo.

Un cuarto de hora después llegaban a la Plaza Hamilton. Atravesaron con el coche la verja que rodeaba la mansión de los Flanagan y por fin se detuvieron junto a la entrada principal.

Alicia Flanagan fue la primera que se apeó. De su bolso sacó una llave y abrió la puerta.

Hans Larmon y Olga Draganovich la siguieron hasta el interior.

El ingeniero miró al enorme reloj que tenían enfrente. Señalaba en aquel momento las doce y cuarto de la madrugada.

En la casa todo era silencio. Como de costumbre, pasada la media noche todo el mundo, incluso la servidumbre, dormía ya en la casa de los Flanagan.

Llegaban al rellano del primer piso cuando, de pronto, se abrió una puerta. Por ella asomó la cabeza de Javier. Estaba despeinado, con el aspecto del que se acaba de despertar del primer sueño. Se cubría con un batín.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —exclamó, extrañado, al verlos—. ¿Adónde vais a estas horas?... Tú, Larmon, ¿no te dije que si yo no iba, Alicia se quedaría en tu casa acompañando a la señorita Olga?

Y luego, al advertir que su amigo llevaba un parche en la cabeza, indagó:

—¿Qué es eso que llevas en la cabeza? ¿Es que te ha ocurrido algo?

Tanto Larmon como las dos jóvenes le miraban asombrados. Le creían en cualquier otro sitio monos en su casa... y durmiendo tranquilamente

Javier Flanagan volvió a hablar.

—Y bien, ¿se puede saber de una vez qué hacéis todos parados?

Hans Larmon se apresuró a contestar, recuperando por fin el habla:

—Me parece, Javier, que este no es el sitio para pedir explicaciones.

El millonario miró ahora a las dos muchachas... Una sonrisa fugaz pasó por sus labios.

—Tienes razón, Larmon. Hablaremos en mi habitación. Tú, Alicia, puedes continuar con la señorita Olga. Mañana ya cambiaré impresiones con vosotras.

Las dos muchachas se alejaron pasillo adelante, mientras Larmon entraba en la habitación de su amigo Javier.

—Y bien, explícate, Larmon —pidió el millonario, apenas estuvieron solos—. Estoy impaciente por saber lo que os ha ocurrido.

El ingeniero relató cuanto había pasado. Cuando terminó, preguntó Javier:

—Oye, ¿estás seguro de que no os han seguido hasta aquí?

Supongo que te habrás dado cuenta de que lo que buscan es apoderarse de esa chiquilla. Si descubren su paradero lo intentarán otra vez.

—Puedes estar tranquilo, Javier —respondió Larmon, convencido—. Cuando salimos de mi casa no había nadie en la calle. Y durante el camino no he visto nada sospechoso. Pero, dime ahora tú: ¿por qué no viniste a casa? Cuando me indicaste lo de Alicia supuse que pensabas salir de la ciudad.

—Y así fue —respondió el millonario, haciendo un gran esfuerzo para ahogar un bostezo—. Estuve fuera, pero regresé hará cosa de una hora. No hacía mucho que me había dormido cuando oí ruido de pasos en la escalera. Lo que no podía suponer era que fueseis vosotros.

—Pues te esperamos hasta cerca de las once. A esa hora fue cuando dije a las chicas que se fueran a acostar. Después ocurrió lo que te he contado. Empezaron por poner fuera de combate a mis dos criados, y entonces...

—Lo importante es que no se han salido con la suya —le interrumpió Javier, empezando a quitarse el batín que se había puesto—. La herida de tu cabeza tampoco es de cuidado. Aunque tuviste mucha suerte: un poco más abajo y no lo cuentas. En fin, ya ha pasado todo y afortunadamente no hay que lamentar nada malo. Mañana ya pensaré lo que hacemos, ahora necesitamos dormir.

A la mañana siguiente, después de efectuar sus diarios ejercicios de calistenia, Javier Flanagan se dirigió a la terraza que bordeaba el jardín. A pesar del intenso esfuerzo que acababa de efectuar, el ritmo de su respiración era completamente normal. Nadie hubiera pensado al verle en aquel momento que acababa de someter a su cuerpo a dos largas horas de los más duros ejercicios.

Hans Larmon llegó un poco después. Un pequeño trozo de tafetán era la única señal que se veía de la herida que le hicieron la noche anterior. La palidez de su rostro también había desaparecido.

—Buenos días, Javier —saludó el ingeniero, para añadir enseguida—: ¿Has pensado ya lo que vas a hacer con esa muchacha?

—Sí. Ella y Alicia saldrán esta misma mañana para reunirse con mi padre en Florida. He hablado por conferencia con él y las está esperando.

CAPÍTULO XIV

A la misma hora en que Alicia Flanagan y Olga Draganovich salían en un avión particular en dirección a Florida, Gregor Boronof acudía a la llamada de su jefe.

Mientras avanzaba por el pasillo en dirección al cuarto de Smolenko iba pensando en los últimos acontecimientos. Durante toda la noche no había pegado un ojo pensando en la explicación que daría a su jefe para justificar su nuevo fracaso.

La noche anterior, cuando llegó a la puerta por la que había visto caer al encapuchado y darse cuenta de que además había una trampa abierta, el corazón se le había llenado de alegría. Pero cuando bajó a los sótanos y recorrió las numerosas celdas esperando encontrar el cuerpo de su odiado enemigo, su sorpresa y rabiosa desesperación no tuvieron límites.

¡Por más que buscó no pudo hallar el menor rastro del encapuchado!

Parecía mentira, pero así era la realidad. ¡El encapuchado había desaparecido una vez más como si se hubiera volatizado!

¿Pero dónde había podido escapar aquel ser endemoniado?

Haciéndose esta y otras muchas preguntas a las que no pudo dar contestación, el ruso entró en la habitación de su jefe.

Desde su sillón, Boris Smolenko le observó con extraña fijeza.

—Y bien, ¿se puede saber qué ocurrió anoche? Por tu aspecto me imagino que no debió ser nada bueno. ¡Responde! ¿Qué

ocurrió?

Sacando fuerzas de flaqueza, Boronof se apresuró a contestar:

—Pues verá, jefe. He pensado toda la noche en ello y todavía no me lo explico. Se trata del maldito encapuchado. Estuvo aquí otra vez.

Y a continuación puso en antecedentes a su jefe de todo lo sucedido hasta el momento en que bajó a los sótanos en busca del encapuchado.

Antes de que Smolenko abriera la boca repitió:

—Y estaba aquí, jefe. En esta habitación.

—Eso ya me lo has dicho antes —se impacientó el inválido—. Lo que quiero saber es cómo pudo escapar. ¡Diez hombres contra él y ni siquiera le heristeis!

—Disparamos sobre él y le vimos caer, jefe —con un dedo señaló un lugar en el suelo, y añadió—: Aquí fue. Luego, cuando abrimos de nuevo la puerta, solo encontramos la trampa abierta. ¡Pero no había nadie en el pozo!

—¡Claro! Como que se escapó delante de vuestras narices —explotó Smolenko, haciendo rodar su sillón hasta acercarse a su lugarteniente—. Y no fue eso solo. Sino que libertó a los prisioneros y salvó de nuevo a la Draganovich. ¿Pero qué gente es la que tengo a mi servicio? ¿Creéis que vais a convencerme de que un hombre solo pueda hacer todas esas cosas sin que diez juntos puedan impedirselo?

—¡Pero, jefe —se disculpó Boronof—, usted no conoce a ese maldito encapuchado! ¡Es el mismísimo diablo! Y con la particularidad de que debe conocer muy bien la casa.

—Y sabiendo esto, ¿por qué no has puesto remedio?

—Cumplí sus órdenes, señor. Usted dijo que debíamos dejarle entrar.

—Sí. Pero también te ordené que no le dejarais salir....

Boris Smolenko estaba furioso. Su mayor preocupación era tener que reconocer que no podía corregir nada. Desconocía por completo la identidad de aquel temible enemigo y no sabía qué hacer para librarse de él. Por otra parte, la poca confianza que le merecían ahora sus hombres aumentaba su mal humor.

Guardó silencio unos instantes y de pronto indagó:

—¿Qué hay del cheque de Ferguson? ¿Lo has cobrado ya?

Boronof tuvo un sobresalto. Hasta aquel momento no había vuelto a acordarse del cheque que llevaba en el bolsillo. Preocupado por lo que se refería al encapuchado había pasado por alto aquel detalle.

—No, jefe —respondió, con leve temblor en la voz—. Todavía no lo he cobrado. Desde anoche no he salido de aquí —consultó su reloj y prosiguió—: Son las diez de la mañana. Si quiere, puedo ir ahora mismo. En media hora estaría de vuelta.

—¡Eso es lo que tú crees, imbécil! —chilló el inválido, echando lumbre por los ojos—. ¿No se te ha ocurrido pensar que a estas horas estarán advertidos todos los del banco? En cuanto pusieras allí los pies serías detenido. ¿Te figuras que todo el mundo es tan tonto como tú?

Demasiado tarde comprendió Boronof el mal paso que había dado. Como decía su jefe, era casi seguro que Ferguson habría comunicado al banco la orden de que detuvieran al que fuese a cobrar el cheque.

Nervioso como estaba solo supo decir:

—¿Entonces qué hago, señor?

—¿Que qué haces? —preguntó Smolenko, haciendo grandes esfuerzos por contenerse—. Por lo pronto quitarte de delante de mi vista. Cuando haya pensado algo, ya te llamaré. ¡Vete!

Gregor Boronof salió del cuarto del inválido maldiciendo al encapuchado, que le había colocado en aquella situación.

CAPÍTULO XV

—BUENO, amigo Javier. Ya estamos solos otra vez. ¿Se puede saber qué vamos a hacer ahora? Supongo que cuando has enviado a las chicas fuera es porque tienes algún proyecto, ¿no es así?

Javier Flanagan guardó silencio. Conociendo a su amigo, sabía que por mucho que le dijese nunca saciaría su curiosidad.

Larmon insistió:

—¿Por qué no contestas? ¿Es que no piensas hacer nada?

Esbozando una sonrisa, respondió al fin el millonario:

—Ya lo estoy haciendo.

—¿Que ya lo estás haciendo? ¿El qué?

—Esperar —fue la lacónica respuesta que obtuvo.

Larmon, con una cara en la que se reflejaba la sorpresa que le produjo las palabras de su amigo, fue a decir algo. Pero cuando iba a abrir la boca, Smith, el mayordomo, entró en la biblioteca.

—El inspector Broock desea verle, señor —anunció con voz grave, dirigiéndose a Javier.

Sin sorprenderse lo más mínimo, como si fuera algo que ya esperaba, el dueño de la casa ordenó:

—Condúcele hasta aquí, Smith. Y oye esto: mientras se encuentre aquí el inspector no quiero que se me interrumpa.

Apenas salió el mayordomo, Larmon volvió a la carga con sus preguntas.

—¿Era al inspector al que esperabas? He notado que no te sorprendía su visita. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Tan poca confianza...?

Javier no le dejó continuar. Levantándose de su asiento le hizo señas para que se callara. Luego marchó hacia la puerta. Smith se apartaba en aquel momento a un lado para dejar pasar al inspector.

El inspector Brook, del Departamento Central de Policía, era un hombretón de anchas espaldas y cuello de toro. A sus cincuenta años de edad se vanagloriaba de ser uno de los hombres más fuertes de la organización.

A primera vista daba la impresión de ser un tipo vulgar sin ninguna de las características que todo el mundo atribuye a los policías. Sin embargo, era uno de los más expertos sabuesos del Cuerpo. En más de una ocasión, el aspecto algo cándido de su figura y la mirada ingenua de sus ojos azules habían engañado a muchos malhechores. Cuando se dieron cuenta de que habían cometido el error de menospreciarle, resultaba demasiado tarde para volverse atrás. Estaban ya prisioneros en las redes del policía bonachón. Y con este adjetivo era como le llamaban sus compañeros.

«El Bonachón» entró en la biblioteca.

—Bienvenido, inspector —saludó Javier, saliéndole al encuentro—. ¡Cualquiera le esperaba por aquí! —mientras se estrechaban las manos señaló hacia su amigo y añadió—: Ya conoce al señor Larmon, ¿verdad? Un ferviente admirador de usted. Como todos los de esta casa. Pero siéntese, por favor... Smith, sírvenos algo enseguida. Y ya conoces los gustos del inspector.

Se sentó junto a su visitante y con un movimiento de cabeza le invitó a hablar.

—Bien, señores —empezó el policía mientras hacía su ademán favorito con las manos: el de dar la impresión de estárselas lavando—. He venido a hacer unas preguntas. Y lamento decepcionarle, Flanagan, pero es a su amigo a quien vengo a interrogar.

—¿A mí? —exclamó Larmon, perplejo.

—Sí, señor, a usted. Y debo añadir que antes de venir aquí he estado en su casa.

—Entonces —intervino Javier—, ¿fue el mayordomo del señor Larmon quien le dijo que estaba aquí, inspector?

—Nada de eso. El mayordomo del señor Larmon no sabe dónde

se encuentra su amo. Según me dijo, salió hace dos noches y ya no le ha vuelto a ver. Por eso vine aquí. Recordé que eran ustedes muy amigos y supuse que usted, señor Flanagan, podría darme noticias de su paradero.

En aquel momento entró Smith llevando una bandeja en la mano en la que se veían tres copas y una botella. En silencio sirvió a cada, uno y volvió a retirarse.

—Si me lo permiten —habló el policía, una vez que se quedaron solas—, empezaré con mis preguntas. Dígame, señor Larmon, ¿conoce usted a Dennis Morgan, el famoso coleccionista?

La pregunta pilló tan de sorpresa a Larmon, que no supo qué decir. Miró a su amigo como pidiéndole ayuda, pero notando que este no tenía la menor intención de prestársela, se volvió al policía.

—Pues verá, inspector. Según lo que usted entienda por conocerle. Desde luego, hace unos días que estuve en su casa.

—¿Y podría decirme de qué hablaron?

—Sí, señor. De un amigo nuestro que murió hace poco. Me interesaba conocer su opinión respecto a su extraño fin y por eso fui a verle.

—Se refiere usted al difunto Thomas Bundy, ¿verdad? —y ante la sorpresa que se retrató en el rostro de Larmon aclaró—: No le extrañe que lo sepa. El mismo señor Morgan me lo dijo.

—Perdone que le interrumpa, inspector —habló ahora Javier Flanagan mientras arrastrando el sillón en que se sentaba se acercaba más al detective—. Deduzco de sus palabras que lo que a usted le interesa saber es lo que pueda decirle mi amigo Larmon respecto a la desaparición del señor Morgan. Pues bien: quizá yo pueda ayudarle. Casualmente me encontraba en su casa cuando la señora Morgan fue a visitarle. Según ella, su marido llevaba dos días sin aparecer por casa. Estaba tan preocupada que pensaba dar conocimiento de ello a la policía; pero dándose el caso de que mi amigo había hablado con él unos días antes, acudió a verle por si podía darle alguna explicación. ¿No es eso lo que deseaba usted saber?

—No, señor Flanagan —respondió—. Todo esto ya lo sabía. Lo que me interesa son otros detalles que solo el señor Larmon conoce. A menos que como buenos amigos también se los haya contado a usted. Me refiero a las dudas que tiene respecto al supuesto suicidio

de Thomas Bundy. Según afirma el señor Morgan, su amigo está convencido de que no se suicidó, sino que le asesinaron. Espero que ahora comprenderán mi interés por todo esto.

El policía hizo una pausa para observar el efecto que hacían sus palabras y añadió:

—Y ahora llegamos a lo de las joyas. Según el señor Morgan, usted, señor Larmon, le habló de unas que pertenecían al difunto Thomas Bundy, que antes de hacerse súbdito americano se llamaba Iván Draganovich. Por cierto, me he enterado de que tenía una hija y ya he dado órdenes para que la busquen. Ahora solo me falta que usted sea tan amable que me explique cuanto sepa de todo este asunto.

Contra lo que el policía esperaba, fue Javier quien respondió:

—Perdone, inspector. Antes debo hacer una aclaración. Comprendo que usted quiera interrogar a mi amigo Larmon, puesto que ha sido a él quien ha nombrado al señor Morgan. No obstante, para tranquilidad de mi conciencia, quiero que sepa una cosa: que si mi amigo fue a visitar al señor Morgan fue porque yo le envié.

«El Bonachón» no pareció sorprenderse.

—¡Estupendo, señor Flanagan! —exclamó—. En ese caso me dirigiré a usted. ¿En qué se funda para creer que el señor Bundy no se suicidó?

—Sencillamente: por un detalle que solo yo conozco.

—¿Podría conocerlo yo también?

Por toda respuesta, Javier se levantó de su asiento para acercarse a una mesita cercana al escritorio. Y abrió un cajón y de él sacó un sobre que entregó al policía.

—Helo aquí, inspector.

«El Bonachón» leyó la carta que el difunto Thomas Bundy escribiera el mismo día que lo asesinaron... Cuando terminó miró fijamente al millonario

—¿Por qué no la entregó a la policía, señor Flanagan? —quiso saber—. Esta carta hubiera ayudado mucho.

—Es cierto, inspector. Pero cuando la recibí ya había acabado el caso. Creí oportuno consolidar mis suposiciones antes de tomar ninguna determinación. Además, como puede ver, mi amigo Iván me encomendaba una misión que cumplir.

—Misión en que nosotros podíamos haberle ayudado... ¿Sabe

usted dónde está su hija?

—Sí. En Florida, con mi padre y hermana.

—¡Cómo! ¿La trajo usted de París?

—En realidad no fui yo, aunque desde luego fui a buscarla. La trajeron otros que son los que trato de descubrir.

Por primera vez durante toda la conversación, el detective pareció sorprenderse.

—De modo que se ha metido usted a sabueso, ¿eh? Bien. Ojalá tenga usted suerte. Sigamos con lo nuestro. ¿Y las joyas? ¿Las encontró?

—Desgraciadamente, no. Como ya habrá notado, mi amigo olvidó ese importante detalle. Creo que fue su nerviosismo lo que le hizo cometer ese *lapsus calami*.

El detective guardó unos segundos de silencio. Luego, levantándose, dio por terminada su visita.

—Bien, señores. Confío en ustedes para que de ahora en adelante colaboren conmigo. He resuelto encargarme del caso y pueden serme muy útiles.

Minutos después, «el Bonachón» abandonaba la casa de los Flanagan.

—Conque era eso lo que esperabas, ¿eh? —habló Larmon, apenas se quedaron los dos solos—. Bien, hombre, bien. Y ¿se puede saber qué es lo que pretendes diciéndole al «Bonachón» dónde se encuentra la hija de Draganovich?

—Muy sencillo. Evitarle que pierda tiempo buscándola. Ese inspector me es muy simpático. Además, más pronto o más tarde hubiéramos tenido que recurrir a la policía.

—De acuerdo. ¿Pero cómo sabías que iba a venir a vernos?

—Por deducción. Estaba seguro de que el señor o la señora Morgan irían al final a contárselo todo.

Pero lo que no sabía Larmon era que si Dennis Morgan fue a visitar al inspector Broock lo hizo obedeciendo instrucciones recibidas de Dongor.

CAPÍTULO XVI

AQUELLA noche, Dennis Morgan, el famoso coleccionista, ofrecía una fiesta en su casa. Después de la cena dio comienzo el baile. Un grupo de invitados se dirigió al fumador. En la biblioteca, otro grupo de personas entre las que se encontraba el dueño de la casa, conversaban animadamente. El grupo lo formaba, además del anfitrión, Richard Ferguson, Javier Flanagan, Hans Larmon y otro célebre coleccionista muy conocido en Nueva York, John Mathews.

Como era natural, la conversación giraba alrededor de las piedras preciosas. John Mathews decía en aquel momento:

—¿Y dice usted, señor Ferguson, que estuvo a punto de adquirir los brillantes Orloff y Gran Mogol?... ¡Pero si yo tenía entendido que desaparecieron durante la Revolución rusa!

—Eso creíamos todos —terció el dueño de la casa—. Sin embargo, yo también los he tenido en mi mano. Por cierto, el señor Ferguson y yo nos hemos puesto de acuerdo para no dar a la publicidad lo que nos ocurrió a los dos hace un par de días. Ni siquiera a la policía. Crean ustedes que fue una tremenda aventura. Lo único que puedo decirles es que si seguimos con vida se lo debemos a un misterioso personaje llamado Dongor. Él fue quien nos pidió que no hablásemos de ello hasta pasado cierto tiempo.

—Muy interesante —habló Mathews—. ¿Y no les dijo ese misterioso Dongor la razón de hacerles esperar?

—Suponemos que debe ser para que no intervenga la policía —

respondió ahora Richard Ferguson—. Por lo visto quiere cuidarse él personalmente de los culpables de que nosotros pasáramos aquel mal rato.

—Comprendido, señor Ferguson. Entonces sigamos hablando de esas piedras tan famosas como el Orloff y Gran Mogol. ¿Quién creen ustedes que pudo sacarlas de Rusia?

De nuevo intervino el dueño de la casa para decir:

—Para esa pregunta, el señor Larmon, aquí presente, tiene una buena contestación. ¿Recuerdan ustedes el caso de Thomas Bundy?

—¿El que se suicidó en el «Hotel Mido»? —habló John Mathews.

—El mismo. Según el señor Larmon, esos dos brillantes posiblemente eran de él. Opina que no se suicidó, sino que le asesinaron para robárselos.

—¿Que lo asesinaron? —exclamó sorprendido Mathews—. ¡Pero si la policía dio por terminado el asunto enseguida! Todos los periódicos coincidían en asegurar que se trataba de un suicidio.

—Sí, eso dijeron —respondió Larmon, satisfecho de encontrar una ocasión para poder hablar—. Pero la verdad es que se precipitaron. Thomas Bundy era ruso. Su verdadero nombre era Iván Draganovich. Tenía una hija a la que también quisieron asesinar. Precisamente yo...

—El señor Larmon —le interrumpió Javier rápidamente— quiere decir que a la hija de Thomas Bundy se la encontró una noche metida en su auto, detenido junto a su puerta. Alguien lo había dejado allí estacionado, con una nota escrita comunicando quién era aquella joven y rogando al que la encontrara que la llevase a la policía. Desgraciadamente, tuvo que retenerla en su casa hasta que se repusiera de la depresión moral que sufría. Y cuando quiso cumplir las instrucciones de la nota, una noche desapareció sin que haya vuelto a verla más.

El resto de la velada transcurrió más animadamente para el millonario y su amigo.

Acabada la fiesta, despidiéronse los dos amigos y se marcharon. Y dentro ya del coche de Javier, preguntó Larmon:

—Oye, ¿qué es eso de que sales de viaje? Se lo has dicho a la señora Morgan como si pensaras irte sin mí.

—Lo que pienso y temo a la vez es que tu desmedido afán por hablar te acarrearé senos disgustos. ¿Por qué sacaste a relucir a la

señorita Olga?

—Pero si yo... Creí que ya no había inconveniente. Todos éramos de confianza.

—La confianza te la tomas tú, que no es lo mismo. ¿No quedamos en que nadie tenía que saber nada de ella?

—Sí. Pero al descubrirla tú al inspector Broock creí que ya no había que guardar el secreto.

Durante el resto del viaje permanecieron en silencio. Larmon, cohibido por los reproches que le hiciera su amigo, prefirió, cosa rara en él, no decir nada.

Por su parte, Javier se había quedado pensativo. Así recorrieron casi todo el camino. Llegaron por fin cerca de la verja de la casa, y de pronto...

Javier Flanagan frenó bruscamente. Un camión de los que hacen el servicio de mudanzas se les había atravesado en medio.

Después... el millonario solo tuvo tiempo de coger a su amigo con una mano y arrastrarlo con él al fondo del coche, mientras los cristales de las puertas saltaban hechos añicos. A sus oídos llegó el claro silbido de las balas.

En aquella postura, sin haberse parado del todo, Javier Flanagan no pudo impedir que el coche continuara todavía rodando para ir a chocar con el mismo camión que les cerraba el paso.

Ahora estaban más cerca de los que habían disparado. De nuevo brotaron más disparos del camión. El millonario y su amigo se encontraban en un tremendo apuro.

Pero Javier no perdió la serenidad. Confiando en la resistencia de la carrocería, desde el fondo del coche maniobró con él de forma que, tras separarse un poco del camión, pudiera enfilear la verja de su casa. Luego apretó el acelerador y a toda marcha se precipitó contra ella. Al encontronazo cedió la ancha verja y se abrió. Pero antes de que pudiera atravesarla, uno de los disparos alcanzó un neumático y el coche dio la vuelta de campana.

Hans Larmon perdió el conocimiento. No así el millonario, que, boca abajo, a través de la ventanilla de atrás, pudo ver cómo el camión que conducían sus atacantes se ponía en marcha para perderse entre el tráfico de la Plaza Hamilton.

Poco después acudieron varios criados. Consiguieron hacer girar el coche, que por fortuna no se había incendiado, y de él sacar a sus

ocupantes.

Hans Larmon fue conducido por su propio amigo hasta dentro de la casa. Durante el trayecto fue dando instrucciones a la servidumbre y, finalmente, se quedó solo con el inconsciente Larmon en la habitación donde acababa de entrar.

—¿Te das cuenta de lo que te ocurre por hablar sin ton ni son? —fueron las primeras palabras que oyó el ingeniero, apenas recobró el conocimiento—. A estas horas nuestros enemigos sospechan de ti y han decidido eliminarte. Y lo peor del caso es que me han incluido a mí también en el lío que has armado.

—Pero... si yo no he dicho nada —balbució Larmon—. Al menos nada que tenga interés para ellos.

—Eso es lo que tú crees. Pero, en fin, el mal ya está hecho y no tiene remedio. Después de todo, no se han salido con la suya. Anda, ve a acostarte, que mañana tendremos mucho trabajo.

CAPÍTULO XVII

LA puerta del despacho de Smolenko se abrió lentamente. El rayo de luz de la única habitación iluminada de la casa alumbró el oscuro corredor. Como un espectro de la noche, una figura vestida toda de negro surgió del pasillo. Atravesó el umbral y penetró en la estancia. La puerta volvió a cerrarse en silencio.

De espaldas a ella, ya dentro, Dongor permaneció en pie, sin moverse. Durante unos segundos sus ojos recorrieron con la vista todos los lugares hasta detenerse en el sillón de inválidos, que, al fondo, aparecía vacío.

El encapuchado avanzó hacia él pisando con precaución es el suelo arlequinado. Lo hacía sobre los cuadros de pavimentación normal y precisamente por los bordes.

Junto al sillón se detuvo. Bajo la capucha que le cubría el rostro, sus ojos centellearon al posarse sobre uno de los brazos del sillón. En el sitio donde cualquiera que se sentara en él apoyaría el brazo derecho, se veía una especie de teclado parecido al de un acordeón. Dongor contó hasta trece botones. Había seis blancos y seis negros. Y uno, mayor que los demás, de color rojo púrpura.

Inclinándose sobre el teclado, Dongor lo estudió con detenimiento. Luego se volvió hacia la puerta y miró al suelo.

Había veinticinco cuadros de los cuales trece eran metálicos. Los otros doce eran los de pavimentación corriente.

Una sonrisa que nadie pudo ver afloró a los labios del

encapuchado.

Volviéndose de nuevo de cara al sillón procedió a efectuar una extraña operación en él. De debajo de la capa surgió un pequeño maletín. El encapuchado extrajo de él una finísima lámina plateada y la introdujo debajo del teclado. Después hizo un movimiento con uno de sus brazos.

Como por arte de magia, uno de los estiletes que llevaba alrededor de su antebrazo apareció en la mano. Valiéndose de él, cortó los hilos que partían disimuladamente de cada botón. Después, con sumo cuidado, sacó la lámina plateada y volvió a guardarla en el maletín.

Terminada aquella operación, el encapuchado atravesó el despacho hasta llegar al armario de la pared,

Ahora caminaba descuidadamente, con la confianza del que está seguro de que no puede ocurrirle nada.

Como ya lo hiciera otra vez, giró el pomo. El mueble se apartó y apareció una pequeña puerta por la que Dongor se metió. Detrás de él, el armario volvió a ocupar su sitio.

En la habitación-despacho de Smolenko todo volvió a quedar como antes. Nadie, ni su propio dueño, hubiera podido notar que allí había habido alguien durante casi un cuarto de hora.

Dongor se encontraba ahora en un pasillo. Aunque estaba completamente a oscuras, no encendió su lámpara. Caminó así hasta llegar a otra puerta que abrió con sorprendente facilidad.

Atravesándola, se encontró en una habitación lujosamente amueblada. Pero el encapuchado siguió adelante. Atravesó una puerta y luego otra. Y por fin llegó a una sala espaciosa, pero con una particularidad: carecía por completo de ventanas. El único hueco era la puerta por la que Dongor había entrado.

Se trataba de un despacho. El suelo estaba entarimado con madera encerada.

Un chorro de luz brotó de la lámpara que el encapuchado acababa de encender. El foco fue recorriendo las paredes. Estaban cubiertas de enormes estanterías repletas de libros. Al fondo, detrás de una monumental mesa de escritorio, se veía un gran cuadro. Representaba al último zar de Rusia, Nicolás II.

Dongor se acercó hasta quedar frente a él y lo contempló en silencio. Extendió el brazo, pero antes de llegar a rozarle lo retiró

vivamente.

De nuevo surgió el maletín de debajo de la capa. De él salió esta vez una caja relativamente pequeña, de la que partían dos hilos metálicos, cada uno de los cuales terminaba en un pequeño disco azulado.

El encapuchado tomó la caja con una de sus manos enguantadas. Con la otra, los discos. Se acercó luego a la pared y, sobre ella, adosó uno de los discos. Después, agachándose, colocó el otro en el suelo.

La luz de la linterna se posó ahora sobre la caja. La aguja de una especie de brújula que se veía encima empezó a oscilar. Luego se quedó inmóvil.

Cuando estuvo completamente paralizada, el encapuchado apretó un resorte. En algún sitio debajo del suelo y en la pared donde estaba el cuadro, algo trepidó produciendo un ligero chasquido.

Rápidamente, Dongor se acercó al cuadro y agarró el marco, decidido. Apretó hacia un lado, pero no se movió. Lo hizo ahora empujando hacia arriba y el lienzo, soltándose del marco, se enroscó en la parte superior del mismo.

Al descubierto quedó ahora la maciza puerta de una caja de caudales.

Si el dueño de ella confiaba en la inexpugnabilidad de su construcción, se debía en gran parte a la serie de atinados mecanismos con que la había guarnecido, después de que la colocara allí la empresa constructora.

La realidad era que solo Dongor era capaz de abrirla venciendo todas las precauciones que adoptara su dueño.

El encapuchado había eliminado la primera barrera. Por medios conocidos únicamente de él, había anulado las defensas exteriores. Produciendo un cortocircuito en la red eléctrica que la envolvía anuló los timbres de alarma.

Ahora se dispuso a abrirla. Durante diez largos minutos estuvo luchando con la cerradura. Pero, al fin, con un seco chasquido, la maciza puerta cedió.

A la vista del encapuchado apareció una serie de compartimientos de acero. Las entrañas de aquella fortaleza quedaban a merced de Dongor.

Un brazo del que la luz de la lámpara arrancó vivos destellos al chocar con los estiletes que lo adornaban, se introdujo en uno de los compartimentos. Una mano enguantada de negro sacó un abultado sobre.

La luz de la lámpara se proyectó ahora sobre la superficie de la mesa, donde Dongor había desparramado el contenido del sobre. El encapuchado apartó unos papeles. Metió lo demás en el envoltorio y a continuación volvió a colocarlo donde estaba.

Por tres veces consecutivas, la luz de la lámpara fue de la caja de seguridad a la superficie de la mesa. Durante ese tiempo, otros tantos compartimentos fueron minuciosamente escrutados.

Finalmente, del fondo del arca de caudales, el encapuchado extrajo un cofrecito de regular tamaño. Y depositándolo sobre la mesa lo abrió.

Primero apareció un estuche que cubría por entero el hueco de la arqueta. Debajo de él, un montón de joyas y piedras preciosas sueltas desparramaron su cegador resplandor.

Dongor abrió entonces el estuche. Ante sus ojos aparecieron los brillantes Orloff y Gran Mogol.

Contemplando aquellas maravillosas gemas permaneció unos segundos. Después cerró el estuche y volvió a colocarlo dentro de la arqueta.

Dentro de la caja de caudales todo quedó igual que cuando Dongor la abrió. Lo único que se quedó fuera fue el cofrecito y unos cuantos papeles escritos.

Instantes después hasta el cuadro volvía a estar en su sitio. No quedaba la menor señal de que alguien lo hubiera tocado.

Cuando minutos más tarde, un trasnochador vio cruzar ante él a una sombra fugitiva que se perdió en el interior de un coche parado en la esquina de la calle Lombardos, poco podía pensar que había visto, sin sospecharlo siquiera, al más extraordinario ser de Nueva York: a Dongor.

A la mañana siguiente, y como de costumbre, al dar las nueve en el reloj de la cúpula del Departamento Central de Policía, el inspector Broock entró en su despacho.

Apenas se había sentado, cuando un agente se presentó ante él.

—Hola, Buch —saludó «el Bonachón»—. ¿Es para mí eso que traes en la mano?

—Sí, inspector. Lo trajeron esta madrugada. Mejor dicho, llamaron a la puerta y cuando salimos lo encontramos en el suelo con esta nota encima dirigida a usted. Por eso no lo abrimos.

«El Bonachón» tomó el paquete en sus manos y lo depositó con sumo cuidado encima de su mesa. Luego leyó la nota que aparecía encima. Decía así:

«Para entregar directamente al inspector
Broock. Urgente y reservado»

Durante unos instantes, la mirada del detective fue del agente Buch al paquete que tenía delante. Por último lo tomó de nuevo en sus manos y después de agitarlo un poco en el aire, adoptó una decisión y rompió el papel que lo envolvía.

Apareció un cofrecito de plata repujada y sobre él un sobre alargado.

Abrió el sobre y empezó a leer el papel escrito que venía dentro. A medida que avanzaba en su lectura, la de costumbre impasible sonrisa del «Bonachón» se fue convirtiendo en verdadera mueca de estupor.

Por tres veces repasó lo escrito. Finalmente abrió el cofrecito para, al instante, emitir una exclamación de admirativa sorpresa.

Sin embargo, pronto se rehízo. Miró su reloj de pulsera, que señalaba las nueve y cuarto, y rápidamente volvió a cerrar el cofrecito. Luego lo guardó en un cajón de su mesa, cerrándolo con llave.

De nuevo volvió a leer el papel que sacara del sobre, ante la natural estupefacción del agente que le observaba.

—Escucha, Buch —habló de pronto «el Bonachón» con un brillo extraño en sus ojos—: disponemos de dos horas de tiempo para preparar lo que aquí me piden. Llama enseguida al inspector Wayse.

Diez minutos más tarde, en el despacho del inspector Broock todo era agitación y movimiento.

Pero no era solo el inspector el que estaba tan ocupado. Al ingeniero Larmon le ocurría también algo por el estilo.

Aquella mañana, cuando se encontraba en lo mejor de su sueño, una mano enguantada de negro le zarandeó hasta despertarle.

—Atienda bien lo que voy a decirle, señor Larmon —oyó la voz

de Dongor, pues era él quien estaba a su lado—. Necesito su ayuda. Dispongo de poco tiempo para hacer todo lo que tengo pendiente yo solo. Escuche... Quiero que vaya a visitar a los señores Morgan y Ferguson. Supongo que sabe a quiénes me refiero. Bien. Pues dígales de mi parte que es preciso que antes de las diez de la mañana se reúnan con el inspector Broock. Él les dará instrucciones. Si le hacen preguntas, adviértales que solo que se trata, de algo relacionado con los brillantes Orloff y Gran Mogol. Eso es todo. No diga nada a nadie. Ni siquiera a su amigo Flanagan. ¿Está claro?

—Clarísimo. Pero y si él me pregunta, ¿no puedo insinuarle algo?

—De momento, no. Además, no es necesario que le despierte siquiera.

Faltaba un cuarto de hora para las diez de aquella nueva mañana, cuando Hans Larmon y los dos coleccionistas eran introducidos en el despacho del inspector Broock.

CAPÍTULO XVIII

APROXIMADAMENTE a la misma hora en que el inspector Wayne acudía al despacho del «Bonachón», Gregor Boronof acudía también a la llamada de su jefe.

Boris Smolenko preguntó, apenas tuvo a su lugarteniente delante:

—¿Qué hay de lo que te encargué anoche? ¿Salió todo bien?

—Solo en parte, jefe. Logramos tumbarles, pero sin poder comprobar los resultados. El coche que llevaban se metió dentro de la verja que rodea la casa y allí quedó volcado. Nosotros tuvimos que salir pitando, antes de que el ruido de los disparos atrajera a la policía. Recuerde que ese millonario vive en la Plaza de Hamilton y...

—¡Está bien, Boronof! —chilló el inválido, furioso—. Me sobra con lo que he oído para saber que nuevamente has fracasado. Y eso no me gusta. Tendrás que intentarlo otra vez y definitivamente. Esos dos hombres saben demasiadas cosas y hay que eliminarlos antes de que ese maldito encapuchado los ponga en contacto con la muchacha. Por cierto, ¿no has sabido nada de ella?

—No, jefe. Por más que hemos buscado no hemos podido dar con su paradero. En la casa del ingeniero no hay nadie. Y si es en la de ese millonario, he comprobado que tampoco está. Ni ella ni la otra joven que la acompañaba.

—De todas formas no dejes de buscarlas. Ahora envía a otros

seis hombres a ver si tienen más suerte que tú anoche.

Gregor Boronof abandonó el cuarto de su jefe. El pasillo que recorría estaba alumbrado por una pequeña bombilla situada en la parte superior de la puerta que se veía al fondo.

Sin embargo, el ruso no se dio cuenta de que, a su espalda, algo se movió en la parte más oscura del corredor.

Sigilosamente, una figura de negro seguía a Boronof sin que este advirtiera su presencia. Así recorrió dos nuevos pasillos hasta llegar ante una puerta que abrió.

Dentro había una docena de hombres.

—Muchachos —habló el ruso, dirigiéndose a todos—. El jefe quiere que liquidemos a ese ingeniero y a su amigo. Conque irás tú, Marcos, y los cinco que elijas. ¡Pronto! Salid cuanto antes y por el bien de todos no fracaséis esta vez.

Cuando Marcos y los cinco que eligió se hubieron marchado, Boronof se encaró con los seis restantes.

—En cuanto a vosotros, estad atentos a las señales. Mucho me temo que ese maldito encapuchado aparezca otra vez por aquí. Y si esto ocurre y logra escapar de nuevo, ya podéis ir buscando otro empleo. Por lo que a mí se refiere, si ese fantasmón vuelve, o me mata de una vez o termino yo con él.

Como contestando a sus palabras, pero sin poder definir de dónde procedía, una escalofriante carcajada llegó hasta sus oídos. Los siete hombres tuvieron un estremecimiento. Mirándose unos a otros, como esperando que alguno explicara qué había sido aquello, permanecieron sin moverse. Un silencio de muerte había seguido a la extraña carcajada.

Y de pronto volvió a oírse. Ahora era una mezcla entre lamento y aullido. Subiendo en continuo *crescendo* fue aumentando en volumen, hasta que, bruscamente, al llegar a la nota más alta, se cortó en seco para ir decreciendo hasta convertirse en angustioso suspiro.

Aterrorizados, los seis hombres que Marcos había desdeñado se precipitaron hacia la puerta, empujándose unos a otros tratando de ser los primeros en salir.

Pero ninguno llegó a atravesarla.

Los dos que iban delante retrocedieron de pronto, haciendo que los demás chocaran con ellos.

En el umbral, con los brazos cruzados sobre el pecho, en los que centelleaban una docena de afiladísimos estiletes, les cerraba el paso la majestuosa e imponente figura de Dongor.

Tan nerviosos y sorprendidos estaban los pistoleros que ni siquiera se les ocurrió echar mano a sus armas. Como fascinados contemplaban al encapuchado, que venía a retarles en su propia guarida.

Pero lo que en sus hombres era nerviosismo, en Boronof era temerosa prudencia. Conociendo por experiencia la maravillosa habilidad del encapuchado, prefirió también permanecer quieto, en espera de su oportunidad.

—Boronof —la voz extrañamente sonora de Dongor se dirigió al ruso—, en cierta ocasión te hice una advertencia y la desechaste. Ahora ya no podrás hacerlo más. Estoy aquí para matarte. ¡Y no a traición, como tú acostumbras a hacer!

—¡Pronto, idiotas! —aulló el ruso, temblando y a la vez iracundo, dirigiéndose a sus hombres—. ¡Disparad sobre él enseguida! ¿No os dais cuenta de que no puede escapar?

Aquellas palabras fueron el estimulante que necesitaban los pistoleros para salir de su inmovilidad. Los dos primeros del grupo se llevaron las manos a sus bolsillos, pero cuando tiraban de las armas...

Dos silbidos que se confundieron en uno solo fue lo que todos oyeron antes de que los que habían entrado en acción rodaran por el suelo emitiendo un grito de agonía.

En sus pechos, a la altura del corazón, aparecía ahora clavado hasta la empuñadura, un estilete de los que el encapuchado llevaba en los brazos.

Al momento, un rumor de supersticioso terror se elevó entre el resto de los bandidos al ver caer muertos a dos de sus compañeros. Los que ya habían iniciado el ademán de imitar a los dos primeros se apresuraron a levantar los brazos.

Dongor seguía con los ojos clavados en Boronof. Hizo a este una seña para que se apartara de los otros y, obedeciendo, el ruso retrocedió hacia la pared. Pero antes de llegar a ella...

Jugándose el todo por el todo, bruscamente se dejó caer al suelo. Todavía en el aire, consiguió sacar su pistola y cuando ya iba a apretar el gatillo...

Esta vez Dongor no se limitó a herirle. Con deliberada intención lanzó dos estiletes. Uno de ellos fue a clavarse en la articulación del codo del brazo que empuñaba la pistola. El otro le atravesó limpiamente la yugular.

¡Iván Draganovich estaba vengado!

Los otros pistoleros contemplaban la escena aterrados. El miedo que tenían no les abandonó hasta que vieron al encapuchado desaparecer, dejándolos encerrados.

Dongor se internó de nuevo por los pasillos. Pero no había andado mucho trecho cuando, de pronto, se detuvo para prestar atención.

A sus oídos llegó claramente el ruido de varias pisadas que corrían hacia donde él se encontraba.

El encapuchado retrocedió sobre sus pasos. Hizo alto junto a la puerta que acababa de cerrar y luego buscó un sitio donde poder ocultarse. El recodo del pasillo ofrecía un magnífico refugio.

Apenas había doblado la esquina cuando media docena de hombres irrumpieron en tromba. Dongor reconoció al llamado Marcos y a los cinco que habían marchado poco antes con él.

Marcos se fue derecho a la puerta y la abrió. Los otros se le unieron por detrás.

Al descubrir a Boronof y a los otros dos caídos en el suelo, y bañados en su propia sangre, todos a la vez se quedaron paralizados de asombro.

Pero no tuvieron tiempo de reaccionar. De pronto, una forma oscura cayó sobre ellos. Los dos más rezagados del grupo ni se dieron cuenta de lo que les ocurría. Los otros cuatro, al advertir la presencia del encapuchado que se les echaba encima, empezaron a disparar. Mas tan atolondrados estaban que no hicieron blanco, Y luego ya fue demasiado tarde para rectificar.

Alzando en el aire al más cercano a él, Dongor lo proyectó sobre los otros que, al recibir el choque, no pudieron aguantar el equilibrio. Unos minutos después en la habitación quedaban encerrados todos los aturdidos pistoleros que, afortunadamente para ellos, habían escapado con vida.

Desde su despacho, sentado en el sillón de ruedas, Boris Smolenko oyó los disparos. Pulsó un timbre y esperó. Su lugarteniente no tardaría en venir a decirle lo que ocurría.

Transcurrieron cinco largos minutos. El inválido se impacientó. Pulsó nuevamente el timbre y esta vez se abrió la puerta.

Pero en vez de Boronof, quien apareció por ella fue la majestuosa figura de Dongor. El encapuchado cerró la puerta a sus espaldas. Después, cruzado de brazos, se quedó contemplando al inválido.

Boris Smolenko, tras la sorpresa que le causó la inesperada aparición, se rehízo enseguida. Confiando en los medios de defensa con que contaba en aquella habitación, se atrevió a decir, no sin cierta ironía:

—Bienvenido, señor encapuchado. Puede creerme que tenía verdaderos deseos de conocerle. He oído los disparos y enseguida he pensado en usted. Le esperaba.

Mientras hablaba, su mano derecha se apoyó en el brazo del sillón. El encapuchado dio unos pasos hacia adelante. En el centro de la habitación se detuvo.

Una sonrisa siniestra se extendió por el rostro del inválido. El encapuchado había caído en la trampa. Donde ahora se encontraba no había manera de salvarse. Tanto si avanzaba como si retrocedía no podría escapar.

—Y bien, imitador de fantasmas —habló Smolenko, disimulando su íntima alegría—. ¿A qué debo el honor de su visita?

Dongor abrió los labios por primera vez.

—Vengo a desenmascararte, Smolenko. Ha llegado la hora de que pagues tus crímenes.

—Conque a desenmascaramme, ¿eh? ¿Y de qué se me acusa, se puede saber? —preguntó, irónico.

—De robar unas joyas a Iván Draganovich y ordenar su asesinato, así como el del profesor Halper. Del secuestro de Olga Draganovich, Richard Ferguson y Dennis Morgan. A este último también le has robado medio millón de dólares. El cheque de Ferguson no te lo tengo en cuenta porque no lo has cobrado. ¿Quieres todavía más acusaciones? Te advierto que puedo hacerlo.

—Adelante, hombre. Me encantará oír todo lo que sabes respecto a mi persona.

—Sé más cosas de las que te figuras, Smolenko. ¿O prefieres que te llame John Mathews?

Al oír aquel nombre, el inválido pegó un respingo en su asiento.

La sonrisa que vagaba por sus labios se convirtió en una mueca siniestra. Bajo los cristales de los lentes sus ojos adquirieron un brillo intenso.

—¡Insensato! —casi chilló—. ¡Con ese nombre has firmado tu sentencia de muerte!

—Te equivocas, miserable. Saldré de aquí de la misma forma que he venido. Tú y tus secuaces sois los que no saldréis igual. Tu próxima salida será en dirección a la silla eléctrica.

Por toda respuesta, Smolenko hurgó en su sillón. En su mano apareció de pronto un extraño aparato con el que apuntó al encapuchado. Era una especie de tubo, pero ovalado. Todo él, hasta la culata para empuñarlo, estaba revestido de una materia plástica parecida al celuloide. Del centro del tubo partía un alambre que iba a reunirse al sillón.

—¡Te he permitido hablar demasiado, fantoche del demonio! —explotó Smolenko, rechinando los dientes de rabia—. Sin embargo, antes de matarte añadiré yo algo a esa historia. Así saciaré del todo tu curiosidad.

Y abandonando su papel de inválido que había sido descubierto, se levantó del sillón aunque sin apartarse de él. Apoyándose en el brazo derecho del armatoste y sin dejar de apuntar a Dongor con el extraño tubo, prosiguió:

—Vas a morir, encapuchado entrometido. Todas tus tretas de nada te servirán en esta ocasión. Pero antes de enviarte a los infiernos saciaré tu curiosidad para que se lo cuentes todo al demonio... Cuanto acabas de decir es la pura realidad. Lo que al parecer no sabes es que el que se cruza en mi camino no tiene salvación. ¿Sabes que es esto que tengo en la mano? No, ¿verdad? Pues yo te lo explicaré. Es una invención mía. ¿Has visto a alguien morir electrocutado? Porque esa es la muerte que te espera. En cuanto apriete este botón que tengo bajo mi dedo proyectaré sobre ti más de veinte mil voltios de fuerza. ¿Crees que podrás resistirlos? Boronof me había hablado de ti como de un luchador invencible. Pero me has decepcionado. Conmigo has perdido la partida. ¡Mira!

Dongor permaneció quieto. Siguió con los brazos cruzados, como una estatua inmovible.

Boris Smolenko, disfrutando de lo que creía fácil victoria, empezó a tensar el dedo sobre el botón que tenía debajo. Lo único

que no le satisfacía era no notar la menor señal de miedo en su enemigo.

Tan distraído estaba mirando al encapuchado que no vio como a su izquierda, el armario de la pared empezaba a moverse. Por el hueco que quedó libre apareció un brazo armado con una pistola. En cambio, Dongor, por la movilidad que le permitía la capucha que le cubría el rostro, se dio cuenta de ella. Pero siguió sin moverse...

De pronto sonó un disparo. Smolenko lanzó un grito de dolor y soltó el tubo. Luego, con la otra mano se sujetó el brazo herido. Quiso agacharse de nuevo para coger el arma que había soltado, pero ya era tarde.

El inspector Broock saltó sobre él y le colocó las esposas.

El encapuchado se acercó al «Bonachón», aunque sabía de antemano que el detective no necesitaba ayuda.

—No era necesario que disparase, inspector. No podía hacerme daño. Ese tubo y todas las trampas de esta habitación están inutilizadas. Yo las destruí. Pero en fin, ya veo que recibió usted mis instrucciones.

—En efecto. Y permítame ante todo darle las gracias. Sin su ayuda nunca hubiéramos descubierto a este asesino.

—Hubieran tardado algo más. Pero al final lo hubieran conseguido. ¿Oyó usted nuestra conversación?

—Perfectamente. Gracias a los detalles que me daba en su nota todo ha salido como usted planeó. Tengo todas las salidas guardadas. Nadie podrá escapar.

Dos agentes de los que habían entrado con el inspector por la puerta secreta que ocultaba el armario, se hicieron cargo de Smolenko. Otros cuatro se internaron en la casa, después de asentir a las explicaciones que les daba el encapuchado. Iban a hacerse cargo de los prisioneros hechos por él.

«El Bonachón» se encaró con Smolenko que, impotente, se debatía entre los dos agentes que le sujetaban.

—Estese quieto de una vez, Smolenko, o si lo prefiere Mathews. Está usted descubierto y ya no podrá escapar a la Justicia.

Smolenko cesó de forcejear para, de pronto, sorprender a todos lanzando una carcajada.

—¡Imbéciles! —gritó con voz chillona—. ¿Qué sacaréis con

detenerme? ¿Que me juzguen y me sienten en la silla eléctrica? Bien, ¿y qué? ¿Lograréis con ello que Draganovich y Halper resuciten?

—Tienes razón, Smolenko —respondió Dongor—. Aunque terminemos con tus crímenes no por eso resucitarán tus víctimas. Pero, en cambio, los que quedan recobrarán junto con la tranquilidad, lo que les has robado.

—Cantas demasiado pronto victoria, fantoche. ¿Has contado con mi consentimiento para poder hacer lo que dices?

—Me basto yo solo para ello —respondió el encapuchado, adivinando el pensamiento del ruso—. Para que lo sepas ya está hecho lo que antes mencioné. El Padrecito Blanco de tu despacho me confió su secreto.

—¡Mentira! —explotó Smolenko, intentando deshacerse de los agentes para precipitarse contra Dongor—. Nadie más que yo puede hacer lo que insinúas. Y aunque me martiricéis no lo haré nunca.

—Y yo repito que no nos haces falta. ¿Conoces esto?

Y Dongor mostró a los desorbitados ojos del ruso el cheque firmado por Richard Ferguson.

Ante aquella prueba, demostrativa de que el encapuchado decía la verdad, Smolenko guardó silencio, anonadado. Desde aquel mismo instante ya no pudieron hacerle mover los labios. Encerrado en un mutismo absoluto fue conducido a la calle donde le esperaba el coche celular.

El inspector Broock y Dongor quedaron solos en la habitación.

—Nuevamente le doy las gracias por su ayuda, señor —habló el «Bonachón», mientras alargaba la mano al encapuchado—. Puede creermme que me alegro infinito de tenerle entre mis amigos.

—Lo mismo digo yo, inspector. Pero ahora permítame que me retire. Mi misión ha terminado. Es decir, se me olvidaba algo que preparé para usted. Tome, en este sobre encontrará todos los datos que necesita para sostener la acusación contra Smolenko.

Desde la puerta que daba al oscuro pasillo, Dongor agitó un brazo en señal de despedida. La luz de las numerosas bombillas que iluminaban la habitación hicieron destellar los estiletes que rodeaban su brazo.

Para el «Bonachón», la última impresión que le causó la figura del encapuchado fue la de un Némesis vengativo, pero justiciero.

EPÍLOGO

UN mes más tarde de los sucesos anteriormente relatados, en la mansión de los Flanagan y en honor de Olga Draganovich se celebró una cena íntima. A ella asistieron todos los personajes que tuvieron algo que ver en el proceso que se había celebrado tres días antes contra Boris Smolenko.

En las cuatro semanas que la joven Olga había permanecido fuera de Nueva York un asombroso cambio se había apoderado de ella.

Se había cortado las trenzas que la hacían parecer una niña y perdido aquella ingenuidad de colegiala. Ahora era una verdadera mujer. Una mujer que Javier Flanagan no podía apartar de su pensamiento desde el mismo instante que la vio descender del avión que la trajo de Florida.

Presidía la mesa el dueño de la casa, míster James Flanagan. Olga Draganovich se sentaba entre Alicia y la señora Morgan. Al lado de Alicia lo hacía Larmon.

Pero los ojos de la joven no se apartaban de la otra cabecera de la mesa donde Javier, con el inspector Broock a su derecha y a su izquierda Richard Ferguson y Dennis Morgan, comentaban los últimos acontecimientos.

Una vez que se cruzaron las miradas de Olga y Javier, la muchacha creyó ver una sutil sonrisa, cuyo significado no pudo adivinar, animando los labios de él.

Al llegar a los postres, la señora Morgan, sin poder contener por más tiempo su curiosidad, se dirigió al «Bonachón».

—Perdone, inspector. Pero creo acertar en el deseo de todos los presentes al rogarle nos explique cómo descubrió a Smolenko. Todos sabemos que fue declarado culpable y condenado a morir en la silla eléctrica. Pero desconocemos los datos que utilizó usted para demostrar su culpabilidad.

Todas las miradas convergieron en el inspector Broock. Durante unos instantes temieron que fuera a excusarse. Pero al fin, dejando sobre la mesa la servilleta que tenía en la mano, hizo una inclinación de cabeza y empezó:

—Accedo a su petición verdaderamente complacido, señora Morgan. Pero les ruego que no lo tomen a vanidad por mi parte. Sino a mi deseo que se conozca al verdadero artífice del caso Smolenko. Todos ustedes ya saben a quién me refiero; a Dongor. Todo Nueva York ha oído hablar de él, pero empezando por mí, nadie conoce su identidad. Por eso voy a contarles a ustedes cuanto se refiere a él, antes de que lo publiquen los periódicos. Escuchen.

El «Bonachón» hizo una pausa. Después, inconscientemente, realizó su acostumbrado movimiento de mano: frotarse una con la otra dando la impresión de que se las lavaba.

—En primer lugar —empezó—, debo advertirles que hasta que el señor Morgan no fue a verme para exponer lo que le había ocurrido con la compra de unos brillantes, y las sospechas que según él tenía el señor Larmon, la policía no sabía nada del caso. Particularmente reconozco que el presunto suicidio de Thomas Bundy me llamó muy poco la atención. Jamás sospeché que pudiera tener alguna relación con lo que más tarde me contó el señor Morgan. Fue entonces cuando, para salir de dudas, visité al señor Larmon Y aunque de nuestra conversación saqué entonces la casi certeza de ello, de nada me hubiera servido de no contar con la inesperada ayuda de un genio: Dongor.

—¿Cuándo empezó a sospechar de Mathews, inspector? —indagó Dennis Morgan—. Cuando yo fui a verle le hablé de un tal Smolenko. No mencioné para nada a John Mathews, que precisamente era uno de mis conocidos.

—Paciencia, señor Morgan. Les aseguro que lo verán todo claro. Prosigo... Como iba diciendo, hasta el momento en que Dongor no

entró en escena, yo casi no sabía nada. Tenía únicamente la sospecha de que se había asesinado a un hombre, en apariencia, para robarle unas joyas. Y aquí es cuando viene lo más interesante y curioso de este caso. Me refiero a la compra que hizo, primero el señor Morgan, y después el señor Ferguson.

El inspector se encaró ahora directamente con los coleccionistas.

—Según me dijo usted en la visita que me hizo, señor Morgan, pagó medio millón de dólares por unos brillantes que creía eran el «Orloff» y «Gran Mogol». Su experiencia como coleccionista eran más que suficientes para reconocerlos. Por lo tanto era muy difícil engañarle. Sin embargo, cuando después de pagar por ellos el precio convenido, volvió a mirarlos, aseguró que en el estuche ya no estaban las mismas piedras que había visto poco antes. ¿No fue así cómo sucedió?

—Exactamente, inspector —afirmó Morgan.

—De acuerdo —siguió diciendo el policía—. ¿Y no le llamó nada la atención cuando al abrir el estuche se encontró con otras piedras que ya no eran el «Orloff» y el «Gran Mogol»?

—Sí, señor. Noté que eran idénticamente iguales en peso y en forma, pero no en el color.

El «Bonachón» se permitió esbozar una sonrisa, antes de declarar:

—Lamento tener que contrariarle, señor Morgan. Pero los brillantes que usted mismo devolvió a Smolenko, creyendo que no eran los que había comprado, eran precisamente el «Orloff» y «Gran Mogol». Nadie se los cambió.

Richard Ferguson pegó un salto en su asiento.

—¡Eso es imposible, inspector! —exclamó—. Lo mismo que al señor Morgan me ocurrió a mí. Puedo jurar que los brillantes que compré eran los auténticos «Orloff» y «Gran Mogol». No así los que encontré en el estuche, cuando Boronof se hubo marchado.

Todos los rostros miraban ahora al inspector. Esperaban que el «Bonachón» explicase aquel misterio.

—Perdónenme ustedes si me hago fuerte en lo que acabo de decir —declaró el policía, con voz firme—. Pero para que se convenzan voy a demostrárselo. No lo haré prácticamente, pero les daré la explicación científica.

Dirigiéndose al anciano Ferguson, que era el último que había

hablado, inquirió:

—Dígame, señor Ferguson. ¿Ha oído usted hablar de los experimentos del profesor M. Chaumet?[\[3\]](#).

—Es la primera vez que oigo mencionar ese nombre —respondió el coleccionista, extrañado—. Y, la verdad, no veo la relación que pueda tener ese señor con el cambio de las piedras que motivan esta conversación.

—Pues la tiene, no lo dude.

—Bien. Explíquenos en qué consisten esos experimentos.

—Están basados en la fluorescencia que la luz ultravioleta excita en el diamante.

—Así y todo no veo ninguna relación con nuestro caso —insistió el anciano.

—¿De veras? Pues Smolenko se sirvió de esos experimentos para engañarles a ustedes. Y reconozcan que lo consiguió... Perdón, no interrumpa. Voy a explicarles lo que sucedió, empezando por hacerle una pregunta al señor Morgan. Dígame, el que le vendió los brillantes, ¿no llevaba encima alguna caja o paquete mientras hacían la operación?

Los dos coleccionistas cruzaron una mirada.

—Yo recuerdo perfectamente —respondió Morgan— que Boronof tenía un maletín sobre la mesa. Por cierto que me hizo acercar a ella, según él para presenciar el recuento de los billetes.

—Y cuando vino a mi casa —declaró Ferguson— también traía un maletín. Pero no veo a dónde quiere usted ir a parar con eso, inspector.

—Lo verán enseguida. Aquel maletín no era otra cosa que un transmisor de rayos ultravioleta, en miniatura. La casa que se lo vendió a Mathews lo ha confirmado. Con aquel transmisor, Boronof, después de efectuada la venta, proyectaba sus rayos, invisibles al ojo humano, sobre el estuche de los brillantes. Y aquí es donde entra en escena M. Chaumet. Según ha demostrado en diversas exposiciones, M. Chaumet ha averiguado que existe íntima relación entre la propiedad de la fluorescencia y la naturaleza del brillo que el diamante manifiesta a la luz artificial; sobre todo a la luz de las bujías, que es la que más hace resaltar la calidad de las piedras superiores. M. Chaumet aplicó rayos ultravioleta a un diamante diáfano, como en este caso son el «Orloff» y el «Gran Mogol». El

resultado fue que el diamante sometido a este experimento pasó del color nítido y transparente al amarillo opaco y mortecino. En unos segundos la piedra perdió, por el hecho de esta transformación, las cuatro quintas partes de su valor comercial. Por fortuna, al cabo de veinticuatro horas el diamante adquirió de nuevo el color y brillo que había perdido. ¿Comprenden ahora bien lo que en realidad les sucedió?

Un murmullo de admiración brotó de entre los reunidos. Richard Ferguson exclamó:

—¡Maravilloso, inspector! Ahora sí que lo veo todo claro. Le presento mis excusas por haber pensado que se quería burlar de nosotros.

—No tiene importancia —respondió el «Bonachón», condescendiente—. Veamos ahora lo que se proponía hacer Smolenko con las ventas simuladas.

El policía hizo una pausa para depositar la colilla del cigarro en el cenicero y prosiguió:

—Ignoro si todos ustedes saben que el difunto, llamémosle por su verdadero nombre, Iván Draganovich, escribió una carta a nuestro amigo el joven Flanagan, el mismo día que lo asesinaron. Bien. Pues por esa carta, que me enseñaron el día que vine aquí en busca del señor Larmon, tuve la certeza de que Thomas Bundy no se había suicidado. En ella encomendaba al señor Flanagan, hijo, una delicada misión: entregar ciertas joyas o el importe de su venta, si es que se vendían, a su hija Olga. Desgraciadamente, su nerviosismo le hizo cometer un *lapsus calami*. Olvidó hacer constar dónde guardaba las joyas que mencionaba. Smolenko, por su parte, al saber por su lugarteniente que Draganovich había muerto, recurrió a la hija de este para encontrarlas. Unos agentes suyos la sacaron del internado en que se hallaba, en París, y la trajeron aquí. Lo que sucedió a la señorita Olga ya se lo oyeron a ella misma en el juicio. Gracias a alguien que, por estar sin conocimiento, ella no pudo ver, pero que luego yo he sabido fue Dongor, pudo salvarse también de que la asesinaran. El plan de Smolenko era que no quedase nadie con vida de los que tuvieran algo que ver con las joyas que tanto ansiaba. Cuando por fin se apoderó de ellas, asesinando para ello al desgraciado profesor Halper, decidió llevar a la práctica lo que desde hacía muchos años venía proyectando. Aprovecharse de los

experimentos de M. Chaumet para sacar el máximo provecho de ellas. Su verdadera intención era quedarse con el dinero de los engañados compradores sin desprenderse de las joyas. Después hubiera desaparecido de Nueva York. Y con el nombre de John Mathews, coleccionista honorable a los ojos de todo el mundo, disfrutar de sus robos y gozar de las joyas que eran su obsesión.

Hans Larmon preguntó de pronto, interrumpiéndole:

—Todo eso está muy bien, inspector. Tal como usted lo explica todo está muy claro. Lo que ya no lo está tanto es la labor de Dongor. Si no entendí mal, hace un momento aseguró usted que todo era obra suya. ¿Acaso trata usted de restarse méritos?

—Nada de eso, señor Larmon. Dije que todo se debía a la intervención de ese misterioso personaje llamado Dongor y lo repito. Cuanto acabo de decir lo sé por él. Sigán escuchando y se convencerán.

Y como si no le hubieran interrumpido, continuó el detective:

—La noche antes de que detuviéramos a Smolenko, el sargento Harrigan me dio conocimiento de que el señor Flanagan y su amigo el señor Larmon habían sido víctimas de un atentado. Si no me personé aquí para esclarecer el asunto enseguida fue porque, a la mañana siguiente, apenas entré en mi despacho, me entregaron un paquete y una carta que, en cuanto la leí, me hizo olvidar todo lo demás. El paquete era un cofrecito que contenía todas las joyas robadas a Draganovich, los brillantes «Orloff» y «Gran Mogol» y las demás que le quitaron hace años. Dongor así me lo decía en su carta. Además, me daba detalladas instrucciones para detener al asesino de Thomas Bundy y del profesor Halper.

El «Bonachón» hizo una pausa para aclararse la garganta y continuó:

—El inspector Wayne y yo lo preparamos todo tal y como nos decía nuestro misterioso comunicante. Rodeamos la casa de Smolenko y la de John Mathews. Según Dongor, las dos se comunicaban. Y precisamente por ese pasadizo secreto, que solo Mathews conocía, fue por donde nosotros entramos para sorprender a Smolenko en su papel de inválido. Lo curioso del caso —rio ahora el «Bonachón»—, fue que cuando oí la confesión de aquel asesino, que él creía nadie escuchaba, abrí un poco el armario que ocultaba la entrada secreta. Vi a Smolenko apuntar a Dongor con un extraño

aparato que sostenía en la mano y creyendo que nuestro amigo estaba en peligro disparé sobre el brazo del criminal, desarmándolo. Pero Dongor me dijo después que no debí hacerlo. La noche antes había inutilizado todas las trampas fundiendo las líneas conductoras de energía. Tan solo dejó las del alumbrado. Luego, al despedirse de mí, me entregó un sobre en el que me detallaba todo lo relacionado con el caso y así es cómo pude mantener la acusación. Y eso es todo, señores. Creo que ya no dudarán de que la victoria sobre Smolenko se la debemos por completo a Dongor.

—Un momento, inspector —habló ahora y por primera vez Javier Flanagan—. Como estoy seguro de que mi querida hermanita me asediará a preguntas en cuanto usted se vaya, permítame que se las haga yo a usted y así nos enteraremos todos. Dígame, ¿cómo explica usted que un hombre solo sea capaz de hacer todas esas cosas que usted atribuye a ese misterioso Dongor? Por ejemplo, ¿cómo pudo dar con el escondite de Smolenko?

—Afortunadamente también puedo contestar a esa pregunta —respondió el «Bonachón», complaciente—. En la carta que me dejó lo explicaba todo. Según parece, cuando Dongor se enteró por los periódicos de la muerte de Thomas Bundy, lo primero que hizo fue registrar la habitación del hotel donde se hospedaba la víctima. Allí encontró unos papeles, que me entregó. Ahora se encuentran unidos al expediente. Según ellos, Thomas Bundy tenía varios amigos. Además del señor Flanagan, y los señores Morgan y Ferguson, nombraba también a John Mathews. Este último había tratado varias veces de comprarle las joyas. Un día Mathews le invitó a visitar su casa para enseñarle su propia colección. En las notas que encontró Dongor pertenecientes a Draganovich, se hacía resaltar una particularidad del despacho de Mathews. Y era que no tenía ninguna ventana ni huecos en las paredes. Y lo que era más extraño, que para ocultar la caja de caudales, un americano como Mathews usaba un cuadro del último Zar. Con estos detalles Dongor tuvo suficientes para deducir que el hombre que utilizaba el pasillo secreto hasta el despacho de Smolenko y el coleccionista con cuya casa se comunicaba, eran una misma persona. Lo que no sabremos nunca es de qué medios se valió para abrir aquella cámara acorazada.

—Muy bien, inspector. Ahora otra cosa: ¿Por qué Mathews, en

su papel de Smolenko, se hacía pasar por inválido?

—Muy sencillo, señor Flanagan. Precisamente esa pregunta justifica por entero la extraordinaria labor de Dongor.

El «Bonachón» se dirigió ahora a Larmon y preguntó:

—Señor Larmon, ¿recuerda usted la visita que le hizo Dongor en la madrugada del día en que detuvimos a Smolenko? El encapuchado le rogó que avisara, a los señores Morgan y Ferguson. Tenían que reunirse conmigo antes de las diez. ¿No fue así?

—Exacto, inspector. Y así lo hice. Pero que yo sepa, ninguno de ellos tomó parte en la redada que ustedes hicieron. Cuando Dongor me dio aquel encargo estaba seguro de que los necesitaba para algo.

—Y para algo muy importante, señor Larmon. Ahora viene la respuesta a la pregunta que me acaba de hacer el señor Flanagan. En las instrucciones que recibí para poder detener a Smolenko, se hacía constar que debía salir del Departamento Central de Policía, precisamente a las diez. Luego me explicó que de hacerlo antes o después no habríamos tenido éxito en nuestra empresa. Para verse con sus secuaces. Smolenko tenía fijada esa hora. Y escuchen ahora lo más importante: Boris Smolenko, aunque les parezca un poco raro, usaba su verdadero nombre, era ruso y desde hacía años iba detrás de las joyas de los Draganovich. Su hombre de confianza fue siempre Gregor Boronof, también ruso. Los dos salieron de su patria a raíz de la revolución. Estuvieron en Francia diez años. Allí, Smolenko sufrió un accidente que todos creyeron le dejaría inválido para toda la vida. Fue entonces cuando se vino a Norteamérica y aquí, en Nueva York, alquiló una manzana de casas en la que estableció su cuartel general, porque nunca había dejado de pensar en sus proyectos. Lo que nadie sabía, ni el propio Boronof, era que Smolenko curó de sus heridas. Por eso fraguó un ardid para engañar hasta a sus propios secuaces. Con el nombre de John Mathews fue dándose a conocer como coleccionista. Maquillado y sin lentes nadie hubiera podido reconocer en él al inválido Smolenko. Y esta es la razón por la que Dongor, previniendo la coyuntura de que cuando le cogiéramos no luciera de inválido, hizo que pudiesen estar presentes los señores Ferguson y Morgan para identificarle cuando él le desenmascarara. Afortunadamente para todos no tuvieron que intervenir. ¿Alguna otra pregunta, señor Flanagan?

—Una sola, inspector. ¿Por qué Dongor no se presentó a juicio,

cuando le llamaron a declarar?

—Confieso que ahora sí que me pone usted en un apuro —respondió el inspector, tras ligera vacilación—. Sin embargo, mi opinión particular es que no pudo hacerlo so pena de revelar su identidad. No olvide que estamos en pleno siglo XX, y los personajes misteriosos que se cubren el rostro son más bien héroes de novela. De todas formas, si le llamaron como testigo fue por simple trámite... Y a propósito, ¿qué les parece si brindáramos por él? Creo que bien se lo merece.

—Muy bien dicho, inspector —exclamó entusiasmada, Olga Draganovich—. Por mi parte seré la primera que levante mi copa.

Todos los asistentes se pusieron en pie. Smith, el mayordomo, fue llenando las copas. En silencio todos, Olga Draganovich, la heredera de las joyas del Zar, brindó:

—¡¡Por Dongor!!

Alegres y serios a la vez, chocaron todos sus copas. Pero a excepción de la joven Olga, nadie más se dio cuenta de que una de ellas temblaba levemente, como si su dueño estuviera emocionado: la copa de Javier Flanagan.

Una hora más tarde, cuando todos los invitados se hubieron remado, Javier Flanagan salió a una de las terrazas a respirar un poco de aire.

Por debajo de él, en el jardín, una pareja en la que reconoció a su hermana Alicia y a Larmon, aparecía estrechamente abrazada. A sus oídos llegó el suave murmullo de las dulces palabras que se cruzaban entre ellos y sin poderlo remediar, sintió envidia de su amigo.

Larmon había encontrado la mujer de sus sueños y era correspondido. En camero él, enamorado hasta la medula de Olga Draganovich, se veía condenado a tenerla siempre cerca sin poder declararle su amor... a menos de descubrir su doble personalidad.

Porque no había duda. Estaba completamente convencido de que la joven se sentía atraída por el misterioso Dongor. ¡Dongor! el personaje que él encarnaba y que, por extraña paradoja del destino, se convertía en su rival.

Con un gesto de desesperación inclinó la cabeza sobre los hombros mientras sus labios pronunciaban un nombre.

—¡Olga! ¡Mi Olga! ¡Si pudiera decirte que yo soy...!

Súbitamente se quedó paralizado. Una voz que conocía muy bien acababa de interrumpirle.

—Eres mi héroe. Dongor en persona. Lo adiviné esta noche al notar cómo te emocionó mi brindis. Pero dime: ¿Es verdad que soy algo para ti?

En un instante, todo cambió para Javier Flanagan. Su desesperación dio paso a la mayor felicidad.

¡Dongor había ganado su mejor victoria!

FIN



Custodiar a una mujer joven, hermosa, influyente y rica, no deja de ser un magnífico servicio para un oscuro detective privado. Pero cuando Steve Donson aceptó, encantado, aquella misión... ¡poco sospechaba que, tras la fascinante muchacha, se ocultaba la más siniestra organización criminal de Nueva York!

El famoso escritor

ALAN CARSON

le ofrece en las páginas de

EL BUDA DE MARFIL

una sobrecogedora e impresionante aventura, cuya intriga le mantendrá con el ánimo en vilo desde el principio hasta el final

EL BUDA DE MARFIL

es una auténtica y sensacional novela policíaca, que le permitirá evidenciar sus facultades deductivas, siguiendo los pasos de Steve Dobson... ¡el hombre que se enfrentó al maléfico poder de un trágico fetiche!

COLECCION SERVICIO SECRETO

publicará esta sensacional novela en su próximo número

Precio: 5 ptas.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 pts.

COLECCION "BISONTE"

495 — A. Rolcest
HUELLAS EN EL DESIERTO

COLECCION "BUFALO"

102 — Donald Curtis
SIERRA TURBULENTE

COLECCION "PANTERA"

169 — Cliff Bradley
SOLO LOS BRAVOS

GOL. "SERVICIO SECRETO"

269 — Rogers Kirby
ESTILETES VENGADORES

COLECCION "LAUREL"

COLECCION

47. — JOSE ANGEL BUESA (Nueva
selección)

"PRACTICA Y POPULAR"

38. — PENSAMIENTOS AMOROSOS

A. 5'50 pts.

COLECCION "PIMPINELA"

464 — María del Pilar Carré
LA HERENCIA

COLEG. "MADREPERLA"

360 — Roberto de la Mata
EL AMOR ES COSA DETRES

COLECCION "ROSAURA"

304 — Armando Sandoval
LOCA INQUIETUD

COLECCION "AMAPOLA"

190 — Vic Martin
MAS ARRIBA DE LA CUMBRE

COLECCION "ALONDRA"

143 — Corín Tellado
CAROLINA

COLECCION "CAMELIA"

84 — Ana Marcela García
DÓNCELLA... DE OCASION

COLECCION "ORQUIDEA"

54 — María Teresa Sesé
ELENA DE BALENCOURT

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona " Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

USTED VIVIRA LAS MAS IMPRESIONANTES Y
ESPECTACULARES AVENTURAS LEYENDO



COLECCION DAN

Serie Bisonte Gráfico

*¡Un auténtico alarde
de acción, dinamismo,
intriga y amor, en el
más sugestivo marco
del Oeste!*

Cada cuaderno — completamente ilustrado por los
mejores dibujantes del género, contiene:

- * UNA AVENTURA LARGA COMPLETA
- * Un emocionante episodio de EL JUSTICIERO
ERRANTE
- * Y la sección cultural, de alto valor documental:
A TRAVES DE LA HISTORIA DE NORTE-
AMERICA

¡Encargue con tiempo su ejemplar a su habitual
proveedor!

¡Cada cuaderno cuesta solamente 1'25 ptas.!

BISONTE GRAFICO

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS
DE NO HALLARLO EN SU LOCALIDAD, SO-
LICITELO A:

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Proyecto, 2

BARCELONA

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



...PARA LEER

El DDT

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.



¿Sabe usted, amigo lector, qué es la alergia?

¿Conoce las funestas consecuencias que puede ejercer en el organismo que la padece?

Insistimos en la importancia que para usted posee la lectura del número 1, ya publicado, de la ENCICLOPEDIA DE LA SALUD y que lleva por título:

¿PUEDE MATAR LA ALERGIA?

¡Todo cuanto se sabe respecto a la más misteriosa afección de los tiempos modernos!

En este mismo volumen hallará, además, los siguientes artículos: Cómo combatir el dolor de cabeza.—Alimentación del atleta. — ¿Perjudican el agua, el aire y el sol? y otros muchos, de palpitante interés para usted

Adquiera, antes de que se agote:

¿PUEDE MATAR LA ALERGIA?

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

Precio: 15 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



PENSAMIENTOS AMOROSOS

He aquí el título de este nuevo e interesantísimo volumen, en el que hallará usted la opinión de las más grandes figuras de la Humanidad sobre un tema de actualidad permanente; el amor...

PENSAMIENTOS AMOROSOS

Hombres tímidos y audaces, optimistas y pesimistas, opinan para usted en la más completa antología de

PENSAMIENTOS AMOROSOS

¡Un volumen que no puede faltar en ninguna biblioteca!

COLECCION POPULAR

Se lo ofrece en su número correspondiente a la presente semana. ¡No deje de adquirirlo!

Precio: 5 ptas.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Evelyn Keyes

N.º 133 Descubierta por Cecil B. de Mille, consiguió un envidiable puesto en el cine. Sus películas más destacadas son "Colle River, 99", "Aladino" y "Hechizo". Evelyn nació en Atlanto, el año 1920.

Foto UNITED ARTISTS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptes. Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3.50

NOTAS

[1] Rigurosamente histórico.

[2] Histórico.

[3] Rigurosamente auténtico.